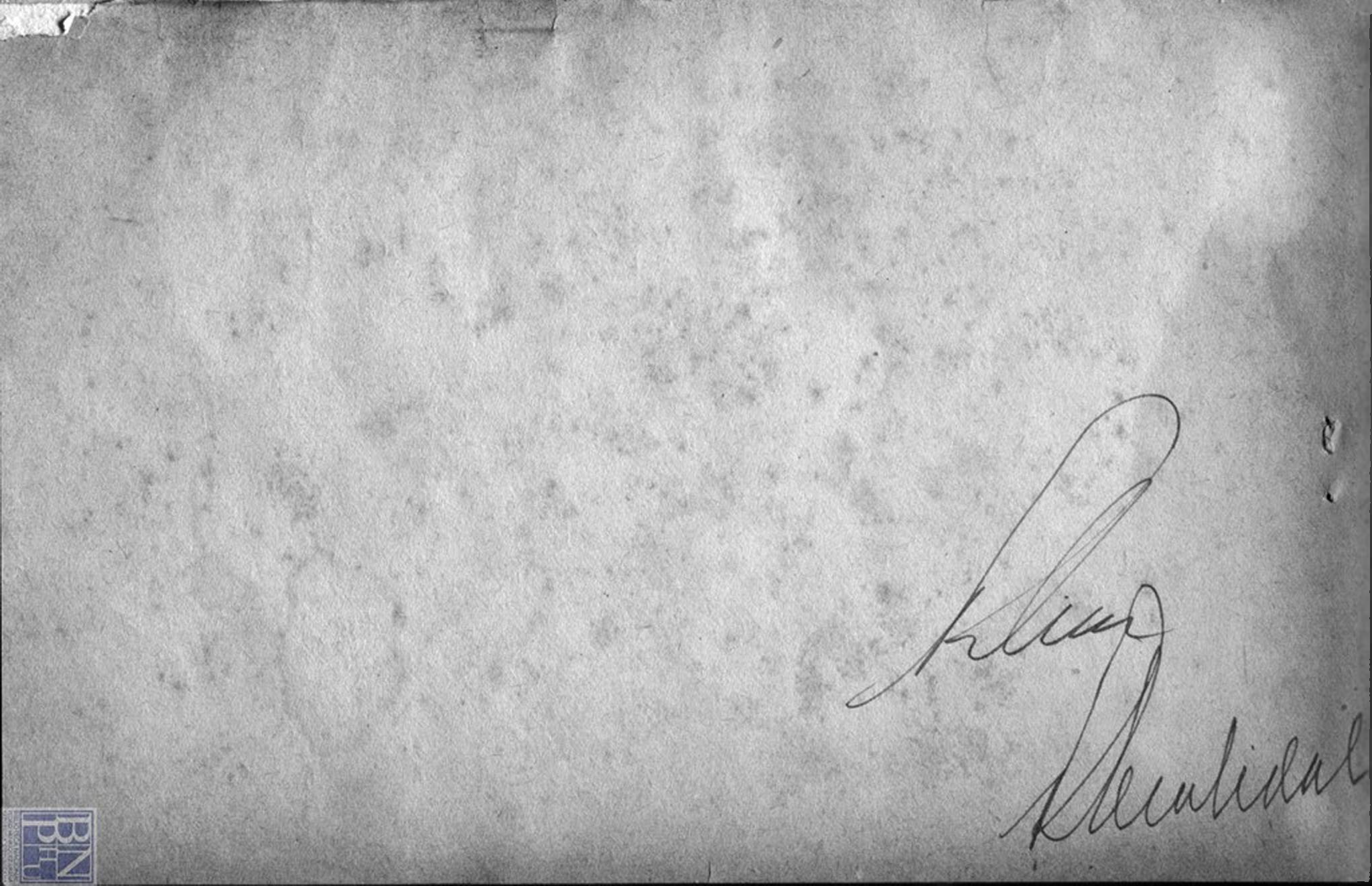
BN
616.392097
G643c
e.2

Julio González Herrera

COSAS DE LOCOS

Editora del Caribe C. por A.
Ciudad Trujillo, D.N.
1959



Julio González Herrera

COSAS DE LOCOS

Editora del Caribe C. por A.
Ciudad Trujillo, D. N.
1959

REGISTRO II
No. 5753

9342

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO - R. D.

RD867.44
G643c

10 Enero 1974

Con todo respeto dedico esta obra a Sus Excelencias, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, y Generalísimo Héctor Bienvenido Trujillo Molina, Presidente de la República.

Reg. No. 001122

EXPLICACION

Partiendo de la idea de que el humorismo es una entidad poderosa en el mundo, puesto que, cabalmente, proporciona al ser humano una jocunda y gratuita diversión. Y partiendo también del hecho de que la locura es una entidad apreciable en la vida humana, que tiene su parte, ilógicamente amable de exquisito buen humor, he escrito esta pequeña obra, con la única finalidad de hacer reir un poco a mis lectores, que a lo mejor están tan aburridos como yo de los insoportables calores de la guerra fría y de los bufidos implícitos de la bomba atómica.

En el mundo de hoy todo está absurda y espectacularmente transido de siniestra seriedad, y hasta las anécdotas de las revistas y los diarios, están como atomizados de irónica insipidez y roídos de equívoca extravagancia.

Para poner en la locura el humorismo no hay que hacer otra cosa, que tomar al propio demente, como lo que es: un sujeto poseído de la gracia infinita de poder llevar a cabo sus razonamientos y acciones en forma distorsionada y arbitraria.

Si el ser humano normal se envanece con cómica trascendencia, de la adusta seriedad de sus más ínfimos pensamientos y de sus acciones más efímeras, el pobre loco debe enorgullecerse también en justiciera reciprocidad, de la divertida y completa irrazonabilidad de sus ideas, y de la maravillosa y excitante sinrazón de sus acciones.

Las minorías *han sido siempre consideradas en el mundo como el material más selecto y distinguido, especialmente en materia de arte. Los locos constituyen una brillantísima*

BNPHU

y notable minoría, y precisamente por ser minorías, es que pueden la mayoría de los seres humanos que se creen más cuerdos que ellos, encerrarlos en los manicomios.

Si las cosas siguen como van no cabe duda de que pronto habrán más locos afuera del manicomio, que adentro. Y entonces vendrá la época feliz y despreocupada del dominio de los locos. Los locos que entonces gobernarían el mundo tendrían muy buenas razones para creer locos a los cuerdos. El solo hecho de fabricar y adorar cosas como la bomba atómica, las carreras de automóviles y el alpinismo, serían para los futuros gobernantes varios de los más crueles y onerosos exponentes de la locura humana.

Quiero, pues, dedicar este libro a esa minoría, selecta y distinguida de los locos del mundo, y muy especialmente a los locos de mi querida República, sean que estén sueltos y dando que hacer en las calles y casas, o bien que estén bien encerraditos en algún manicomio público o privado.

Y a todos va, con mi libro, mi sincero deseo porque continúen, eternamente, gozando esa particularísima y privilegiada felicidad, que se basa en el desconocimiento absoluto de las irrazonables razones del ser humano, llamado normal.

Este libro consta de dos partes. La primera parte es una biografía parcial y auténtica de la vida de Eduardo Brito, el famoso cantante dominicano, cuando ya su mente estaba alucinada de infortunio, por el flagelo impiadoso de la más catastrófica demencia.

Corresponde a otros hacer la biografía de la vida normal de Eduardo Brito, y ya alguno la ha ensayado. Baste ahora con repetir un poco lo que ya todos sabemos: que el admirado barítono dominicano recorrió casi medio mundo, en jiras artísticas en todas las cuales cosechó triunfos incomparables.

Enfermo ya vino a morir a su tierra que hoy guarda reverente sus mortales despojos. Dejó de existir el día 6 de enero de 1946.

La segunda parte de la obra es la que más se aviene al título del libro: son verdaderas COSAS DE LOCOS. En ellas conocerá el lector, con toda justeza, al verdadero loco, no

el loco absurdamente atribiliario, que "tira piedras" y es sujeto desconsiderado de chistes y anécdotas, en las cuales se ve muy claramente no la acción de un demente sino la maniobra, hábilmente dislocada, de un humorista, bien cuerdo.

Cierro la obra con tres cuentos, el uno intitulado "El Diccionario loco"; el segundo "La Viñeta de Ramsés" y el último "El Reloj que se volvió loco". En el segundo el protagonista, Ramsés, no es verdaderamente un loco, sino uno de esos tantos dementes cuerdos que existen en el mundo.

En cuanto a los otros, sus mismos nombres indican, que no solo los seres humanos pueden volverse locos, sino que también lo pueden cosas como el reloj, que están animadas de un soplo leve de vida, con el solo hecho de marcar esa cosa infinita donde se desarrolla esa vida.

Secretaría de Estado de la Presidencia
BIBLIOTECA

Cosas de Locos

CAPITULO I

EDUARDO BRITO, el notable cantante dominicano, cuyo verdadero nombre era Eleuterio, pasó lamentablemente los últimos días de su vida en un complicado y penoso estado de insania mental que fué derivando, pausada y certeramente, desde un caso de sintomatología casi simple hasta un caso de verdadera locura catastrófica.

Una de las maneras más curiosas e interesantes que presagian con exactitud que "una persona está comenzando a volverse loca" es aquella que consiste en expresar verbal y desaprensivamente todos y cada uno de sus pensamientos, sin cuidarse ni siquiera de retocarlos con el barniz del disimulo o de la reticencia, cuando éstos contengan un elemento que no sea conveniente expresar.

El pensamiento en sí es la revelación íntima de nuestra capacidad de existir, y por medio de él expresamos cabal y abstractamente todo lo que puede ser captado, materialmente, por nuestros cinco sentidos.

Como el pensamiento es algo oculto e íntimo en el espíritu humano, y como es por naturaleza audaz e irrefrenable, éste puede engendrar ideas buenas o malas, sin tener otro control que la leve sujeción que supone el remordimiento de conciencia.

Una vez forjado el pensamiento, éste puede tomar uno de estos dos caminos: no ser expresado por medio de la palabra si contiene algún elemento de maldad o incorrección; ser expresado en el momento que él mismo crea conveniente si es un pensamiento bueno y desprovisto de incorrección.

Cuando una persona, absurdamente, comienza a decir, desparpajadamente, todas las cosas que ocurren en su mente, se está convirtiendo, automáticamente, en un ser anormal.

A una persona le presentan una señora de rostro muy poco agraciado. Tanto en la mente del ser normal como en la del anormal, el pensamiento automática y despreocupadamente se expresa:

—¡Qué fea es esta mujer!

Hasta aquí, el loco y el cuerdo actúan de la misma manera. Pero se diferencian extraordinariamente cuando disponen hacer uso de su pensamiento.

El candidato a loco dirá:

—¡Señora, usted si es fea!

El otro, con sagaz y habilidosa cordura, entre decir una verdad espantosa (que la mujer es fea) o proferir la más infreible y piadosa mentira (que la mujer es bonita) se queda callado, prohibiendo terminantemente a su boca que exprese, ni siquiera veladamente, lo que su verídico pensamiento le ha dictado.

Eduardo Brito comenzó a ser loco desde el momento en que a cualquiera, sin ton ni son, le explicaba sus fracasos primeros y sus triunfos postreros. Después siguió la ruta, desenfrenada e incontrolable de la más extraordinaria enajenación mental que haya podido sufrir persona alguna.

Sobre todos y sobre todas las cosas daba su opinión atropellada y atrabiliaria. En su monumental delirio de grandezas como cantante, él era el único demente en el manicomio que no tenía la necesidad de inventar.

Los delirantes de grandeza corrientes creen, en su obstinada obsesión, que son tan grandes artistas como lo fué Bri-

to. Eduardo Brito, afortunado, no podía sobrepasar en su propio delirio la majestuosa grandeza del hecho que lo perfiló como un gran cantante, y que es, comúnmente, el objeto del delirio de un megalómano cualquiera.

Eduardo Brito, indiferente y solemne, en los primeros días de su internación, se sentaba al lado de sus falsos colegas, siendo el único que ostentaba con legitimidad su título. Al lado del coronel imaginario, del doctor improvisado y de la prostituta que fué reina, el suyo era el único y positivamente verdadero habiendo sido uno de los primeros cantantes de América.

Lo espeluznantemente cómico del caso está en que tanto Brito como sus acompañantes, creían en su propia locura que les pintaba como grandes seres, pero no admitían, ni por un momento la locura del otro. El coronel imaginario se reía del doctor improvisado, y la prostituta que fué reina se burlaba del coronel imaginario. Y todos, con la misma particularísima razón, se reían de Eduardo Brito, el primer cantante dominicano.

Al coronel imaginario se le preguntaba "¿Adónde están tus galones y tu uniforme?". Al doctor improvisado se le urgía a que presentara sus papeles y su título. Todos prometían hacerlo, próximamente. Por el contrario, Eduardo Brito que sólo poseía el milagro de su voz, hubiera podido dar la prueba de que era el primer barítono dominicano. Pero cuando se disponía a cantar, con la voz enroquecida de tanto parloteo, no lograba sino lanzar al aire, sonidos inarticulados y extraños. Y así, Eduardo Brito, quedaba más desacreditado que el doctor imaginario y el coronel improvisado.

A Eduardo Brito, como hemos dicho, lo condujeron al manicomio, engañado. Es el sistema seguido por los familiares del paciente. Nadie, ni el loco más legítimo le gusta que lo lleven al manicomio. Así se les dice que van a la playa

BIBLIOTECA

próxima o a visitar un hospital. Como todo loco tiene su locura particular y privada, que, irracionalmente cree que es cordura, casi siempre se dá cuenta de la locura del otro. Esa manera de actuar y de hablar del "otro loco", no concuerda casi nunca con la del loco que lo observa, el cual advierte enseguida el signo de la anormalidad, y se dá cuenta, naturalmente, de que está en un manicomio.

Sin embargo, Eduardo Brito, cuando pasaba por el angustioso período de la locura total y final, no se daba ya cuenta de que estaba en un manicomio. No sabemos cómo se llama, científicamente, esa clase especial de locura en que el sujeto transforma, a su mejor arbitrio y antojo, el ambiente y el paisaje y se figura ser él, en sucesivas y fantásticas representaciones, un grandioso personaje histórico o de la época actual.

Al ser Brito de constitución fornida y con propensión a los ataques de furia fué necesario ponerlo al cuidado de seis u ocho "locos de confianza" que casi le rodeaban, en un pequeño prado, debajo de algunos árboles de mango, que él tenía como su sitio predilecto.

Demostraba tener un conocimiento perfecto de los sucesos históricos más importantes y esto le permitía hacer, con atrabiliaria justeza, los papeles de grandes hombres que su imaginación enferma le sugería. Un día era Hirohito, emperador del Japón, y con singular precisión nombraba los ministros de su gabinete entre los locos que le acompañaban. Otro día era Roosevelt, otro Rockefeller y otro el astro de la pantalla Douglas Fairbanks. Pero como todo delirante de grandeza, legítimo, nunca se le ocurrió figurarse un personaje insignificante o mediocre.

Un delirio, tonificante y sugestivo, es una de las cosas más bellas que tiene la locura, y de cuyos maravillosos prodi-

gios no puede entender, ni gozar jamás, la humanidad cuerda. El hombre cuerdo es un ser autómata que vive ligado, inexorablemente, a una pesada y abstrusa realidad. Si llueve no se atreve a salir a la calle por el miedo de coger un catarro o dañar la ropa. Si enferma tiene que pasar por la aventura luctuosa de ser atendido por médicos y farmacéuticos. Tiene el temor de comer tal cosa, porque presume que puede hacerle daño. No toma alcohol por el temor de embriagarse, ni se casa por temor de que la mujer le sea infiel.

La cordura es como un grillete que inutiliza de positiva realidad, todo un espíritu ansioso de cosas supremas y deleitosas, como el pecado o el deseo de reirse de la gente.

Los derechos humanos e inalienables de todo loco le zafan de estas ligaduras atroces, porque su cuerpo y su sensibilidad están sublimizados de tal modo que él ve en un murciélago un águila y en una sonrisa una promesa.

En todos los manicomios del mundo se respeta ese derecho innato de todo ser demente: el de hacer, con toda libertad, lo que soberanamente le de la gana. El puede no respetar los Santos, reírse de Dios, y hacer sus más perentorias necesidades en el lugar que mejor se le antoje. Come en la forma más grotesca, y si come de lo peor, su paladar está suficientemente acondicionada para que un locrio de sapos le parezca una sopa de codornices.

Eduardo Brito gozaba en el manicomio, plenamente, estos derechos concedidos a los locos. Se enamoraba y decía requiebros encendidos a cualquier mujer que visitara el manicomio. Si la mujer era vieja la veía como una joven, si era joven, por fea que fuera la contemplaba como una princesa.

Es de notarse que muchos dementes, como ya he expresado, modifican a su antojo el paisaje y su propia personalidad, en un sentido beneficioso para ellos. El megalómano

legítimo, ni siquiera se creerá un limpiabotas del rey sino el rey mismo, a pesar de que en su vida normal haya sido un limpiabotas. Los adictos a la milicia nunca serán sargentos, ni tenientes, sino generales de brigada o coroneles.

El sentido de absolutismo y universalidad abarca casi todos los delirios de grandeza, porque estos conceptos implican mayor cantidad de bien poseído o de bienestar obtenido así amplificados.

En todos los manicomios del mundo existen tantos millonarios como en el propio Wall Street, y un sinnúmero de grandes personales. En el manicomio dominicano hay por lo menos doce o trece nietos del general Lilís (Ulises Heureaux).

Uno de éstos, de nombre José Peña, se ufanaba en decir que su padre era el mencionado general Heureaux, quien lo había reconocido como hijo natural.

Y siguiendo la explicación, añadía, maliciosamente:

—La vieja le pegó un cuernito a papa con el General Heureaux.

Eduardo Brito, era en el manicomio de Nigua, el único demente privilegiado que podía tener un falso delirio, que no era fantasía, sino que se ajustaba a la más estricta realidad. Aunque los delirios del coronel improvisado y del doctor imaginario, no hubieran sido elucubraciones sino verdaderas realidades aun por sobre de ellos brillaría, refulgentemente, la estrella real y verdadera de la personalidad del Eduardo Brito, como primer cantante dominicano.

CAPITULO II

Como un desbordado e impetuoso oleaje imposible de ser contenido con el arduo dique de la complacencia o la paciencia, la enfermedad mental de Eduardo Brito, iba subiendo, grado a grado, los escalafones de la gravedad y los peldaños de la incurabilidad.

Las infecciones de trementina le hacían poco efecto, lo cual demostraba su irrefrenable nerviosidad y su fortaleza física. En un desesperado esfuerzo del médico-director del establecimiento se le inyectaron dosis del microbio del paludismo, en un arriesgado y dudoso experimento, lo cual no surtió efecto alguno.

La trementina invalide por varias semanas, perdiendo el paciente el uso de los miembros inferiores, y sintiendo en ellos un dolor agudo e inenarrable. Eduardo Brito, tras las temibles infecciones, continuaba caminando como si tal cosa, con solo un poco de tiesura al mover las vigorosas extremidades.

En los primeros días, como se ha dicho, la locura solo se manifestaba por una incontenible y atrevida berborrea que le impulsaba a hablar de todo y a comentarlo todo con enfática suficiencia; su vida primada, el amor de su madre, el dolor de los hijos que no había tenido.

A los pocos días sin embargo, llegó su madre a visitarlo, llevándole una suculenta funda con alimentos y golosinas. La rechazó, airado, expresando altanera y malhumoradamente, que semejante mujer no podía ser su madre. Cuando

su hermana fué a visitarlo la confundió con una extraña y comenzó a galantearle atrevida y procazmente.

Se ha dicho que Eduardo Brito murió cantando una deliciosa endecha de amor. No hay nada de cierto en esto. Cuando él murió había perdido absoluta y completamente el dominio de sí mismo y la comprensión del mundo. Pero ya habrá oportunidad de relatar a mis lectores cómo hizo Eduardo Brito su tránsito terrenal.

Yo si puedo afirmar cuándo lanzó a los aires Eduardo Brito sû última y postrera canción. En los primeros días de su internación, Eduardo, a cada momento se ponía a tatarear; pero, apenas había comenzado la canción la dejaba sin terminar, para empezar otra. No era que se hubiera olvidado de la primera, sino que la turbación o confusión de sus ideas le impedía coordinar las partes de la melodía, y confundiendo unas con otras, agregaba a una, las partes o parte de una distinta.

Ya he dicho que ciertos megalomanos o delirantes de grandezas ve su propio paisaje personal y el propio paisaje de la naturaleza en la forma que mejor convenga a su alucinante desvarío. Así, un demente puede, con más facilidad que un pintor surrealista transformar un bohío miserable en un palacio suntuoso, un pequeño y modesto charco de agua en un Ganges milagroso y cristiano y dos tornillos entrelazados arbitrariamente en dos voluptuosas estrellas de Hollywood.

En una ocasión en que el director dió permiso a un grupo de reclusos, para que fueran a tomar a la playa, un baño, acompañado de un llavero, tuvo Eduardo Brito, la oportunidad de lanzar a los vientos su última y fervorosa canción.

El grupo tenía que atravesar por el Leprocomio que está en la vecindad del Manicomio. Eduardo iba semipensativo

y cabizbajo, cosa rara en él, y observando el paisaje con meticuloso y afectado ademán. Al llegar, él a la cabeza, al edificio principal, que es de dos plantas, del aludido lazareto, Brito hizo detener con un gesto impulsivo a la pintoresca comitiva.

—Es el palacio de una reina mora— dijo, enfáticamente, señalando con la mano el edificio.

—¡Esa es la casa de las monjas! —prorrumpió un loco que en ese momento estaba menos loco que el propio Brito.

—¡Atrevido!— le vociferó éste con los ojos encandilados por la sorpresa y por la ira. Se necesita ser un verdadero loco como lo eres tú, para no ver la majestuosa grandeza de ese palacio morisco, sus almenas, sus ojivas...

Como tratándose de locos, todo es absurdamente arbitrario, otro demente exclamó:

—Esa es una caballeriza de dos pisos, donde viven los caballos de las monjas...

—Aquí el jefe soy yo— exclamó últimamente Eduardo Brito.— Así es que van a hacerme el favor de callarse...

Y zafándose la camisa lució el aire sus músculos de verdadero atleta. Todos hicieron un silencio ecuánime solo interrumpida por el histérico chillido de la risa de un muchacho chiflado.

Por primera vez desde su estancia en Nigua, en un insólito y desbordado clima de inesperada lucidez, Eduardo Brito, cantó con voz llena de nítida frescura, la zarzuela "Los Gavilanes". Al conjuro de la voz mágica y sugestiva, todos los reclusos del leprocomio se fueron alineando junto a los reclusos del manicomio, mientras las monjitas, ansiosas y asombradas, asomaban sus niveas cabezas por entre las enredaderas del balcón.

Fué ese sin duda, en toda su vida de demente, el único instante en que Eduardo Brito recobró su íntima y verdadera

personalidad. Su voz era la de siempre y sus gestos discretos y comedidos eran los del artista que había obtenido espectaculares triunfos en los más renombrados teatros de Europa y de América.

Pero aún falta la última escena del inusitado espectáculo. Una sombra blanca, como una paloma mensajera de fe y de esperanza, se destacó en el hueco de la puerta de la planta baja del edificio y a poco, adelantó sus pasos hacia el grupo.

Era la madre directora del leprocomio. Llegaba con los ojos arrasados de pena por el inmaculado rocío de las lágrimas. Alargó su mano diestra místicamente temblorosa. Eduado Brito se arrodilló, y llorando a su vez, besó, con enardecida unción la mano de la religiosa.

Aquel día no hubo baño en la playa. La madre directora comenzó a hacer preguntas a Brito, sobre su vida, y éste, por primera vez, en todo su confinamiento, contestaba con presteza y seguridad. Nada del barboteo de palabras, que se había hecho tan característico en él, nada de ademanes violentos, ni de cambios súbitos de conversación. Sintiéndose él mismo, el Eduardo Brito, de todos los tiempos, cuando se terminó la conversación, dió sin embargo, el primer resbalón en su sorpresiva lucidez. Dirigiéndose a uno de los locos que estaban a su alrededor, exclamó con imperativo y denodado gesto.

—¡Ve a buscar mi automóvil! Esta noche tengo un recital ante el rey de Montenegro. Anda idiota —agregó— al ver que el compañero se quedaba extático como una piedra.

En el camino del regreso, ya se había olvidado Eduardo Brito, del palacio morisco, de la reina que lo habitaba, y de su flamante automóvil. Volvía a ser Eduardo Brito, recluso en el pabellón Nº 1, cama número 18...

CAPITULO III

EL DELIRIO de grandezas de Eduardo Brito llegó a su punto culminante el día en que resolvió hacer de Jesús de Nazareth. Con piadosa y cómica unción dió su bendición a los apóstoles, designándolos entre los locos que lo acompañaban y los fué señalando por su nombre sin faltarle uno solo. Como en los alrededores había más apóstoles de los que consagra el Nuevo Testamento, Brito se dirigió, intempestiva y autoritariamente, hacia un anciano demente que en las proximidades se lavaba las manos en una llave de agua.

En este caso, por excepción, el actor de la asombrosa comedia divina no actuó como Jesucristo, con piadosa y venerable resignación.

—Tú eres Pilatos vociferó dirigiéndose al anciano— y no creas que vas a arreglar las cosas lavándote simplemente las manos. El otro Pilatos mató a Jesucristo. Yo soy ahora Jesucristo y voy a vengar mi propia muerte...

Viendo la actitud, insolentemente amenazante de Jesucristo, Pilatos, muy cuerdamente, olvidando su condición de procónsul romano, no tuvo otro remedio que emprender la más descomunal fuga.

Pero la tremenda comedia bíblica no había aun terminado. Es sabido que en las inmediaciones del entonces Manicomio Padre Billini, está la playa de Nigua, y que en el mismo río de este nombre hay un soberbio balneario natural.

En las pocas veces en que Brito no estaba hablando o contango algo, con voz ya enroquecida aunque fuerte, se

dedicaba a contemplar el anchuroso Mar Caribe que a tres kilómetros de distancia bordeaba de lentejuelas de recuerdos marinos las incólumes arenas de la asoleada playa.

Es sabido que Jesucristo atravesó con pie firme y sin ni siquiera mojarse las sandalias, el lago Tiberiades. Sin duda que el momento más trascendental de la fantástica locura de Eduardo Brito, no fué solamente cuando se constituyó a si mismo, en el más arbitrario e irritante Jesús de Nazareth, sino cuando resolvió, como éste, atravesar el lago Tiberiades.

El lago Tiberiades, era, naturalmente, la cercana playa de Nigua. Eduardo se despojó de su piyama y se hizo una túnica con la sábana que siempre portaba y que le había llevado su familia. Se colocó, piadosamente, las manos entrecruzadas sobre el pecho y con la cabeza baja, se dirigió a la parte sur del Manicomio. Los apóstoles, que tenían el encargo de vigilar, simplemente, a Eduardo Brito, se decidieron en este caso a actuar como verdaderos discípulos y así siguieron, sumisamente, a su maestro.

Haciendo el milagro de atravesar cercas de alambres de púas Jesucristo y su mística cohorte salieron del manicomio y se internaron en el cercano Leprocomio. Brito que en casos parecidos entonaba una canción que nunca terminaba, esta vez, murmuraba algo que era como un patético rezo.

Al llegar a la playa de Nigua, observó unos ocho o diez pescadores, los cuales, unos con varas, otros con chinchorros, trataban de hurtarle sus tesores a la mar.

A ellos se dirigió, resueltamente Eduardo, y los hizo reunir a todos en un grupo. Uno de ellos rezongó:

—Estos deben ser locos que se han escapado del manicomio. Vamos a mandar a uno enseguida, a avisar.

Eduardo se quedó mirando, fijamente, al entrometido, mientras entre los demás, unos sonreían y otros cuchicheaban en voz baja.

—Yo soy Jesucristo —prorrumpió Brito con grave y apasionada voz. Y tan Jesucristo soy que me he encontrado como él con un grupo de pescadores, que serán mis nuevos discípulos y mis verdaderos apóstoles.

Los apóstoles que ya había nombrado Eduardo se arremolinaron junto a él en son de protesta.

—¡Largo de aquí! —les gritó éste—. ¡Los destituyo como apóstoles! ¡Ustedes no son más que unos locos del manicomio Padre Billini!

Y dirigiéndose, solemne y gravemente, a los pescadores procedió a hacer las nuevas designaciones y nombramientos.

—Este es Pedro, . . éste es Pablo. . . Este es Lucas, éste es Tomás.

—Yo no me llamo Pedro sino Anicasio —dijo uno de los favorecidos.

Brito no hizo caso de la advertencia ni de las murmuraciones de los otros. Se limitó a decir con imperativa voz de mando:

¡Síganme mis discípulos!

Uno de éstos se limitó a decir, mientras reía:

—¡Que va gallo!

Los demás volvieron a sus varas y a sus chinchorros, aunque mirando de reojo, la escena. Los primeros apóstoles destituídos siguieron entonces al improvisado Cristo.

No se si es facultad de algunos dementes la de realizar hazañas inverosimiles, en las cuales el Supremo Hacedor pone su mano topopoderosa. Lo cierto es que Eduardo Brito, lentamente, serenamente, majestuosamente, con el soberano gesto de un semidiós olímpico, se internó en el Mar Caribe, mientras las olas, medrosas y reticentes, pasaban por su lado, simulando indiferencia, como para no perturbarlo en su mistica e insensata peregrinación.

Eduardo, para hacer la travesía, hizo lo que no hizo Jesucristo: se sirvió de una vara de mediano tamaño que le servía de bastón. Vista su figura desde la playa parecía un dios extraño y olímpico, con su tridente en la diestra y su túnica, aureolada de resplandores crepusculares, cubriendo su cuerpo de bienaventurado.

Alrededor del Mesías, los apóstoles no eran respetados por las olas, que los acometían feroz y despiadadamente, hasta el extremo que más de uno estuvo a punto de perecer ahogado.

Cuando los llaveros de servicio del manicomio llegaron a la playa, su furor no tenía límites. Y todas las invectivas recayeron sobre uno llamado Pablo, a quien le correspondía ese día la vigilancia de Brito.

—Tú que "metiste la pata" y dejaste ir a ese hombre, fájate con las olas... le decían.

—Yo solo no voy a hacer nada— gemía Pablo. Por Dios acompáñenme que entre todos nos será más fácil traer a ese condenado...

Pero no hubo necesidad de que nadie se internara en el océano. De pronto, ante el asombro de todos, Eduardo Brito dió media vuelta, y con la misma prosopopeya y majestad, se dirigió lentamente a la ribera.

Las olas le habían arrancado el improvisado bastón. En un momento determinado, al parecer, le fallaron las fuerzas. La marea, momentánea y sorpresivamente parecía haber bajado. Los doce apóstoles cargaron entonces al unísono con el cuerpo semi desfallecido del nuevo y audaz nazareno, que sin poseer las cualidades divinas de su antecesor, realizaba hazañas parecidas a las de éste.

Una vez en el Manicomio, la excitación de Brito había crecido hasta tal punto que fué necesario amarrarlo, con

sábanas, en su cama, mientras los inquietos apóstoles eran premiados por su adusta complicidad en la pintoresca epifanía, con el plácido alojamiento en unas celdas solitarias, cuyo único ajuar era un rústico camastro de tablones de pino, y una centena de mosquitos que no eran locos, porque con toda asiduidad, se dedicaban, como sus congéneres normales, a chupar la sangre de los seres mortales.

CAPITULO IV

El único ser humano que puede morir, de muerte natural, sin ser una muerte puramente natural, es el loco. Una persona normal muere de tuberculosis, de neumonía, de peritonitis. Un demente, puede morir, normalmente, sin que una enfermedad, propiamente dicha, haya atacado su organismo.

Ese fué el caso penoso de Eduardo Brito. En sus últimos días no probaba los alimentos. Se limitaba a llevárselos a la boca, para inmediatamente expulsarlos, por medio de una "ruciada" de la que no escapaba el más lindo que se le acercara. En estos casos, es costumbre alimentar al enfermo por medio de un tubo que va al estómago y se inserta en la nariz. Con Eduardo Brito este método casi no dió resultado. Su fuerza hercúlea hacia totalmente imposible el que pudiera ser mantenido quieto, ni aún por una legión de hombres, y muchas veces, después de ingerido el líquido, lo vomitaba, introduciéndose el dedo índice en la garganta.

Sin embargo, durante los primeros días de su huelga de hambre inconsciente, Brito, aún conservaba sus fuerzas, y mantenía intactas algunas facultades de habilidad y comprensión.

Fué necesario trasladarlo de la Clínica Psiquiátrica a la "línea general". La mencionada clínica es más bien un hospital privado para enfermos mentales que pueden pagar. Está dentro del manicomio, propiamente dicho, pero aislado por una bien alambreada cerca. En su tierra cuajan sus primo-

res, amapolas y lirios, y algunos árboles de mango dan una fértil sombra a las parejas esquivas.

Un día se presentó el guardián de la mencionada clínica al médico-director del establecimiento.

—"Doctor, —dijo airadamente—, usted me saca ese hombre de la clínica (se refería a Brito) o no respondo de mí".

—Pero, ¿qué le pasa, Alberto?

—Me pasa mucho y no me pasa nada, respondió, enigmáticamente, el "berrinchoso" guardián. Lo que resulta es que al Brito ese le ha cogido con enamorar a mi mujer, y eso no se lo aguanto ni a Jesucristo. (La esposa del llavero era la sirvienta de la clínica).

—Pero ¿cómo es posible, Alberto, que siendo tú empleado de este establecimiento, que conoces como son las cosas aquí, te quejes por el hecho de que un asilado diga algunos cuantos piropos a tu esposa?... Tú sabes, que muchos dementes insultan a la Virgen de la Altagracia y hasta defecan, imaginariamente, sobre personas que ellos creen son la causa de sus males. Tú debes actuar como una persona cuerda, y no lo es quien hace caso a los desatinos de un desequilibrado.

—Pero, doctor, es que ese maldito loco, tiene cosas que no parecen de loco. Enamora a mi mujer en una forma tan convincente y tan vehemente, que parece más bien una persona normal...

—¿Qué le dice Brito a tu mujer, Alberto?

—Pues, entre otras cosas, no cesa de manifestarle que debe abandonarme por ser yo muy viejo, e irse a vivir con un hombre joven y famoso como él. Entonces le relata "las cosas que él le haría" para dar plena y moderna satisfacción a su amor".

A la queja del llavero se unió el hecho de que a cada momento era necesario ir a buscar a Brito porque éste había

desaparecido del recinto de la clínica. En ésta no hay rejas, y así muchas veces, Eduardo se levantaba de madrugada y a veces, hasta desnudo iba a sentarse debajo de un árbol de mango, a entonar canciones que nunca terminaba.

Una de las facultades más genuinas de muchos dementes es aquella que les permite adaptarse con facilidad a cualquier género de vida que se les impónga, por molesto o penoso que sea. El descenso de categoría que suponía el bajar a Brito de la aristocracia de la clínica a la democracia de la "línea general", no pareció afectarlo en lo más mínimo. En seguida comenzó a hacer amigos entre los reclusos y a veces hasta contaba cuentos picantes, salpicados abruptamente, por los más cómicos disparates.

Refería, por ejemplo, que él había sido boxeador en su primera mocedad, y cuando niño, limpiabotas. Un hombre famoso normal, sin duda, en muchos casos como éste habría callado, discretamente, tales antecedentes, o por lo menos, no se hubiera prestado a referirlos con proligidad.

Pero al referirse a su oficio de limpiabotas y de boxeador, Eduardo, tenía, imprescindiblemente, que "meter la cuchara. El había sido limpiabotas, sí, pero fué para lustrarle los zapatos a las más renombradas estrellas de cine, y cuando peleó en un ring fué para vencer por "knock-out" a Jack Dempsey, Jorge Carpentier y Joe Louis. Siempre en tales lances se enamoraba de él, una princesa india o una joven millonaria.

La extrema locuacidad de Brito, su alegre estado de ánimo, su constante y aparente afán de dar consejos al prójimo y divertirlo, prueban hasta la saciedad que él transformaba, a su antojo, la hórrida y amplísima buhardilla del manicomio en una encantada mansión, poblada de silfos y sirenas.

En el manicomio estaba internado un mocetón fuerte y agresivo, llamado Luis Brito. Todos le tenían miedo y había

recibido muchas inyecciones de trementina y encerradas en celdas, por su propensión a atacar a los demás, por el más leve motivo.

En una ocasión le había roto el bazo a un demente menos fuerte que él, el cual a los pocos días murió, sin remedio. En casos como éstos el valentón era inyectado con la droga y pasaba largos días en la solitaria. Pero al fin había que soltarlo. No se le podía imponer una pena dura, ya que más bien no merecía ninguna pena. Era un loco, y como loco, actuaba inconsciente e irresponsablemente. El que no quiera ser de estas víctimas, no tiene más remedio que tratar de no volverse loco y no ingresar jamás en un manicomio.

Un día, Eduardo Brito, se fija en la gigantesca y envalentonada figura de Luis Brito. Se le acerca, y entre ambos se entabla el siguiente diálogo:

—¿De dónde es usted? —pregunta Eduardo Brito.

Esta vez, de buena gana, el interrogado, responde:

—Yo soy de Puerto Plata, señor.

—¿De los Brito, de Puerto Plata? Entonces somos familia...

Y con esa facilidad que tienen ciertos locos para realizar y admitir situaciones imprevistas, Eduardo, se abalanzó sobre su probable primo, oprimiéndole la espalda y las costillas con un fuerte abrazo.

Desde ese día la intimidad entre los dos Brito, quedó firme y ecuánimemente establecida. Ambos sufrían de una locura semejante, y así los disparates que uno decía eran aceptados de buena gana por el otro, que a la vez pagaba con la misma moneda de disparates.

Una de las más hábiles maneras que tenemos para saber si una persona está loca es la de advertir que ella hace caso normal y presta la debida atención a aquel que en reali-

dad está expresando cosas que no tienen ningún sentido, ni ninguna coordinación. El loco, es natural que considere como cuerdas las razones de quien está expresándolas conforme al propio pensamiento extraviado de quien las escucha.

Los famosos diálogos entre Eduardo Brito y Luis Brito, solo eran entendidos por ellos mismos, pero la comprensión recíproca era cabal y perfecta. A cada disparate colosal de Luis Brito respondía Eduardo Brito con otro disparate más despampanantemente colosal.

Un día, sin embargo, aquella amistad hubo de interrumpirse. Eduardo se había quedado por unos segundos mirando fijamente la faz de su mejor amigo. De pronto, se puso en pie con la faz congestionada por la sorpresa y la rabia. Señalando el rostro de Luis con el índice de la mano derecha, exclamó, desparpajadamente:

—Tú no puedes ser Brito, ni mucho menos primo mío. Tú eres demasiado prieto, y en la familia de los Brito todos somos blancos o indios... Hágame el favor de no dirigirme más la palabra...

Luis Brito, atónito, no acertaba a hacer un solo gesto.

—Usted me ha ofendido prosiguió, implacablemente, Eduardo, y yo tengo que desquitarme esa ofensa. Si usted es un macho, acérquese y fájese conmigo de hombre a hombre...

Acto seguido el Brito, cantante, se despojó de la chaqueta, y se puso en actitud de boxear, frente al Brito, de las hazañas memorables.

Y entonces lo fantásticamente increíble.

El Luis Brito, famoso por sus trompadas contundentes, temido por su "punch" inexorable, con voz más suave que el balido de una casta oveja, susurró con voz teñida de plácida ternura:

—Pero, señor Brito, por Dios, ¿no sabe usted que aquí está prohibido pelear. ¿Cómo quiere usted que yo contradiga una orden de los doctores?

A Eduardo, ni con mucho menos, le satisfizo la respuesta. Avanzó con lentitud y seguridad sobre su antagonista, y con la precisión de un cronómetro, sabio y mecánico, ajustó una formidable trompada en el rostro del corpulento mocetón.

Luis Brito, cuya locura no le impedía recordar a Jesucristo, en un gesto magnífico, permaneció solemne y extático en el sitio, limitándose a exclamar, mientras inclinaba su cabeza en señal de sumisión:

—Dé otra vez, señor Brito, dé otra vez...

Eduardo Brito no dió otra vez. Majestuosa y solemnemente se puso su chaqueta mientras un demente deportista le levantaba la mano varias veces en señal del más rotundo y definitivo triunfo.

A poco me acerqué a Luis Brito. Quería conocer la razón de su inexplicable y temerosa actitud.

—Bueno, Luis, ¿qué te pasó? Le cogiste miedo a Eduardo Brito?

—Mire, licenciado, contestó pausada y razonadamente, el interrogado. ¿Qué quería usted que yo hiciera? ¿Usted no sabe que ese hombre está "endrogado" por los americanos? Usted sabe la "fuerza hidráulica" que debe tener ese hombre en las "vías coyunturales??... Y uno aquí, alimentado con "cuestiones" de hospitales ordinarios...

CAPITULO V

Es bueno hacer saber que en todos los manicomios hay una especie de clasificación tácita basada en la condición de los enfermos y ésta toma como única base el estado de su salud mental.

Hay una primera clase de locos, cuya deteriorada salud, les permite, no obstante actuar con cierta dignidad y comedimiento. Son más cuerdos que locos, debiendo haber en su entendimiento una cuarta parte de locura y tres cuartas partes de cordura. En ninguna otra enfermedad, como en la locura, puede afirmarse con tanta propiedad que no "hay enfermedad, sino enfermos". Puede haber, sin embargo, un grupo de enfermos en que como hemos dicho la cordura predomine sobre la locura, aunque esta locura tenga en cada uno, síntomas distintos y contradictorios. De todos modos, son síntomas distintos, pero similares por contener una mínima cantidad de demencia.

Estos enfermos son alojados en el pabellón Nº 1. En la prima noche uno cantará una canción, otro se pondrá a dar paseos, aquél discutirá con un prójimo sobre la propiedad de una cama y el último protestará del robo de una sábana. Casi todos conversarán animadamente como en las cárceles, y si algún loco un poco más rematado que los otros viene a interrumpir la reunión, es despachado con cajas destem-

pladas. Cuando uno enciende un "pachuché" (cigarrillo de andullo") enseguida tendrá a su alrededor tres o cuatro aspirantes a la "colilla".

A las nueve es apagada la luz y esta es la señal de silencio. Después de este silencio alguno o algunos pretenderán seguir conversando o cantando, hasta que se asoma el llavero y le dice con voz reposada y grave:

—El que está cantando o hablando parece que quiere ir a dormir a una celda.

Puede suceder que alguno sufra una gravedad en su quebranto en la medianoche, y comience a comportarse en una forma impropia del pabellón Nº 1. A los huéspedes del mencionado pabellón no se les permite accesos de furia, o lamentaciones e imprecaciones en voz alta, después de haberse dado la señal de silencio. Si algún enagenado comete tal arbitrariedad siempre encontrará un compañero que asomando la nariz por entre los fuertes barrotes de la celda, grite al guardián:

—Aquí hay un hombre que no va a dejar dormir a nadie.

Parte de los 60 reclusos que comparten dicho pabellón estarán de acuerdo y lo demostrarán con airadas protestas. Entonces el contraventor de la ley, es sacado, del amplio corral y es trasladado a una celda, o al pabellón Nº 3, de los cuales hablaremos más adelante.

A las cinco de la mañana es encendida de nuevo la luz, y el loco que hace de preboste, repartirá escobas para que comience la agria sinfonía del agua corriente, el crujir de las escobas, y la "cháchara" de los barredores que consideran como su ineludible derecho cantar cuando lanzan los cubos de agua y darse de escobazos los unos a los otros por el más mínimo motivo.

Con todos sus grotescos inconvenientes, no cabe duda que el pabellón Nº 1 es el Jaragua del manicomio.

En el pabellón Nº 2 son alojados aquellos pacientes que tienen en su cerebro algo así como una mitad de cordura y una mitad de locura. Reglamentariamente, en dicho pabellón debe reinar la misma disciplina que en el pabellón Nº 1. Pero ésta es observada menos estrictamente por la sencillísima razón de que no es lo mismo ser medio loco que ser un cuarto de loco.

Este pabellón, por razón misma de las circunstancias, no puede ser mantenido en el mismo estado de relativa pulcritud que el Nº 1. Los medios locos tienen cierta propensión a romper las colchonetas y rasgar los "monos" o uniformes. Sus discusiones son más agrias y sus peleas más contundente. La aspiración máxima del huésped del pabellón Nº 2 es ser pasado al número 1. Si se comporta con la dignidad y decoro propios del primer pabellón puede ser que en determinado momento se le aloje en él, haciéndose el justo "cambalache" con algún revoltoso del pabellón primero.

El pabellón Nº 3, por obra misma de las circunstancias es horrendamente tétrico y espeluznantemente sombrío. Se comprende esto fácilmente: en él son alojados aquellos enfermos cuya locura les ha cogido las tres cuartas partes del cerebro o el cerebro entero.

No posee camas, sino camastros, fuertemente adosados al piso y a la pared. No es posible dotar este pabellón con camas, porque los locos, continua e implacablemente, rasgan las colchonetas. Para una cama, sin colchoneta o colchón, con el alambre solo de los bastidores, más vale la table lisa o el indomable cemento del suelo que no pueden ser deteriorados.

Los asilados de este pabellón son los que gozan de inmunidades más amplias dentro del manicomio. La mayoría se pasa casi la noche íntegra, cantando, hablando solos, lanzan-

do imprecaciones y los más humildes fumando, raquíticos "pachuches" cuyas colillas han recogido en el día.

El deporte más socorrido en este pabellón es el de lanzarse, unos a otros, con admirable previsión y puntería, gruesos "pegotes" de excrementos.

Otro deporte muy favorecido en el pabellón Nº 3 es el de la lucha libre, en que los peleadores se enfrascan en enconada contienda por el motivo más baladí y a veces sin ningún motivo. El pabellón Nº 3 es el "cuco" de todos los reclusos, que habitan los otros pabellones. La sola amenaza de ser enviado a dicho pabellón, hace volver sumiso y obediente al loco más obstinado.

Hay un cuarto pabellón que tiene funciones delicadas y especialísimas: el pabellón Nº 4. Está compuesto de alrededor de veinticinco celdas o solitarias, y como todo ajuar cada celda tiene un camastro de cuatro gruesos tablones de pino. Es la residencia obligada del loco extremadamente furioso, a cuya presencia peligra la anatomía del más precavido mortal. Responden a una necesidad única e inobjetable: el loco que constituye un peligro evidente y constante para sus semejantes, debe ser aislado e incomunicado sin compasión alguna.

Así se ve, con frecuencia que el paciente que hacía unas cuantas semanas era el feliz habitante del pabellón Nº 1, ha ido repasando los escalafones de la adversidad, siendo trasladado de ese pabellón al 2 de este último al 3, y finalmente al pavoroso número 4.

También se dá el caso, de que un habitante de una celda, vaya mejorando, paulatina y certeramente, y entonces el escalafón tiene un sentido inverso: desde el Nº 4, al número 3, del número 3 al número 2 y de éste al delicioso edén del primero de los pabellones.

CAPITULO VI

UNA GRAN VERJA, ornamental y metálica, divide en dos partes iguales los terrenos del manicomio Padre Billini: la parte norte corresponde a las mujeres, la parte sur a los hombres.

La línea fronteriza de la verja delimitadora, es respetada, cabal y conscientemente, por la mayoría de los hombres y de las mujeres. Traspasarla sin el debido permiso, entraña el cargo de que el hombre estaba haciendo el amor a una mujer, o una mujer al hombre.

Muchos "pepillitos" (pues entre los locos también hay pepillitos) han osado contravenir la fundamental reglamentación y han ido a parar a una celda, o han recibido en los muslos un par de inyecciones de trementina.

En la parte residencial correspondiente a las mujeres hay un bullicio perenne y ensordecedor. Si las mujeres son demasiado propensas a hablar mucho, en la vida normal, más lo son cuando se han vuelto locas. Y las riñas menudean en este recinto con más prodigalidad que en el solar de los hombres. A cada momento es llevada a la enfermería una mujer con heridas en la cabeza y su antagonista con arañazos en el cuerpo.

Está prohibido, estrictamente, a los pacientes portar palos, y mucho más cualquier instrumento cortante. Pero nadie puede evitar que sean portadores de "jarritos", que les sirven para tomar agua y recibir el chocolate del desayuno. Estos son los instrumentos, más generalizados, del delito.

El recinto destinado a las mujeres goza del privilegio de tener el más amplio y aireado de los pabellones. En él caben, un poco apretujadamente, las 250 pacientes del sexo femenino. Los lugares aledaños del dicho pabellón son verdaderos campamentos con fogones de leña donde las infelices reclusas tratan de aderezar o emblandecer con el fuego sus alimentos de yuca o plátanos.

Este pabellón es denominado con el Nº 6, y tiene, en conjunto las características de los pabellones 1 y 2 correspondientes a los hombres. La razón es obvia; allí, deben ser alojadas todas las mujeres, sea que tengan una gran locura o una pequeña locura. La única salvación para precaverse de las más revoltosas, es el pabellón Nº 5, el cual corresponde al Nº 3 de los hombres.

El pabellón de las mujeres en ciertos momentos es como un campo de batalla. En efecto, se sabe que las mujeres al contrario de los hombres, pelean por cualquier motivo baladí. Un recluso de confianza, que presenta muy simples síntomas de locura, es el encargado del pabellón.

Cuando las mujeres se ponen a pelear, él trata, primero de desapartarlas, y después exclama, filosóficamente:

—¡Hay que dejarlas! A la mujer, en la locura, les coge con pelear. Tonto sería yo si voy a tratar de evitar algo que es inevitable.

Pero el verdadero y clásico edén, el legendario paraíso de los locos, lo constituye la Clínica Siquiátrica. Como ya hemos dicho está dentro del manicomio, pero separado del resto por una bien alambreada cerca de púas.

La Clínica Siquiátrica, es solo un hospital más, que presume tener tanto relieve e importancia como el Padre Billini, el doctor Morgan o el doctor Salvador B. Gautier.

Son admitidas en ella, cualquiera clase de locos, con tal de que paguen un módico estipendio. Los huéspedes de la afamada clínica pierden, por lo menos, momentáneamente,

sus derechos a su confortable residencia si comete el imperdonable error de comportarse como un loco insignificante o cualquiera. Si lo hace pierde de pleno todos sus fueros, y va, de cabeza a ser huéspedad del Nº 3 ó del Nº 4, en la misma forma que un loco común y corriente.

La Clinica tiene una cocina aparte que nada tiene que ver con la cocina de los reclusos de la línea general. Sólo falta en ella, aunque sea, un remedo de biblioteca, o un trasunto no ya de aparato televisor sino de un simple radio estridente y majadero como los locos furiosos.

La Clinica Siquiátrica es el anhelo más preciado de los pacientes que aspiran a fugarse. Allí no hay rejas y es fácil para cualquiera romper la tela metálica de las ventanas. En dicho hospital, han tomado residencia muchos enfermos, viejos y jóvenes, que no sufren de ninguna clase grave de locura. Allí tienen un hotel módico, que no sólo le proporciona alimentos sino que les procura medicinas.

La Clínica Siquiátrica, es sin duda, un paraíso artificial dentro del manicomio Padre Billini.

Se cita el caso de un enfermo, de familia distinguida que pertenecia a la "línea general". Su actitud era insoportablemente insolente: a todo el mundo, presente o extraño, lo insultaba con palabras procaces e hirientes.

Un mal día el aludido paciente amaneció con una fiebre altísima y dolores en todo el cuerpo. El doctor diagnosticó: neumonía y la familia, enseguida, gestionó su traslado a la clínica. El doctor dudaba: no era éste de esa clase de enfermos que deberían estar en la clínica. Al fin, condescendió en alojarlo, con la condición de que fuera solamente mientras le duraba la enfermedad. Con el "amodorramiento neumónico", expresó, no se atreverá ni siquiera a levantar la voz.

En unas cuantas semanas el paciente se repuso y se le permitió durante el día estar con los demás reclusos de la clínica y aún sentarse y parlotear con ellos.

Pues bien: el demente rebelde, blasfemo y procaz, se portó durante todo ese tiempo como el más pulcro y austero de los caballeros ingleses. De su boca solo salían palabras amables, compartía su alimento con los más necesitados, y siempre procuraba estar pulcramente vestido.

En esos días le aplicaron por varias ocasiones, el electro schok, y al ver la notable mejoría experimentada, uno de los practicantes dijo:

—Este milagro se debe al electro-schok...

A lo que un loco, que no estaba en la Clínica, le respondió:

—Este milagro se debe a la Clínica.

Para cerrar este capítulo, solo vamos a hacer mención de un pabellón que había momentáneamente olvidado: el pabellón Nº 7. Está colocado, estratégicamente, entre los pabellones corrientes y la clínica. Es una magnífica transición entre ambos. Tiene camas y cuarto de baño, similares a los de ésta.

Pero los alimentos son los mismos de la "línea general".

¿Quénes son alojados allí? Pues, los reclusos cuya casi recobrada salud les impide estar en los pabellones corrientes, y los cuales no pueden pagar el estipendio de la clínica.

El manicomio así, queda dividido, con cierta obtusa racionalidad en tres regiones, similares en su finalidad, pero distintas en su funcionamiento. En primer lugar los pabellones 1, 2, 3, 4, 5 y 6 forman la primera región. El pabellón Nº 7 forma la segunda región.

Y como símbolo de perfección admirable: la Clínica Siquiátrica, en la que no se hace medicina clínica (dar consultas), sino que sirve de alojamiento a un grupo de enfermos, que son allí "hospitalizados" por lo que el mencionado establecimiento es un verdadero hospital privado, y por lo tanto, debería llamarse: "Hospital Siquiátrico" o algo por el estilo.

CAPITULO VII

EDUARDO BRITO, tuvo varias etapas en su vida de demente, que señalaron paulatina y sucesivamente, el adelanto de su quebranto que habría de llevarlo, finalmente a la muerte.

En la primera etapa Eduardo era como un demente cualquiera. En muchos casos no se le notaba siquiera ningún signo de su enfermedad. Se advertía que estaba desequilibrado porque hablaba y actuaba sin ninguna coordinación consciente, entre sus ideas y la realidad.

Así, las personas dementes, aparte de toda clasificación científica pueden, a mi juicio, dividirse en dos clases: las que han perdido el juicio totalmente y las que lo han perdido, parcialmente. Y aún hay una tercera clasificación: la de aquellas que han perdido el juicio en una mínima parte.

Una persona, por ejemplo, ha sido durante su juventud y su madurez, un ser completamente introvertido, habla poco, sus actos son producto de una honda reflexión, sus reacciones son lentas y correctas. De pronto, comienza a hablar demasiado, a gastar su dinero sin ton ni son, y sus actos son consecuencia de pensamientos impulsivos. El hombre sigue siendo un hombre pero es *distinto* al anterior.

Si vamos a la ciencia, no es un paranoico, ni un equizofrénico, ni se le puede adjudicar ninguno de esos apelativos con que la siquiatría adorna de pintoresco misterio las enfermedades mentales. No es loco y si lo es, lo es en una mínima parte.

Estos enfermos constituyen un verdadero problema para sus familiares. El que es, talvez un abuelo, ha dejado, misteriosa e inexplicablemente de ser lo que era. Es un sujeto que se ha vuelto inepto para desenvolverse, lógicamente, en la vida. Más que un loco es un "alocado". En su casa es casi una molestia, pero seria inhumano llevarlo al manicomio.

Eduardo Brito, en la primera etapa de su enfermedad, fuera de las crisis de rebeldia, hablaba con todo el mundo y era pródigo ofreciendo buenos empleos, y asegurando que tenía una compañía teatral que volvería a dar la vuelta al mundo. Disparataba mucho, pero siempre con alguna coordinación en las ideas. No hacia mención de sus familiares, ni se preocupaba de saber el lugar en dónde estaba, ni averiguar cuándo se le daría la libertad.

Sus allegados le enviaban con frecuencia fundas atiborradas de alimentos, pero él las rechazaba diciendo que no conocía a los familiares que le hacían el envío. Casi siempre, cambiando repentinamente de idea, aceptaba la funda para repartir los alimentos con una cómica discriminación: a algunos le daba casi media funda, a otros no le daba nada. La próxima vez podia resultar que los últimos fueran los primeros.

Eduardo Brito, en su adolescencia, habia sido limpiabotas y en su juventud boxeador. Con todos, desde el más viejo hasta el más joven estaba siempre dispuesto a entablar un "macht" de boxeo. Pero nunca se le ocurrió tratar de limpiarles los zapatos a nadie.

Los síntomas ominosos comenzaron a sucederse, uno tras otro, como los peldaños de una maléfica escalera que lo llevaría, a la postre, a la cima fatal del desequilibrio completo, producido por la implacable e incurable *parálisis general*.

Siendo Brito de temperamento ardiente y exaltado se comprende, fácilmente, que en él los síntomas de la locura

fueran como una exageración o una exhacerbación de los síntomas comunes.

Cuando la enfermera iba a aplicarle una inyección, a veces lo aceptaba con gusto, otras rompía en improperios para la que para él era una intrusa. En sus momentos de máxima exaltación sus actos cobraban una violencia inusitada y cuando estaba en relativa calma, se valía del disimulo para ocultar su impulso de golpear o molestar.

En una ocasión, en que los guardianes se distrajeron, Brito, sentado, fué arrastrándose poquito a poco del lugar en que se encontraba hasta estar situado frente a una pequeña maleza. Allí había lo que nadie había podido advertir: un gran pedruzco de más de cinco libras de peso. Cuando estuvo cerca se levantó bruscamente y tomando la piedra con su fuerza poderosa la levantó a la altura de su cabeza y la lanzó contra el grupo que se encontraba en las cercanías.

Otro episodio cómico sucedía, generalmente, cuando la enfermera le llevaba una píldora para que la ingiriera. El simulaba tragarse la píldora, pero a los pocos segundos la expulsaba violentamente como con una cerbatana, con tal puntería que acertaba casi siempre, a insertarla en uno de los ojos de la muchacha.

Cada día que pasaba marcaba, lamentablemente, un ascenso en el cuadro sintomatológico de Eduardo. Estaba loco sin remedio. Sin nadie poderlo evitar y haciendo grandes esfuerzos se fué extrayendo los dientes con sus propias manos.

Hay cosas que con ayuda son posibles de imponer a un loco. Puede, por ejemplo, momentáneamente, ser sometido con el concurso de varios e impedírsele que haga uso de las manos. Pero no hay poder humano que pueda lograr que un

loco coma, si no quiere comer, que se bañe, si no se quiere bañar y que trate de no ingerir los excrementos en el momento de evacuar. Nadie puede impedir, además que se abalance, furiosamente, sobre el primero que se le presente.

Cuando llegó el momento en que a Brito era imposible, ni aún con un regimiento, mantenerlo siguiera quieto un momento, se resolvió que su único destino posible era el reservado a los locos en el último grado: el encierro en una celda.

Cuando Eduardo Brito se vió "enjaulado", tuvo la reacción propia de muchos dementes. A todo el que llegaba le explicaba, con perturbadas razones, la sinrazón de tenerlo preso. Como sucede casi siempre, el que es encerrado en una celda, tiene una máxima aspiración de libertad: no pretende que lo devuelvan a su casa, sino simplemente que lo saquen de la celda. Como todo en el mundo es relativo el que está, virtualmente incomunicado, en un desolado recinto, desnudo y ansiosamente esperando la hora de la comida, considera como la suprema felicidad el que lo pongan, por lo menos, en otra prisión un poco más amplia y confortable: el manicomio, propiamente dicho.

La celda es lo más patético y necesario que hay en un manicomio. Es, paradójicamente, la cárcel de la cárcel. El manicomio en sí por extenso que sea su perímetro, es una verdadera prisión. Sus paredes no son fácilmente accesibles y los pabellones están protegidos por ventanas y puertas provistas de fuertes barrotes de hierro. El que logre traspasar la cerca o logre forzar el candado de la puerta, ya en libertad será fácilmente delatado por el "mono" o mameluco que le sirve de vestido.

Aunque prisión, el manicomio es una ciudad en pequeño, con sus debidas limitaciones. Se distingue de las verdaderas ciudades por su pequeñez y porque sus habitantes, co-

mo locos al fin, no están obligados a seguir las regulaciones sociales. Como he dicho ya, el loco tiene perfecto derecho a hacer, virtualmente, lo que le dé su grandísima gana. Allí no hay reglas de cortesía y la buena educación está relegada al último término.

Pero, aun dentro de esa amplitud, hay pacientes cuyo estado no le permite vivir *normalmente* dentro de la *anormalidad* que supone un manicomio. Constituyen un peligro para los demás principalmente por sus actos de violencia. Estos son los locos denominados *furiosos*. Para ellos está reservada la *celda* que es la prisión de los dementes.

El que es llevado allí, ha perdido hasta el miserable derecho que supone vivir en el manicomio, que es en sí, una prisión pero más amplia y soportable.

CAPITULO VIII

EL DESENLACE de la vida de Eduardo Brito en el manicomio fué una triste y penosa tragicomedia que duró exactamente cinco días. Haciendo una explicable excepción, el médico director había dispuesto que Brito no durmiera en la celda, sino que previa inyección de los hipnóticos más fuertes, fuera conducido al pabellón Nº 1 tan pronto entrara la noche.

A pesar del estado de suma debilidad en que debía encontrarse, Eduardo no había enflaquecido demasiado. En la celda seguía siendo aparentemente el mismo Eduardo Brito de las primeras etapas de su enfermedad. Como en la celda no había nadie, ni siquiera el más superfluo objeto, él no encontraba de ningún modo con quien boxear, ni a quien insultar. Era un Robinson solitario e inquieto, que no tenía ni siquiera los más rústicos elementos para procurarse un relativo bienestar. El loco enjaulado en una celda es el ser más aislado y desamparado que existe sobre la Tierra.

A los locos, corrientes, se les procura, en general, un mínimo acomodo, que satisface, aunque muy elementalmente, sus más precarias necesidades. El loco, aprisionado en una celda no se le puede suministrar nada que no destroce, y los mismos llaveros guardan infinitas precauciones en el momento de pasarle la comida. Para esto es necesario abrir la pesada reja de entrada y el demente casi siempre quiere aprovecharse de esa situación para atacarlo salvajemente,

después de haberse mantenido hipócritamente sumiso, durante el encierro.

Trasladando a Brito al pabellón Nº 1, durante la noche se trataba, en primer lugar, de ver si había una reacción favorable y consciente en su actitud, que permitiera sacarlo, definitivamente, de la celda. Muchos enfermos, cuya mente no está completamente dislocada reaccionan favorablemente después de unos cuantos días de encierro. Es a veces, contra la locura, la mejor terapéutica.

El primer día, para trasladar a Brito al pabellón Nº 1, el llavero de servicio, que no era de fuerte constitución física, requirió toda una cohorte de ayudantes; otro llavero y cuatro o cinco locos de confianza. A estos se unieron los practicantes de servicio y las enfermeras que estaban ansiosos de contemplar la película.

Como un general, con su estado mayor en pleno, colocado delante, con el cuerpo erecto y dando vigorosas zancadas, se vió avanzar a Eduardo Brito por el pasillo central del pabellón. Este tenía dos hileras de camas, correspondiéndole a Brito la última del lado derecho. Los enfermos del pabellón Nº 1 se habían sentado en sus camas para mejor completar la escena.

Estimulado, seguramente, por el cambio, Eduardo se acostó sumisamente, en lo que era una especie de camita "colombina" y profiriendo frases disparatadas, aceptó ponerse la inyección. Cuando la enfermera fué a efectuar la operación, la detuvo con una mano.

—Señorita —le dijo— ¿conoce usted la canción "Béseme Mucho?".

—La conozco —afirmó la enfermera— pero me gustaría oirsela cantar a usted.

Eduardo se levantó de la cama, irguió el cuerpo e hizo una reverencia a lo que para él, seguramente, era el público distinguido de un teatro famoso del mundo.

Si Dios no hacía un milagro, era imposible que Eduardo Brito cantara esa canción ni ninguna otra cualquiera. Su voz estaba enronquecida hasta el más alto límite y sus ojos bamboleaban de un lado a otro como astros erráticos y funambulescos.

Comenzó, con un remedo triste de lo que fué su maravillosa voz:

—Quiéreme mucho... continuando con las otras primeras frases de la canción.

De pronto se interrumpió. Parecía haber olvidado la letra. Pero esto no le arredró: enseguida comenzó otra canción, volvió a interrumpirse, para hacer la misma cosa con tres o cuatro canciones más.

No acertó a decir que había perdido la voz y se limitó, tranquilamente, a acostarse en la cama y pedir que le aplicaran la inyección.

Durante dos horas, o sea hasta el momento en que fué apagada la luz, Brito no dió señales de vida. Para los demás locos esto fué un desencanto. Todos esperaban una buena "película". Después de todo esta es la única diversión que pueden permitirse los reclusos.

Pero la calma era tan aparente como aquella que precede a las tempestades. Como a la una de la noche el pabellón retembló con una voz autoritaria y tonante.

—¡Abranme paso o no respondo de lo que haga!

Un recluso encendió la luz para contemplar todos a Eduardo Brito con un tubo de hierro, que blandía en la mano como una formidable cimitarra.

El espanto cundió en el pabellón y pronto cincuenta voces llamaban desesperadamente al llavero de servicio. Para llamarlo era necesario hacerlo desde el pesado portalón de

hierro que cubre la entrada. Pero era el caso que Eduardo Brito se había colocado, precisamente, junto a esas rejas y hacía en el aire con el tubo las más grotescas y amenazantes maniobras.

Volvió Brito a recorrer el pasillo del pabellón blandiendo su arma. Pero los reclusos huían de su presencia como ánima que contempla al diablo. Unos se metían en el cuarto sanitario y otros se acurrucaban debajo de las camas.

Sin duda que el llavero vió la luz encendida y a su oído llegaron los rumores de las voces destempladas. Por una de esas características propias de los manicomios, el llavero del pabellón Nº 1, dormía en un cuartito anexo al pabellón Nº 4.

Por suerte, el llavero era un ser humano y tuvo un poco de sentido común. En un momento en que Brito estaba un poco apartado de la puerta, la abrió, sigilosamente. Guardó su macana en la parte trasera de los pantalones y como el romano o griego aquel, Androcles que amansó a una leona, se dispuso a apaciguar la iracunda fiera.

—Oyeme Brito, dijo con toda suavidad, he recibido orden de sacarte de aquí y mandarte a tu casa. Ahora mismo voy a buscar tu ropa. Quítate ese "mono" y dame ese tubo. . .

La autoridad, siempre ejerce una influencia notable, aún tratándose de locos de remate.

—Está bien —contestó Brito—. Pero este tuvo no voy a dártelo, voy a ponerlo en el lugar en que lo encontré. Tuve que tomarlo para defenderme.

El llavero y dos o tres más siguieron a Eduardo, al cuarto sanitario. En su parte más alta hay una complicada tubería que trae al manicomio el agua de no sé que río. Brito se encaramó en una de las paredes que dividen los retretes y trató de colocar el tubo en una parte de la instalación. No lo logró. Entonces con voz, autoritaria y reposada exclamó:

—Mañana mismo mandaré a mi plomero para que arregle esa tubería.

Todos se hicieron los sesos aguas para imaginar cómo Eduardo Brito pudo no solamente escalar la pared divisoria, sino, especialmente, cómo pudo, con su simple mano derecha, arrancar un tubo fuertemente adherido en la sólida estructura.

—Venga conmigo a buscar la ropa, y entrégueme el tubo.

Eduardo Brito asintió, y dando sus acostumbradas zancadas marciales y solemnes, acompañó al llavero fuera del pabellón.

A poco estaba, convenientemente alojado, en la misma celda del pabellón Nº 4, en la que había pasado todo el día.

CAPITULO IX

En los cuatro dias siguientes a la singular hazaña de Eduardo Brito, que precedieron a su muerte, el que se había tornado en un excelente actor en el drama de su locura trágica, llevó a cabo representaciones extraordinarias que sintetizaban cabalmente la alta calidad de su demencia y la penosa imposibilidad de lograr para él, no ya una curación sino siquiera una simple mejoria.

La hazaña del nuevo Sansón que había desencajado un grueso tubo, firmemente empotrado en una pared, constituia al otro dia el tema obligado de locos y no locos en el manicomio.

Los locos apenas tienen de que hablar, no reciben periódichos y aunque lo recibieran la mayoria no sabría leerlos, no hay ninguna diversión como el cine o el radio. Los chismes no se producen porque los principales autores de ellos —las mujeres— están, estrictamente, separadas de los hombres. Nadie puede robarse una muchacha ni robarse nada de nadie, porque nadie tiene nada. Pocos pueden ser heridos porque hasta la más simple lámina de hojalata no es prohibida a los reclusos. En el manicomio hay que resignarse, a ser, en todo el tiempo y el espacio, simplemente un loco durante un tiempo en que las horas, son semanas, los meses, años y los años, siglos.

Además, el dominicano, por regla general tiene una locura poco elegante. Siempre, la misma clase de locura. No

varian ni en un ápice su programa, que se repite monocorde cada día, como un rosario de sofocante pedantería.

Hay loco que se pasa el día diciendo: yo soy Mr. X. Yo soy Mr. X. Hay otro que se come, crudos, concienzuda y deleitosamente, los sapos y cangrejos que logra cazar. Otro se pasa el santo día asesinando hormigas imaginarias en el suelo. Ninguno espera a que los mangos estén siquiera "pintones" sino que se los comen verdes. En aquella catacumba de pequeños sucesos, todos igualmente desiguales, el mundo es como un transición, larga y penosa, entre la vida y la muerte. Pero como en la vida todo es paradoja, en el manicomio se ha presentado una nueva clase de locura: la de aquellos, que después de largos años de reclusión, han sido dados de alta, y no quieren irse. A mi juicio forman la más distinguida "élite" de la fauna grotesca de los dementes. Querer estar en el manicomio es, sin duda, el colmo de la locura.

Hubo un enfermo mental, que después de haber sido dado de alta, regresó, voluntariamente al manicomio. Al preguntársele la razón de su actitud exclamó:

—Ya yo conseguí la patente de loco y no encuentro modo alguno de zafarme de ella. El que ha sido loco, todo el mundo supone que sigue siendo loco. Mi familia, constituye, para mí un verdadero manicomio. No puedo hacer nada. Si salgo mucho a la calle me dicen que estoy loco. Si no salgo lo mismo me dicen. Si como mucho, estoy de remate, sino como me miran con una suspicacia que claramente indica su pensamiento: hay que volverlo a llevar al manicomio. Para que no me traigan, vuelvo yo mismo.

Para estar entre falsos locos prefiero estar entre locos de verdad.

En el manicomio hay dos clases de pacientes: aquellos que son cuerdos y han sido llevados por abuso o por equivo-

cación y los que son "locos de remate". Así el que llega simplemente, "medio loco", no tiene más remedio que sanarse de por sí, o volverse completamente loco.

Repito que la hazaña de Eduardo Brito tuvo resonancias épicas durante muchos días en el manicomio. Los doctores luchaban con un dilema siquiátrico y humorístico: no podemos dejarlo de noche en la celda porque allí no podría dormir y por ser una ofensa a artista tan egregio, ni podemos sacarlo de la celda porque es una amenaza tremenda para los tranquilos moradores del pabellón Nº 1.

En la asamblea que se reunió para resolver qué se haría con Brito, tomaron parte los doctores, los practicantes, las enfermeras, y tuvo en ella sitio preminente un anciano demente a quien llamaban Mariscal, con el pecho materialmente cubierto de estrellas de hojalata y un largo bastón salido del taller de un añoso árbol de mango.

Unos estaban por dejarlo pasar la noche en la celda. Los más piadosos pensaban que se le podía dar una nueva oportunidad inyectándole una dosis doble de morfina.

Pero creyó ponerle el cascabel al gato un llavero que exclamó, orondamente:

—Lo que hay que hacer es amarrar a Brito en su cama.

La asamblea casi aplaudió la proposición y fué aceptada la idea. El mismo llavero se encargaría de la operación.

—Eso sí, exclamó éste, necesito que me den cuatro o cinco sábanas.

Les fueron proporcionadas las sábanas y durante el día todos esperaban, ansiosamente, la llegada de la tragicómica hora de amarrar a Brito.

A las siete en la misma forma que el día anterior, entraba Eduardo Brito en el pabellón, con aire aún más majestuoso y marcial que la noche anterior.

Se le puso una inyección doble de morfina tan pronto aceptó acostarse en la cama. Todos los huéspedes del pabellón Nº 1, los practicantes, enfermeras y llaveros de servicio se arremolinaban, con disimulado regocijo, junto a la cama del paciente rebelde.

Brito estaba semi adormilado como consecuencia de la inyección. El llavero, con suficiencia y pericia, fué enrollando las cinco sábanas de modo que formaran una especie de soga, blanda y ductil. La primera sábana fué colocada a través del vientre y hecho un nudo en su parte final, debajo de la cama. En la misma forma fué colocada la segunda sábana pero alrededor del cuello. La tercera sirvió para atarle las manos fuertemente, en las muñecas. Con la cuarta se hizo lo mismo en los pies. La quinta tuvo el importantisimo papel de unir la sábana de las manos con la sábana de los pies. Al terminar la operación parecia Eduardo Brito, la momia de un faraón, encontrada al pie de las famosas pirámides. Brito, en la forma que quedó apenas tenía su cuerpo la facultad de respirar.

Serían las dos de la mañana cuando se sintió un fuerte estrépito y una fuerte gritería. Fué encendida la luz y la mirada absorta de los enfermos contemplaba lo que no podia creer: Eduardo Brito venía a grandes pasos por el pasillo llevando cargada en vilo su propia cama. Se detenía delante de alguna de las camas como para lanzársela a su ocupante, pero al éste huir, empavorecido de terror, se dirigía a otra cama para repetir la misma escena. Brito, al fin, lanzó su temible catapulta sobre una de las camas, cuyo propietario, dando un brinco de atleta-saltimbanqui evitó el golpe.

—Este es un King-Kong exclamó uno. Hay que degollarlo antes de que mate a uno.

Al fin llegó el llavero, que se santiguó, supersticiosamente al ver a Brito, libre y desamarrado, de sus complicadas y eficientes ligaduras.

La fama de Eduardo Brito al otro día, había llegado al colmo. Se le calificó de atleta máximo cuando desempotró el tubo. Ahora se le calificaba de "brujo", porque en la opinión de muchos sólo con rezos y hechicerías pudo haberse desatado.

El llavero, autor del "amarre", estaba con el moco caído, cuando el doctor dijo:

—Es que no han sabido amarrarlo: Mandaré a buscar a la capital un conocido mío, enfermero de hospital, que es experto en amarres.

Para no cansar con el cuento a mis lectores, solo diré que durante los dos siguientes días, Eduardo Brito fué nuevamente amarrado, primero por el experto, después por otro llavero que procedió a hacer la fijación no con sábanas sino con sogas.

Siempre se desataba de sus ligaduras. Una vez a las dos de la mañana, otra casi al amanecer. Y siempre el mismo espectáculo, la cama en alto lista a ser lanzada contra cualquiera.

El quinto día ya no hubo necesidad de amarrar a Eduardo Brito. Cuando entró al pabellón lo hizo con paso lento y mesurado. No habló una sola palabra. Se le habían aplicado algunas inyecciones durante el día y estaba reservada la última para la prima noche. Se dejó inyectar sin hacer ninguna resistencia.

—Este hombre está listo! —dijo el practicante con una expresión de alivio que indicaba hasta dónde llegaba su ética profesional.

A las dos de la mañana alguien oyó el susurro turbio y melancólico de una voz, que parecía salir de una caverna:

—¡Virgen de la Altagracia! Y a continuación una serie de palabras disparatadas dichas en un inconsciente balbuceo.

A las cinco de la mañana uno de los barrenderos gritó de voz en cuello:

—Se murió Brito, ya salimos de ese "locazo".

Pero Brito no estaba condenado porque su espiritu de purísimos quilates había dejado de existir desde el día en que el implacable signo de la locura marcó su frente y su vida con el estigma sagrado del sufrimiento.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO X

UNA LOCURA es catastrófica cuando, reuniendo un sinnúmero de síntomas, éstos remontan al colmo del delirio o de la ofuscación. Una persona demente puede tener un solo delirio, sistematizado, cuyo campo de acción sea una idea errada sobre sí mismo o sobre determinado aspecto del mundo que le rodea. Cuando el enfermo se sale del campo de su obsesionante extravío actúa como una persona normal. Cuando actúa dentro de su anormalidad lo hace casi siempre en una forma exajerada y fantástica. El no es dueño solo del ingenio Consuelo sino de todos los ingenios del mundo y hasta de los de la luna.

El delirio de grandeza es la forma más amable y agradable de ser loco. El alienado que se cree millonario, persiste en su idea, tenaz y extravagantemente, aunque ande descalzo y cubierto de andrajos: sus enemigos no sólo le han quitado sus millones sino que lo han recluído en un manicomio, donde lo confundirán con un loco, pues en ese establecimiento hay verdaderos locos que les "ha cogido" con la idea de que son verdaderos millonarios.

Así los millonarios locos de todos los manicomios del mundo no se asocian unos con otros como lo hacen los millonarios reales, para con su bien calculada unión, proteger mejor sus derechos y su dinero.

El millonario loco dueño de todos los ingenios del universo se reirá, sarcástica y despiadadamente, del millonario dueño de todos los aserraderos. Cada uno de ellos no puede comprender que su compañero sea tan rematadamente loco

como para creerse millonario, cuando es ostensible su extremada pobreza y su visible indigencia.

Si el millonario dueño de todos los ingenios es demasiado inteligente acabará, irónicamente, por *mentir* asegurando que era una locura suya el decir tan descarada y abiertamente, una cosa a todas luces absurda e incongruente. El ha notado, no sin alarmante sorpresa, que todos lo consideran loco, por insistir en una verdad que para él mismo es el signo más evidente de una verdadero cordura. El acabará por fingirse "loco" a su modo, cometiendo la indispensable "locura", de hacer cree que él, siéndolo de veras, no es un verdadero millonario. En otras palabras: El, para salvarse del estigma de demente aparentaría dar la razón a los que él considera los verdaderos "locos", o sea a aquellos cuyo delirio los ha llevado a considerar como locura el hecho verídico de que él sea un millonario.

El loco dueño de todos los aserraderos, puede, por el contrario, ser de mediocre o escasa inteligencia. Llega al remate de su locura porque ni en sus actos, ni en sus palabras, cede un solo momento en su persistente creencia de que él es un millonario. Reclamará, continua y tercamente, su derecho a la toma de posesión de todos los aserraderos, insultará la justicia humana, e irá a parar a una celda.

El melagómano, en su tenaz y obcecado delirio, siempre escogerá una alta escala en los valores y en las situaciones humanas, para colocarse dentro de ellas.

Pero eso existen tantos Napoleones y Jesucristos en todos los manicomios del mundo, quienes persisten, asiduamente, en asumir la actitud correspondiente a estos personajes, en todas las circunstancias.

Uno de estos delirantes de grandeza —muchos de los cuales andan sueltos— me detuvo un día en la calle del Conde para decirme, rozagante de mesiánica felicidad:

—Me han nombrado Embajador en la Argentina. Iré

para allá en compañía de la que entonces será mi esposa: la hija de un millonario.

—Eso es lo malo de ustedes —respondí yo con irónico reproche— escogen siempre un delirio de grandeza, tan "grande", que nadie los cree. Si a tí se te hubiera ocurrido decirme que te han nombrado Oficial Civil y que te vas a casar con la hija de un comerciante acomodado, probablemente, te hubiera creído. Tu delirio de grandezas es sin duda, exhorbitante, amigo. Hasta para ser loco se necesita una dosis de modestia y habilidad.

La inconmensurable incongruencia que supone la actuación del delirante de grandezas, se comprenderá mejor cuando se observa por ejemplo, que el estar sucios y andrajosos, no les impide, en modo alguno, creerse unos Rockefeller, a unos Henry Ford. Hay en ellos sin duda, una obsesión alucinante que les hace ver su propia persona con los atributos y dones de su mentida personalidad.

A veces el delirio no se refiere a la propia persona sino a hechos y circunstancias de la vida. Uno de estos fenómenos de la megalomanía moderna tenía tanto dinero que para guardarlo necesitó comprar todas las casas de una manzana céntrica de la ciudad, para en el solar fabricar una caja fuerte.

—Y eso, —agregaba— que tengo unos cuantos miles de millones colocados en los más importantes bancos del mundo.

El delirante de grandeza cree en su "grandeza" con más persistente insistencia que si realmente fuera grande. Hay un sistema terapéutico, que establece que estos infortunados alienados dejarán de molestar si, siquiera en parte se trata de ponerlos en una posición idéntica a los que ellos erradamente presumen estar.

Así, en un manicomio europeo, ha llegado a una contradictoria y aparente normalidad, el demente que se creía buzo, con solo proporcionarle un artefacto igual a los que se

usan para descender al fondo de los mares. El regocijado y feliz explorador de los océanos, se pasa el dia, paseando en el patio del manicomio, tal como lo hiciera un buzo, lentamente, arrastrando los pies, y observando, minuciosa y gravemente las piedras que, simulando organismos atrabiliarios y solemnes, persisten en la actitud extática de no lanzarse a nadar.

El caso de los dos Napoleones fué resuelto de manera decisiva en el manicomio de París. A ambos se le proveyó de un uniforme completo de Napoleón, sin olvidar las condecoraciones y el clásico sombrero de tres picos. Se lanzó al primer Napoleón al patio y él inmediatamente comenzó a buscar su caballo, alegando que estaba en la batalla de Auterlitz.

Entonces la enfermera tuvo una idea genial. Se acercó al iracundo monarca y le susurró al oido:

—No olvide, su Alteza, que está en Santa Elena.

Llenando su rostro de la más intima e intensa compunción el abatido Napoleón Primero, cesó en su vocerío ensordecedor, se colocó la mano derecha sobre el pecho, y con abatido y ceremonioo continente, se puso a dar paseos a todo lo largo de lo que consideraba su prisión.

Pero quedaba el problema del segundo Napoleón. ¿Cuál sería el resultado del encuentro de los dos Napoleones. Pronto se supo. El segundo Napoleón desde que llegó al patio, se dió cuenta de que tenía un rival. Se dirigió a éste, con mesurado paso y también con la mano derecha sobre el pecho.

—¿Quién eres tú? inquirió.

—¡Yo soy Napoleón I!

El segundo Napoleón rió de esta respuesta con estrepitoso regocijo. Se apartó del sitio y se acercó a la enfermera no pudiendo reprimir la risa.

—¿Qué le parece? —le expresó a la muchacha—. Aquél hombre está tan rematadamente loco que se cree que es Napoleón I...

—¿Y por qué no puede serlo? —le replicó la enfermera.

—Pues, no puede serlo... Porque Napoleón soy yo...

CAPITULO XII

PARA SER director, eficaz y eficiente, de un manicomio moderno no solamente es necesario poseer un acerbo suficiente de conocimientos siquiátricos, sino que es indispensable tener la cabeza muy bien puesta para no dejarse influenciar por las manías y actitudes de los locos.

El orondo especialista llega a convertirse, a veces, en otro loco más, cuya única virtud es que como sabe tanto de siquiatría, busca, hábilmente la manera de disimular su propia locura.

En cierta ocasión un loco muy avispado y poco locuaz hizo al propio director del establecimiento una jugarreta que casi acaba por volverlo realmente un demente.

Un día llegó dicho director luciendo un sombrero nuevo de fieltro, que a todas luces le resultaba pequeño pues se empinaba, graciosamente, sobre la coronilla. Los compañeros de oficina le hicieron notar esta anomalía al doctor, quien al parecer no hizo caso de la advertencia.

El loco avispado aprovechó el momento en que los doctores estaban haciendo su acostumbrada visita a los pabellones, se introdujo en la oficina, y rápidamente, colocó en la banada del sombrero un aro grueso y circular de cartón.

Cuando el doctor se iba a retirar cogió el sombrero y retando, muy ufanamente a los que le habían hecho la observación en relación con su tamaño, exclamó:

—¿Quién es que dice que este sombrero no me sirve?

Pero al ponérselo no pudo evitar un amplísimo y rotundo gesto de contrariedad, al notar que la prenda no

solo no le quedaba en la coronilla, sino que había empequeñecido tanto que literalmente le era posible sostenerle sobre la cabeza. Sin descubrir la patraña, el doctor, desde ese día fué a la oficina, sin sombrero.

Una prueba de que todo loco, a menos que lo sea, rematadamente, conserva para ciertos momentos y en determinadas actitudes una inexplicable lucidez, lo demuestra el asilado que, encerrado en una celda, se mostraba compungido y sumiso sin ni siquiera hacer un gesto o articular una palabra.

Esta era la actitud que observaban los médicos y practicantes cuando hacían su diaria visita al pabellón de las celdas. Pero un día al director se le ocurrió hacer la visita al mencionado pabellón, completamente, solo. Cuando llegó a la celda del demente mustio y compungido, éste, rápida y bruscamente, sacó la mano derecha por entre los barrotes de ésta, oprimiéndole la garganta y casi estrangulándolo. El doctor se salvó de la inesperada y bárbara agresión, porque acertó a llegar un llavero que lo salvó dándole recios macanazos al iracundo atacante hasta que soltó la presa.

Desde ese día, el director, que ya iba a la oficina sin sombrero por la culpa de un loco, dejó de visitar el pabellón de las celdas, por culpa de otro loco.

Es cosa sabida, que generalmente, el loco come mucho y duerme poco. El loco siempre tiene hambre, y así lo vemos a veces comiendo hojas, legumbres crudas y hasta los propios y agenos excrementos.

En cierta ocasión visitaba el manicomio un reputado siquiatra extranjero, y entre él y el médico director se entabló el siguiente diálogo mientras hacían un recorrido por el establecimiento.

—¿Qué métodos de la siquiatría moderna emplean ustedes aquí? —interrogó con afectada solicitud el galeno foráneo.

—Pues aquí empleamos todos los métodos modernos de la moderna siquiatría —respondió con urbano énfasis el médico director. En primer lugar, empleamos la sicoterapia...

Tratamos de hacer razonar al loco, cuerdamente, con la ayuda de nuestros propios razonamientos...

(Por mi parte, considero la ilustre sicoterapia como el más estúpido e irracional método de curar a un loco, pues el demente razona mal, pero su propia locura le hace creer que está razonando bien, y ni el propio Supremo Hacedor que bajara a la tierra podrá hacerle creer que es un razonamiento bueno el del antagonista que le razona mal al hacerle creer que su pensamiento es erróneo).

—También empleamos la labor-terapia que como usted sabe —continuó el médico director— consiste en hacer que el paciente realice un trabajo manual que le distraiga y le aparte de sus ideas obsesionantes...

—¿Y tienen ustedes talleres para esa clase de trabajos manuales?—

—A la verdad... no los tenemos —convino el médico director— pero a falta de ellos, a los locos fuertes, los ponemos a desyerbar lo que es, después de todo, un especialísimo trabajo de manos... También empleamos el electro-shock, que nos ha dado muy buenos resultados en los enfermos rebeldes e indisciplinados.

—¿No emplean ningún otro medio de la siquiatría moderna? —inquirió con visible petulancia el médico visitante.

En ese momento, un enfermo que había seguido a la comitiva a corta distancia, exclamó con voz ufana de simulada alegría, plantándose frente al grupo:

—Aquí se emplea mucho también un método modernísimo y que dá maravillosos resultados...

—¿Y qué método es ese? —inquirió de nuevo el asombrado médico.

—Pues es... la *mangoverde-terapia*. Si, señor, el consumo de mangos verdes nos ha aliviado mucho los intestinos y nos ha aligerado la cabeza.

Un arco iris de inusitados rubores se estampó como una mancha indeleble en el rostro del médico-director, quien exclamó sin duda en el uso de su más perfecta razón:

—Si ustedes comen mangos verdes, es porque son locos... Pues aquí se dá la suficiente comida, para que queden todos satisfechos. ¿No los hay quienes también comen excrementos?

CAPITULO XIII

El ilustre y bien recordado doctor Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, aún en los últimos años de su vida, reía, plena y regocijadamente, al referir la deliciosa anécdota que resultó de una visita suya imprevista, al manicomio Padre Billini.

Venía, don Pipí, de San Cristóbal y al llegar al cruce de Nigua, en cuyas cercanías está el mencionado Sanatorio, se le ocurrió decirle al conductor:

—Mira, dobla por ese cruce— quiero hacer una corta visita al Manicomio.

Su propósito era saludar y comprobar el estado de salud de un anciano de apellido Martínez, al cual llamaban Rafaelito, del cual había sido condiscípulo. Cuando don Pipí llegó al manicomio fué recibido por el personal con todos los honores relativos a su cargo, y los locos, que dejan de serlo cuando en ello va su conveniencia, se arremolinaron en torno suyo pidiéndole "cheles". Don Pipí regó los centavos a manos llenas, y enseguida se encaró con el practicante de servicio. Era de tarde y los médicos estaban ausentes.

—Es mi deseo ver a Rafaelito Martínez. ¿No ha muerto?

El practicante se dió a la tarea de investigar en el archivo y a poco rato regresaba con una tarjeta.

—Rafaelito —dijo— lleva treinta años en el manicomio. Es alojado en el pabellón Nº 1, y goza de una salud casi perfecta.

—Pero si está bien de salud, ¿por qué no lo han despachado?

—Porque Rafaelito presenta uno de esos problemas tan comunes en todos los manicomios. No tiene familia y está tan viejo que no puede trabajar. Si le damos de alta corre el peligro de pasar hambre y hay la posibilidad de que se recrudezca su locura. Pertenece al grupo de los que llamamos "residentes".

—Entonces, —dijo don Pipí— mándelo a buscar que yo quiero hablar con él...

Una de las cosas que más alarga, a veces, en el manicomio las visitas es que se pierde un tiempo precioso en tratar de localizar al enfermo que vaga a su antojo por una extensión de terreno bastante considerable.

Rafaelito fué al fin localizado y traído a la presencia del doctor Troncoso.

Representaba como unos 75 años de edad, era bajo de estatura y de complexión robusta. El "mono" que le quedaba un poco amplio y la barba sin rasurar le daba el clásico aspecto de "loco" que tiene todo aquel, que aún sin serlo, viste como los locos y no se le afeita como a los locos.

Entre ambos se entabló el siguiente diálogo:

—¿Cómo te encuentras Rafaelito? —dijo don Pipí abrazando sin reservas a su amigo.

—Yo me encuentro bien, gracias a Dios... —murmuró Rafaelito.

—¿Pero me reconoces?

—Como no te voy a reconocer... Estuvimos juntos en la escuela y fuimos buenos amigos, tu eres Pipí Troncoso...

—Quiero saber, Rafaelito, musitó el doctor Troncoso, si aquí te hace falta algo que yo pueda proporcionarte...

—Gracias, Pipí, pero en realidad no me hace falta nada. Tengo una cama bastante cómoda y me dan suficiente comida... Pero de todos modos, me vendrían bien unos cheles...

Don Pipí, entonces, echó mano a su cartera e iba a alargarle a Rafaelito un billete de cinco dólares.

En eso intervino el llavero:

—Doctor —insinuó— no le dé el dinero a él. No sabría cómo cambiarlo, y de todos modos pueden robárselo. Entréguemelo a mí, que yo lo cambiaré y le iré dando los centavos, poquito a poco.

Don Pipí accedió a la atinada sugestión del ayudante y le alargó el billete.

—Bueno, Rafaelito, me voy... ¡Que lo pases bien!

Cuando el doctor Troncoso iba a abrazar nuevamente a su amigo, éste le interrumpió, y le preguntó con amigable solicitud:

—¿Y tú que haces ahora, Pipí?

Don Pipí, esbozando una amable sonrisa, le respondió:

—Tengo un gran cargo... Imagínate, que me han hecho Presidente de la República.

El asombro y el estupor que irradió en el rostro de Rafaelito Martínez, no tuvo nombre. Contrajo los labios en una mueca profunda y sus ojos brillaron, mirando, suspicazmente, de un lado a otro. Al fin se acercó, cautelosamente, a su amigo, para musitarle en el oído:

—¡Pipí, por Dios déjate de esas cosas! Si te oyen decir aquí que tu eres Presidente de la República, te trancan en una celda... Imagínate que hace treinta años yo dije que era Jesucristo y desde entonces me tienen aquí...

*

En el manicomio hay una especie de locos, cuya actuación sola, les revela como dementes. Hablan sin sentido y sin ton, ni son. Son rebeldes a las órdenes que se le dan y viven, continuamente, molestando a los visitantes.

Hay otra clase, aún más notable: la de aquellos que no demuestran ningún síntoma de locura y al parecer están

sanos. El siquiatra sabe por qué están locos, pero el profano, generalmente cree que no lo están, y que sólo por una injusticia está recluído en el manicomio. Estos, llevan la locura "escondida", y en un momento dado se revelarán sus síntomas.

A esta última categoría pertenecía, Raúl. Procedente de Higüey llevaba como veinte años en el sanatorio. Hacía vida tan aparentemente normal que hasta había instalado un pequeño y rústico negocio de mangos cuando los había y de cangrejos cuando éstos aparecían.

Un día el médico director recibió una carta de Higüey, en la que se le informaba que la madre de Raúl había muerto y que había dejado un bohío y unas cuantas tareas de tierra. Estas correspondían en herencia a Raúl y a un hermano.

Raúl compareció, diligentemente, á la llamada del director. Tan pronto estuvo frente a éste, le expresó, solícitamente:

—A sus órdenes doctor, mándeme en lo que usted quiera.

—Raúl, expresó con amabilidad el médico— ¿tú eres capaz de complacerme si yo te pido una cosa?...

—Aunque me mandara a coger una estrella del cielo, con gusto lo complacería, doctor.

—Entonces, tengo tu palabra... Oyeme Raúl yo acabo de recibir una carta de Higüey en que se me informa que tu madre murió...

—Esa noticia la esperaba yo, doctor, la pobre estaba muy acabada, aún hace veinte años cuando salí de allá... ¡Pobre "vieja!"

—Pues bien, Raúl, tu viéja ha dejado un bohío y unas 40 tareas de terreno que corresponden a tí y a tu hermano... Este quiere que vayas a tomar posesión de tu parte y que

te quedes a vivir allí con él, si es que has recobrado la salud... Yo te encuentro bien y puedo darte tu certificado de "alta"...

El gesto, inmediato de Raúl, fué una mezcla profunda de estupor y rabia. Se echó dos pasos hacia atrás, y con voz tonante de Júpiter iracundo, exclamó:

—¡Y yo que creía que usted era amigo mío, doctor!... Usted sabe lo que es proponerme que abandone mis propiedades aquí para ir a hacerme cargo de la mitad de un bohío y unas "tareitas" de tierra?... Tenga la bondad, doctor, de no dirigirme más la palabra.

Y acto seguido el ofendido, con paso marcial y ademán airado, salió como una exhalación de la oficina.

Según se pudo averiguar después las "propiedades" de Raúl, eran la totalidad de los terrenos del manicomio y del leprocomio vecino, incluyendo las tierras que los limitan por su parte oeste, norte y sur.

CAPITULO XIV

Los "MANICOMIOS", que por un piadoso eufemismo son denominados "sanatorios", constituyen una verdadera comunidad, que hace una vida ilógicamente normal, y cuyos componentes tienen, cada uno una gran locura, una mediana locura o una pequeña locura.

Tanto los que tienen una gran locura como los que tienen una pequeña locura pueden tener una misma designación científica. Así un equizofrénico o un paranoico (todavía no sé bien lo que significan esos términos), puede ser un gran loco, tozudo y agresivo o un pequeño loco, cordial y simpático.

La Siquiatría, esa ciencia que es cabalmente comprendida sólo por los médicos que son, por lo menos, un poco locos, hace una clasificación rigurosa, pero a veces inexacta, de las diferentes clases de dementes. Pero si la mencionada de las diferentes clases de dementes. Porque si la mencionada no puede adjudicarle sin embargo, a cada clase un número preciso y exacto de síntomas. Un enfermo puede ser un paranoico, pero en su esencial, las manifestaciones de su locura, son, por lo menos, parcialmente distintas a la de otro paranoico.

Hay locos, además, que presentan un cuadro de síntomas tan confuso y atrabiliario, que no puede colocárseles en ninguna categoría.

Los enfermos mentales, cualquiera que sea su clase con algunas excepciones pueden, también, en un instante sanar

definitivamente o momentáneamente, y pueden también, sin aviso previo, empeorar o mejorar, de súbito.

Así, el enfermo que se ha pasado meses enteros, atacado de incontrolable furia, puede usted verlo, el día menos pensado siendo huésped amable y cordial del pabellón Nº 1. Un loco, por otra parte, puede haber estado durante meses y aún años, en estado aparentemente normal, y de pronto es necesario recluírlo en una celda o en el pabellón Nº 3.

El gran problema que presentan los enfermos que recobran su estado normal, es la de saber si esta curación dada las especiales características de su mal, es completamente definitiva o simplemente momentánea.

Si se confunde una curación momentánea con una curación defintiva, y se dá el "alta" al enfermo, se corre el riesgo de que su locura furiosa reaparezca, súbitamente, y cause algún daño irreparable.

En definitiva puede decirse que ser "loco" es una de las calamidades más grandes que pueden recaer a un ser humano en la tierra. Nadie puede asegurar, en definitiva, cuándo estará más loco o menos loco, ni cuándo recobrará de su mal o empeorará.

Por eso, a los directores de manicomios les es necesario, a veces, actuar sin ninguna clase de discernimiento, confiando, simplemente, en lo que es sólo un simulacro de adivinación: la intuición.

El megalómano o delirante de grandezas es el demente que más abunda en el universo, y es que, como he dicho, es la manera más fácil y amable de ser loco. He podido notar que hay dos clases muy bien definidas entre los delirantes de grandeza. Aunque todos se caracterizan por la creencia que arraigan, positivamente, de que son grandes personajes o tienen una gran riqueza, hay diferentes maneras en la manifestación de esos síntomas.

En algunos casos el enfermo es casi inofensivo y se li-

mita a expresar, cuando llega el momento, por ejemplo, que es coronel, Jesucristo o Napoleón. Pero no pasa de ahí. Si no lo molestan, ni nadie insiste en hacerle preguntas, él hará una vida, casi normal.

Pero hay otros, aun teniendo pequeños delirios de grandeza que insisten, por ejemplo, en hacerse cargo de su posición o de hacer que le entreguen su riquezas.

Un joven de muy buena familia está recluído hace largos años en el manicomio. Usted habla con él, y si no fuera porque usted sabe que es loco, podría lógicamente creer que es verdad lo que le dice.

El relata y demuestra que ha hecho el segundo año de la facultad de Filosofía, y también que logró un empleo de auxiliar en una secretaría de Estado. Por último, afirma que fué nombrado subsecretario del mismo ramo, y por "un chisme" fué destituído. Todo lo expresado tiene una lógica aparente. Los diferentes hechos pueden haber ocurrido, normalmente. Pero usted averigua y llega a la conclusión de que el joven fué realmente estudiante del segundo año de la facultad de Filosofía, y aun auxiliar de una secretaría de Estado, pero nunca fué subsecretario de Estado. Se trata, como se ve, de un pequeño delirio. Otro enfermo más imaginativo habría afirmado que llegó a ser Presidente de la República. Si este enfermo es dado de alta puede tenerse la seguridad de que irá a tomar posesión de su subsecretaría a provocar tremendo pleito con los que lo "chismearon".

Hay otros enfermos que no tienen un delirio de grandeza sistematizado y espectacular. No son estrellas de cine, ni han dado la vuelta al mundo cinco veces. Su delirio se manifiesta solo en pequeños detalles y hechos aislados.

Un paciente es llevado al manicomio Padre Billini. Sus maneras son tan mesuradas y su continente es tan severo, que el practicante no vacila en enviarlo, sin la previa pasantía de la "celda", al pabellón Nº 2.

Al día siguiente de su llegada, sus compañeros notan en él una gran agitación. Camina de un lado a otro y se registra, ansiosamente, los bolsillos del "mono". Al fin, alguien se aventura a preguntarle que le pasa.

Denotando una gran contrariedad expresa:

—Es que me han robado un dinero que traje.

—¿Y cómo te lo robaron?

—Supongo que fué el llavero que me recibió anoche.

—Pues lo que tu debes hacer es avisárselo al doctor para que haga la investigación correspondiente.

Desde entonces el hombre se calma y actúa como la persona normal que efectivamente ha perdido un dinero.

Muy comedidamente, al poco rato de estar el director en su oficina, pide permiso para hablarle. El doctor accede y el enfermo explica el caso.

Como es una cosa que puede suceder (el que le roben a un paciente su dinero) el doctor toma medidas, inmediatamente. Ordena a su ayudante que localice y traiga a su presencia al llavero de servicio la noche anterior.

Pasa media hora y el "enfermero" comparece.

—Este señor —dice el director con voz grave— afirma que alguien le ha sustraído un dinero que traía en su ropa, anoche, cuando fué internado en el manicomio. ¿Qué sabe usted de eso?

El llavero, con mucha dignidad, responde:

—Puedo asegurarle doctor que este hombre no traía ni un chele "colorao" en sus bolsillos.

—¿Usted registró la ropa, después de quitársela? (A los internados le quitan la ropa y le ponen un "mono" o mameluco).

—Si señor, la registré.

Para cerciorarse de que era verdad que la ropa del hombre no tenía encima ningún dinero, el doctor envía al mayordomo al ropero a fin de que haga un nuevo registro.

Pasa otra media hora. Por fin el mayordomo regresa.

—Los bolsillos están "pelaos", doctor —afirma categóricamente.

Cansado ya de tanto ajetreo, con la figura del hombre robado, airada y casi amenazante, el doctor pregunta a éste, con ánimo de restituirle la suma perdida si era pequeña.

—¿Y cuánto dinero tría usted en sus bolsillos?

—¡Setenta y cinco morocotas! —contesta el cuitado sin inmutarse.

CAPITULO XV

La prueba más evidente de que una misma clase de locura puede tener síntomas diferentes y contradictorios, la dieron dos hermanos gemelos, a quienes nombraremos con los nombres de Andrés y Críspulo. Estos mellizos, mocetones fuertes y joviales, de seguro heredaron la demencia, porque no se explicaría de otro modo, que ambos, casi a un mismo tiempo y sin circunstancias externas perjudiciales, contrajeran el mal.

Los dos tenían el mismo físico, de modo que era casi imposible el distinguir el uno del otro. Ambos tenían los mismos hábitos: eran grandes fumadores, muy enamoradizos, siempre tenían mucho apetito y eran esforzados en el trabajo.

Yo no sé, científicamente, si el delirio de grandezas y el delirio de persecución, pertenecen a la misma categoría de locura. Soy solo siquiátrico práctico, y mi experiencia en locos me hace deducir que era la misma clase de demencia la que sufrían dos personas de la misma sangre, que nacieron el mismo día, de la misma madre y que procedían del mismo óvulo.

El caso es que ambos se volvieron locos, con una locura idéntica, pero completamente diferentes en su sintomatología. En resumen, Andrés sufría de delirio de grandezas y Críspulo de delirio de persecución.

El primero que ingresó en el manicomio fué Andrés. El era raso del ejército, y estaba de puesto en una lejana común. De pronto decidió ir a la capital y pidió el permiso

correspondiente a su superior. De momento le fué negado, pero al fin le fué concedido y el raso Andrés Peña, de la compañía tal y cual, salió para Ciudad Trujillo, con licencia de dos días.

Tan pronto llegó a la capital se colocó a la entrada de la Fortaleza Ozama y cuando se le inquirió lo que deseaba, contestó firme y resueltamente:

—Quiero ver al oficial que comanda esta fortaleza.

—Eso es imposible amigo, haga el favor de reiterársele contestó el oficial de guardia.

La escena se repitió cada vez que cambiaban el oficial, hasta que uno de éstos accedió a dar el recado que por provenir de un miembro del ejército podría tener alguna importancia.

Andrés Peña fué llevado ante un coronel del Ejército. Cuando llegó ante él se cuadró militarmente.

—¿Qué desea usted? preguntó el coronel.

—Vengo a que el jefe de esta fortaleza me entregue la "jerarquía", —respondió Andrés Peña con decisión.

—¿La "jerarquía"? ¿Qué quiere decir usted? ¿Qué entiende usted por jerarquía, señor?

—Pues... exijo que se me entregue el mando... Yo soy inventor, he concebido los aeroplanos sistema cometa, y si no me entregan el mando, el mundo se acabará... Yo poseo, además, miles de millones de dólares...

El oficial comprendió, enseguida que se trataba de un demente, hizo una seña a un subordinado y a los cinco minutos y medio ya estaba Andrés Piña, en asombrada ruta hacia el manicomio Padre Billini.

En muchos casos, el delirante de grandeza, actúa con cierta normalidad, en la misma forma que lo haría el personaje ficticio que él pretende ser. Andrés Peña no se mostró muy inquieto, ni se extrañó demasiado al ser internado en lo que creía una prisión. No se puso, como un loco vulgar

a vocear que él era un inventor millonario y que había que entregarle la "jerarquía". Se conservaba reposado, sereno, como una persona que ha sufrido, injustamente, una desgracia.

El primero con quien entabló conversación fué con un loco, de mediana edad, llamado Jesús María. Este, prontamente le refirió que él era dueño de todos los ingenios de azúcar del país y de Cuba, y que estaba internado por obra de sus enemigos.

Después habló con un tal Plinio, quien entre otras cosas, le refirió que en una ocasión en Bani, un enemigo le había roto la nuca y la columna vertebral habiendo sido enterrado y resucitado a los tres días.

Cuando habló con tres o cuatro más se dió Andrés Peña plena cuenta de que no estaba en una cárcel sino en un manicomio.

Con quien hizo más amistad fué con Jesús María, el dueño de todos los ingenios. Este lucía desmedrado, andaba descalzo, y en sus manos se advertían rugosas callosidades debidas al rudo trabajo.

Andrés no pudo comprender cómo un millonario tuviera tal aspecto. Un día, compadeciéndose de él, quiso ensayar un método de sicoterapia a su modo. Había que hacerle comprender a ese desdichado que si persistía en su creencia de que era millonario no saldría jamás del manicomio.

Andrés fué en busca de su amigo, pero no pudo darle ningún consejo porque éste se adelantó a tomar la palabra. Había oído la historia de Andrés en relación con los aeroplanos, la jerarquía y los millones.

—Oyeme, Andrés, le dijo Jesús María, en tono casi paternal. ¿Tú quieres curarte y salir de aquí?

—¡Seguro! —contestó Andrés.

—Pues entonces, oye el consejo que te da un verdadero amigo: "déjate de esa solfa de que tú eres inventor de avio-

mes., que eres millonario y que es necesario que te den la jerarquía" ¿No comprendes que esas son locuras tuyas? Aquí el único millonario soy yo.

Andrés no podía salir de su asombro. Siendo él un millonario de veras, sentía mucha pena del amigo que no solo no podía ser millonario, sino que se burlaba de él como millonario.

Con gran pesar notó que habían otros reclusos que sufrían del mismo mal que Jesús María. Hombres poderosos y vilmente traicionados por la justicia humana. Observó también que casi nadie creía que él, el millonario de veras, lo fuera.

—Es una desgracia, se decía a sí mismo, en el colmo de la más pavorosa angustia. Ha sido una verdadera maldad el que me hayan traído a un manicomio en que la mayoría de los locos se creen millonarios. Así, me van a creer a mí loco también.

Desde entonces Andrés Peña tomó una resolución heroica: a nadie revelaría que era millonario, mentiría valerosamente, afirmando que era un hombre pobre.

Desde entonces cuando alguien le interrogaba acerca de sus millones, sus aeroplanos y la jerarquía, Andrés se echaba a reir, simulada y estrepitosamente.

—¿Millones, yo? —repetía con vigorosa voz. Nunca he visto un billete de cien pesos.

—Pero tu, al principio, decías que eras millonario... ¿No lo recuerdas?

—Entonces, amigo mío, estaba loco de remate y no sabía lo que decía.

Y Andrés Peña lanzaba otra amarga carcajada en la que se ocultaba sutilmente su inmenso dolor de tener que negar su personalidad, para tratar de salvarse del atroz martirio que supone el estar en un inmundo manicomio.

CAPITULO XVI

HABÍAN PASADO varios meses y Andrés Peña continuaba en la misma situación en que lo hemos dejado en el capitulo anterior: seguia en su pobreza verdadera, pero ficticia para él, sintiéndose rodeado de innumerables millonarios que no tenian ni un centavo para comprar un pan.

Su singular locura le hacía concebir como una verdadera demencia de su parte, el decir, a todos y en todas circunstancias que era un hombre pobre. Pero consideraba necesaria esa absurda simulación para tratar de que le dieran de alta en el manicomio. Más valía ser un millonario cuerdo, como él era, que niega sus millones, a ser un loco vulgar, como tantos otros, que se cree millonario sin serlo.

Un día corrió un rumor por el manicomio, que a todos causó extrañeza: se decia, insistentemente, que Andrés Peña habia sido encerrado en una celda. A todos le causó sorpresa la noticia porque en las celdas solo son "enjaulados" los locos que se vuelven furiosos, o los que cometen una falta grave.

No parecía posible que Andrés Peña estuviera en una de esas circunstancias.

De pronto corrió otra noticia rectificadora: el que estaba encerrado en una celda no era Andrés, sino Críspulo, su hermano gemelo, que habia sido llevado al manicomio la noche anterior.

Los que se acercaban a la celda contemplaron un hombre con los ojos desorbitados del terror, acurrucado en el fondo de la ominosa cueva.

A todo el que llegaba lo decía con voz amedrentada de un profundo terror:

—¡Me van a matar! ¡Me van a matar!

En el momento en que una enfermera fué a ponerle una inyección el aterrorizado sujeto exclamó con voz temblorosa y enardecida, al ver la jeringuilla en manos de la nurse:

—¡Usted me va a envenenar con esa inyección! No permitiré que me la pongan! ¡Por Dios, señorita, sea buena y perdóneme la vida!

De nada valieron súplicas, ni amenazas: Críspulo Peña, en una tremenda crisis de delirio persecutorio, lanzaba fieros manotazos por entre los huecos de la reja y lanzaba al aire vociferantes alaridos.

Pasaron dos días y la situación seguía igual: en cada persona que se acercaba a la celda de Críspulo éste veía un policía, y en cualquier objeto que llevara en la mano, un revólver homicida y descomunal.

Mientras tanto, a todos causaba extrañeza un hecho inexplicable. Varios reclusos habían informado a Andrés que su hermano mellizo había sido traído al manicomio y que estaba encerrado en una celda. En las horas del día, los reclusos tienen acceso al pasillo que da a las "jaulas" y Andrés Peña no obstante esa circunstancia, no se había acercado ni en sombra.

Poquito a poco el fantástico delirio de Críspulo fué cediendo. Ya tomaba los alimentos y no creía que la enfermera iba a envenenarle con la jeringuilla. Estaba, de seguro, próximo, el momento en que lo sacarían de su prisión.

Poco después, a nadie causó extrañeza que Críspulo insistiera en conseguir una hojita de navaja, de afeitar. Aún cuando estaba estrictamente prohibido su uso, algunos reclusos conseguían hacerse de ellas, para rasurarse, antes de los quince días que el barbero titular se tomaba entre una afeitada y otra.

Entre los empleados públicos, el día de pago oficial es, como se sabe, el día 25 de cada mes. Es día de regocijo para algunos y de pesadumbre para otros. Para el huésped del manicomio el día 25, es el domingo de cada semana, en que es posible que los familiares lleguen, con su funda repleta de ansiados alimentos.

A pesar de su locura, Críspulo conoció e hizo amistad con un demente que era ayudante del barbero oficial, a quien ofreció darle diez centavos o parte de sus alimentos cuando su madre fuera a verlo. Todos sabían que la madre de Andrés venía cada dos domingos, a traerle alimentos, y siendo ella, también la madre de Críspulo, se tenía por seguro que asimismo traería obsequios para su hermano gemelo. Por tal razón el ayudante del barbero consiguió y procuró a Críspulo una navajita "Gillete" bastante usada.

Al otro día, recrudeció la crisis de Críspulo: volvió a ver fantasmas criminales y vociferaba como un energúmeno. Al día siguiente ya no vociferaba. Un guardián lo encontró en la celda, desvanecido en un charco de sangre: se había cortado profundamente las venas de los dos brazos, con la "navajita".

Hubo aspavientos y correderas de los doctores y los practicantes. Críspulo fué sacado de la celda en estado inconsciente, pero su corazón latía. Se les hizo ligaduras en los brazos y la hemorragia cedió. A las pocas horas su pulso latía con más vigor. Al otro día, estaba salvado.

Un demente, con sarcástica ironía, había exclamado:

—¡Ese no se quería matar! Si lo hubiera querido se hubiera dado el navajazo aquí!

Y señalaba, con demostrativo ademán, la vena yugular en el cuello, cuyo seccionamiento hubiera causado ciertamente una hemorragia tremenda y producido la muerte.

El médico-director se limitó a comentar filosóficamente:

—¡Esas son las cosas de la locura. Una persona que se mata por el temor de que lo maten!

Ni aún durante las horas que transcurrieron entre el intento de suicidio y el restablecimiento de Crispulo, Andrés dió señales de vida: ni se acercó a la enfermería donde reposaba su hermano gemelo, ni preguntaba por él.

Sin embargo, Andrés tenía un confidente, un demente llamado Senén, a quien le refería sus proyectos aunque sólo fuera porque era el único que creía en sus millones y a quien éste relataba su bien escondido secreto: que era un famoso inventor y que su fortuna ascendía a miles de millones de dólares.

Un dia preguntó Senén a Andrés, la razón de no ocuparse de su hermano. Le recriminó su actitud, para él incomprensible.

Andrés se creyó en el momento de hablar. Llevó a Senén a un lugar aparte, y le explicó con misteriosa voz:

—Yo sé lo que estoy haciendo... Tú ves esa locura de Crispulo? No hay tal locura. Crispulo se hizo pasar por loco, simplemente, para poder ingresar en el manicomio. Lo de la tentativa de matarse también es un fingimiento...

—¿Y con qué objeto se ha internado en el manicomio Crispulo? —interrogó asombrado Senén. A la verdad no lo entiendo.

—¡Idiota! —barbotó Andrés, enardecido— Crispulo sabe que yo soy millonario y ha venido con la idea de ayudarme en alguna forma. Tu sabes que dos pueden más que uno. Tan pronto él crea conveniente aparentar que se ha restablecido por completo, iré a hablar con él, y después hablaré con el doctor para que lo saquen de la celda.

A los pocos dias, Andrés, creyó observar que Crispulo fingía haberse restablecido. Era cierto que no hablaba disparates aunque era evidente también que apenas pronunciaba palabra alguna.

En un momento en que nadie circulaba por el pasillo del pabellón de las celdas, Andrés se acercó, sigilosamente, y se colocó frente a la reja.

—¡Críspulo! ¡Críspulo! Soy yo tu hermano Andrés... Acércate para que hablemos.

Pero Críspulo continuaba agazapado en un rincón como una fiera acorralada.

—Si no quieres acercarte, oye bien, Críspulo lo que voy a decirte. Yo sé que tú no estás loco. Que te has fingido loco para venir a ayudarme. Tú debes saber que yo soy más que millonario... Pues bien, te ofrezco la mitad de mis millones, si me ayudas, a recuperarlos.

El amedrentado Críspulo pareció salir de su estupor. Se puso en pie, y con los ojos empavorecidos y la boca contraída en un espantoso rictus de temor y de amargura, exclamó con voz jadeante:

—Sí, eres mi querido hermano, Andrés. Haz de saber que aquí quieren asesinarme y tú debes tratar de salvarme. ¡Por el amor de Dios!

—¡Por Dios, Críspulo!, —aulló Andrés— a tí nadie quiere asesinarte, ni yo tengo que ayudarte... para tu salvación. Yo creí, sinceramente, que tú te habías fingido loco, para venir en mi auxilio y ayudarme a salvar mis millones...

—¡Por Dios, Andrés!, aulló a su vez Críspulo. ¿De qué millones me hablas? ¡Tu no posees ni un centavo! ¡Eres rematadamente pobre como yo!

—¿De modo que no me crees? Yo te juro en nombre de nuestra pobre madre y de Dios que soy un famoso inventar, que he planeado y puesto a funcionar los aviones "cometa" y que por la patente me han dado miles de millones de pesos... —profirió Andrés con voz ensombrecida por la emoción.

—No, —no te creo— prorrumpió Críspulo con convincente acento. Pero por el hecho de que yo, fiel a la verdad, no te

crea no debes tú, por tu parte, no creerme a mí. Te juro por Dios y por nuestra madre que me han traído aquí para asesinarme. Ya han tratado de hacerlo varias veces... y yo para que no lo hiciera otro, preferí morir por mí mismo, cortándome las venas. ¡Por lo que más quieras, Andrés, sácame de aquí, sálvame de mis verdugos!

Durante diez o quince minutos los hermanos gemelos siguieron implorándose el uno al otro: el primero para lograr salvar sus millones, el segundo para evitar que lo asesinaran.

Sudoroso, casi jadeante por el esfuerzo hecho, Andrés al fin se retiraba del sitio en que había sucedido una escena imposible.

A la salida del pabellón se encontró con Senén. Se arrojó en sus brazos, desmayadamente.

—¡Qué desgracia tan terrible, hermano Senén! —prorrumpió con coz patética y enardecida. Yo que fuí a ver a mi hermano Críspulo, esperando encontrarlo sano y dispuesto a ayudarme. Y me encuentro con que el infeliz se ha vuelto loco de remate y cree que lo han traído aquí para asesinarlo.

Cuando Senén se separó de Andrés se dirigió a la celda de Críspulo. Desde hacía algunos días eran amigos.

—¡Qué desgracia tan terrible, hermano Senén —prorrumpió Críspulo tan pronto lo vió llegar. Cuando ví a mi hermano Andrés creí encontrarlo sano y me encuentro con que el infeliz se ha vuelto loco de remate, diciendo que es millonario y que le han robado sus millones...

CAPITULO XVII

En el mundo, cada ser humano tiene, generalmente, una o varias finalidades que cumplir y con el cumplimiento cabal de esas finalidades se aspira a conseguir aunque sea un escueto mínimum de ese caprichosísimo don que se llama felicidad.

En el manicomio nadie tiene propiamente finalidad que cumplir ya que este cumplimiento supone un mundo más o menos organizado en el cual todos, consciente o inconscientemente siguen hacia un objetivo, que puede ser tan infecundo o inverosímil como el de "no hacer nada".

El manicomio está hecho, precisamente, para instalar en él a todos esos seres humanos, que por su estado de insania mental, no pueden en el mundo cuerdo cumplir cabalmente una finalidad normal.

Para que puedan cumplir, hasta cierto límite, cualquier finalidad anormal se han hecho esos maravillosos establecimientos en los cuales pueden sus habitantes ejercer, plena y satisfactoriamente su derecho a hacer locuras.

Con todo, el loco, generalmente, vive obsesionado por la idea torturante de que al internarlo en el manicomio se está cometiendo contra él la más descomunal injusticia.

Esto se deriva del hecho evidente de que el loco, generalmente, no se cree loco, y no se explica por qué no lo dejan libre en el mundo, donde pueda desarrollar sus actividades que para él son normales.

Lo más notable de todo esto, es que el verdadero loco no se cree loco, pero siempre está en aptitud de comprender

la locura de sus compañeros. El se explica, perfectamente, que los otros estén presos, pero no se explica su propia prisión.

De ahí se deduce el hecho, aparentemente contradictorio de que el demente sea el único personaje en el mundo que odie, profunda y definitivamente, ese hogar que todo ser humano venera, aunque se trate de una simple choza.

Del hecho de que el loco odie al manicomio y de que constantemente esté queriendo salir de él, ha surgido la necesidad de puertas y ventanas con fuertes barrotes de hierro y de empalizadas con alambre electrizado.

El auténtico loco nunca le pide al director del establecimiento que lo de "de alta" porque no se considera enfermo, sino que pide, insistentemente, le den su libertad porque se considera preso.

Cuando el loco no puede conseguir lo que él llama aparatosamente su "libertad", acaba por pedir que lo juzguen en algún tribunal si ha hecho algo malo, y en todo caso, lo encierren como un "macho" en una cárcel que es hecha "para el hombre".

Para el loco la sociedad comete el crimen, más inhumanamente atroz, al considerar como demente a una persona que está en su sano juicio.

Pero en los manicomios existen también personas cuerdas que han curado de su terrible quebranto, y que no se dan cuenta de que estuvieron locas. Esta persona cuerda generalmente razona en sentido inverso al verdadero loco. Este se cree cuerdo, siendo loco, y el cuerdo, generalmente, piensa que si está en un manicomio debe tener algo de loco. El cuerdo sabe perfectamente, y sin posibilidad de equivocarse, que el loco no se da cuenta de su locura, y por lo tanto admite la posibilidad de que él esté loco, precisamente por el hecho inequívoco de creerse cuerdo.

El cuerdo que se cree loco es uno de los personajes más pintorescos del manicomio. Según el loco que se cree cuerdo, piensa que sus actos anormales son actos normales, el cuerdo que se cree loco piensa que sus actos normales son actos anormales. Cualquier pequeño incidente, que puede acontecerle, perfectamente, a una persona cuerda, toma para él las características precisas de una manía o un delirio. Así, en su perenne deseo de no hacer cosas que él erradamente juzga como locuras, acaba por actuar en una forma rara y extraña, que no coincide ni con la actuación correcta de los cuerdos ni con la actuación anormal de los locos.

He dicho que en el manicomio nadie tiene un objetivo normal en su vida, pero ahora agrego que todos o casi todos los dementes tienen allí una finalidad, precisa y definida: salir cuanto antes del manicomio.

En los hospitales del mundo normal el paciente sabe que está enfermo y se presta, gustosamente, a seguir el tratamiento que el médico le indique. Esto no sucede en el manicomio porque el loco, en realidad, tiene su enfermedad localizada en el cerebro y manifestada por la perturbación de las ideas. Y estas ideas son tan absurdamente, tomadoras de pelo que se prestan, muy juiciosamente, a hacerle creer a su poseedor que ellas son correctas y que hacen razonamientos admirables entre ellos, aquel especialísimo que asegura que él no está loco.

Así la mayor ofensa que se puede inferir a un demente es llamarlo "loco". Cuando esto sucede el insultado, generalmente, está dispuesto a echar el pleito o por lo menos, a responder que el loco es el que le hace el insulto.

Generalmente, la mente de todo enfermo mental siente en su intimidad la torturante angustia que le produce ese insólito hecho de que lo crean loco cuando él se siente perfectamente cuerdo. Como he dicho, el loco tiene un pensamiento errado, que le impulsa a decir o a realizar cosas in-

correctas o erróneas. Y uno de los primeros errores es el de pensar que el propio pensamiento es correcto o verdadero.

Hay pacientes, sin embargo, que se denominan así mismos "locos", pero lo hacen en un sentido irónico o sarcástico, y aún para aprovecharse de las facilidades que a veces proporciona la locura.

Muchos reclusos, después de realizar una mala acción, replican al que los reprende:

—¡A mí no pueden hacerme nada porque yo soy loco!

Juridicamente, el loco es legalmente irresponsable de los actos criminales porque sus acciones han sido realizadas inconscientemente o sea sin conciencia del mal que realizaban.

Pero es necesario observar que en los casos de comisión de crímenes por enagenados mentales, puede haber en la mente del inculpado un estado parcial de conciencia, un poder de apreciación de lo que es bien y lo que es mal, que lo hace, virtualmente culpable. En este caso la justicia puede considerar atenuantes, pero nunca dará la absolución.

Aquellos que han cometido crímenes en estado de absoluta locura, como se ha dicho, son legalmente irresponsables porque no ha habido un sujeto apto ni siquiera para comprender el mal que han ocasionado.

Pero si no pueden ser enviados a la cárcel, en cambio es obligación de los jueces el ordenar su reclusión en un manicomio. Si el inconsciente criminal recobra la salud, de una manera total y definitiva, debe ser dado de alta y restituído a la vida normal.

A veces los delincuentes locos están destinados a pasar su vida en el manicomio, aunque, se recobren de su demencia furiosa. Están, aparentemente sanos, pero nadie sabe cuándo la locura pueda aparecer de nuevo y ocasionar una nueva víctima.

Si Eduardo Brito, en sus crisis de locura, festivamente trágica, hubiera cometido un crimen, no solo la justicia, sino Dios lo hubiera perdonado. Sin duda, el hombre que se extraía sus propios dientes sanos, que despreciaba la comida y que insultaba a su madre, no sabía lo que estaba haciendo.

Sin embargo, si Andrés Peña, el demente que se creía multimillonario y famoso inventor, hubiera cometido un crimen, habría sido condenado como el más cuerdo de los criminales.

Y lo hubiera sido porque su cómica locura solo concernía en parte, a sus ideas haciéndole creer en una cosa absurda, pero que en dada afectaba su conciencia ni el sentido de su responsabilidad. Andrés Peña, era perfectamente cuerdo en todo lo que no se refiriera a una determinada creencia errada de su parte. La aislada y errada creencia de que era multimillonario e inventor no podía, por si sola, borrar u obstruir en su mente la idea que en él era correcta y normal de que si mataba a alguien cometía una mala acción.

En el manicomio Padre Billini, recluido en una celda está el campesino que de unas cuantas certeras puñaladas, asesinó a su madre. Es relativamente feliz porque no sólo no recuerda su crimen, sino que tampoco recuerda ni el nombre de su madre. En estricta verdad, él es relativamente dichoso porque en realidad no ha matado a nadie. Las puñaladas que infirió las dió una mano ciega y el cuerpo que él hirió era una sombra vaga.

CAPITULO XVIII

UNA PERSONA puede salir de su casa por su propia voluntad o porque lo saquen de su casa. La persona, que tranquila y expontáneamente, sale a la calle desde su hogar, puede tener muchas finalidades desde aquella de ir al colmado a comprar las habichuelas o la otra de ir a una cita con una preciosa muchacha.

Todo el que sale de su casa, lo hace por un inevitable impulso que casi siempre tiende a la busca de la distracción del bienestar o de la felicidad, con excepción del que sale de ella para ir a tirarse a las olas desde el Obelisco, o para ir a ver el médico.

Pero una cosa es salir de su casa, y otra cosa es que "lo saquen a uno de su casa". Los policías han adquirido, especialmente, esa absurda manía de sacar a las personas de su hogar y llevarlas a un lugar a que ellas no quieren ir.

También para ingresar en el manicomio es necesariamente imprescindible "que lo saquen a uno de su casa". El infeliz loco está generalmente, muy tranquilo en su hogar: lo único que ha hecho es murmurar a su mujer un poco, romper algunos muebles y tirarle un vaso de agua en la cara a la sirvienta. El sigue en la casa por la simplísima razón de que no tiene nada que ir a hacer a la calle. Pero en la casa sigue realizando acciones que unidas con precisión, forman el cuadro sintomatológico práctico que necesita reunir la persona "que es necesario que lo saquen de la casa".

Como la persona "que es necesario sacar de la casa", generalmente no quiere salir de ella, ha surgido, reciente-

mente, una nueva técnica maravillosa y sutil, que provee, magistralmente, los medios para realizar tal acción.

Como se comprenderá, la persona que es necesario sacar de la casa es aquella que es necesario, después, no sacar del manicomio. Para sacar a una persona, normalmente, de su casa, basta y sobra un buen aliciente: invitarla ir al cine, o a una fiesta, o a un balneario o a una ciudad cercana.

El personaje que se siente sumamente feliz porque ha roto los muebles, ha insultado a la mujer y ha echado un vaso de agua en la cara de la sirvienta, es natural que no espere encontrar la dicha en cosas tan vulgares como ir al cine, a un balneario o a una ciudad cercana.

Los aficionados en el arte de sacar a una persona de su casa se han especializado en los balnearios porque hay uno de ellos, en la costa agreste y sugestiva, que bordea en su parte sur, el egregio manicomio de Nigua.

La película de llevar a alguien al manicomio es una cinta en serie, con escenas cómicas y trágicas, a la vez. En realidad se divide en dos partes: la primera parte es la cómica, la segunda la trágica. El primer episodio se compone de los felices y esquivos minutos en que la incauta víctima recorre por la carretera unos 26 kilómetros.

Poco antes de haber recorrido esa distancia, puede ser que la persona raptada haga la natural y lógica pregunta:

—¿A qué playa vamos?

—A la de Haina, viejo, a la de Haina...

Como el automóvil ha cruzado ya el puente de Haina sin detenerse, ya el cuitado comienza a perder su confianza y a aminorar su alegría. La jocunda primera parte de la tragi-comedia está lista a abandonar el campo para cedérsela, muy ufanamente, a la terrífica segunda parte.

Para suerte de los familiares y agentes de policía que han adquirido la mala costumbre de llevar gentes al manico-

mio, casi ninguno de los que son llevados conocen dicho afrentoso lugar y la mayoría no sabe en dónde queda.

Cuando el carro, con cierta violencia, pasa frente al puesto de guardia de Nigua, y dobla hacia el sur, el pobre señor o la pobre señora o señorita que sufre las inclemencias crueles de la justicia humana, tiene un gesto de alegría: el automóvil corre hacia el mar, que se ve a la distancia, con su playa turbulenta y acogedora.

Pero de pronto el gran sobresalto: el vehículo ha doblado de nuevo, esta vez a la derecha, y en el fondo del escueto y arbolado sendero se ve un gran edificio que no es un teatro, ni una residencia, ni un hospital. Está rodeado, casi semi-circularmente, por cuatro o cinco edificaciones que parecen cuarteles. Por todas partes circulan personajes extraños vestidos con grotescos mameluchos de fuerte azul.

Si el pobre demente no lo está demasiado comprenderá, inmediatamente, que está en el manicomio. Si está muy loco seguirá en sus incoherentes palabras y en sus absurdos gestos.

Cuando la indefensa víctima está frente al escritorio de uno de los practicantes de servicio, se decidirá su suerte momentánea. Si habla demasiado, si manotea demasiado, si protesta demasiado, si pretende rebelarse, el practicante lo considerará un loco peligroso a quien, por lo menos, hay que ponerlo en observación y lo enviará a una celda, desnudo. Si el practicante considera que está medio loco, lo mandará al pabellón Nº 2, que es el mejorcito después del pabellón Nº 1, que puede considerarse el Jaragua del manicomio. Tendría el atolondrado loco que tener su locura muy organizada para simular una aparente cordura y así lograr que lo sitúen en dicho pabellón. Es regla del manicomio que el que es internado haga primero una pasantía de por lo menos unas semanas en el terrorífico Nº 3, donde están los peores locos, o en el incómodo Nº 2.

Si es cierto que toda persona que llevan a internar en el manicomio, se dá cuenta de su destino, tan pronto se traspasa el umbral de éste, hay algunas que por su especialísima clase de locura no se dan cuenta de ello hasta pasado algún tiempo.

Conozco el caso de una viejecita, que vivía en una población cercana a la ciudad, con tres sobrinos, que como se verá, es posible que estuvieren más locos que ella.

Un día domingo, la locura de la viejecita recrudeció de tal modo que parecía rebasar los límites de lo que sin duda era una bien definida "decrepitud". Los sobrinos convinieron en que era necesario trasladarla al manicomio ese mismo día. Precisamente ese día los tres jóvenes tenían proyectado un viajecito a la capital para asistir a un juego entre Licey y Escogido, en el Campeonato de Beisbol del año pasado.

Ya era el mediodía, y entonces a uno de los muchachos se le ocurrió una idea genial:

—No podemos dejar a "mamita" sola, ni debemos perder el juego. Lo que tenemos que hacer es llevarla con nosotros al estadio para una vez terminado el partido, trasladarla al manicomio.

Dicho y hecho. Mamita era más avisada de lo que podría suponerse y había oído, ya varias veces en el día, un "run-run" sospechoso, en el que iba mezclado el nombre de "manicomio". Pero nada dijo, ni nada le dijeron a ella sobre el proyecto de llevarla al "play".

El automóvil fletado, por la familia, corrió velozmente por un camino vecinal hasta que enfiló la carretera Sánchez. En un tris estuvo frente al Estadio Trujillo. Uno de los jóvenes bajó primero y consiguió cuatro entradas para gradas. Una vez en posesión de los boletos los tres sobrinos y la incauta mamita se dirigieron a la entrada del campo depor-

tivo. Estaba repleto de gente y de algarabía. Por suerte encontraron sitios para los cuatro y en ellos se acomodaron.

Mamita no las tenía todas consigo. Miraba y remiraba de aquí para ayá con el rostro ensombrecido por la duda y la incomprensión. ¿Dónde estaba?

De repente se produjo una especie de tumulto, especialmente, en la gradería. Se había llevado a cabo una jugada dudosa, el umpire dió una decisión, y casi todo el público liceísta comenzó a protestar, a todo pulmón, con un vocerío ensordecedor y dando patadas en el suelo. Los escogidistas, por su parte, también daban voces estentóreas y aplaudían delirantemente.

La pobre vieja, que jamás había oído hablar de beisbol en su vida, comenzó a tener una sospecha:

—¿Me habrán traído al manicomio?

De pronto en las cercanías un liceísta iracundo y un escogidista furibundo, se fueron a los puños. El público se arremolinó de tal modo que algunos espectadores cayeron al suelo desde la parte lateral de las gradas. El tumulto casi arroyó a los tres jóvenes, y especialmente, a la viejecita.

Cuando se restableció un poco la calma, Mamita pareció haberla perdido, completamente. Se puso en pie, y agitada nerviosamente, comenzó a gritar con la estentoreidad que era posible en una anciana de 75 años.

—¡A mí no me meten en el manicomio! ¡A mí no me meten en el Manicomio! ¡Santísima Virgen, Dios de mis culpas, sácame, te lo pido de este manicomio!

El público alrededor comenzó a reír y a aplaudir a Mamita y un señor se acercó a darle palmaditas en la espalda lo que acentuó firmemente la creencia de la anciana de que estaba entre locos.

Como la pobre señora parecía estar próxima a una violenta crisis nerviosa, pues después de sus lamentaciones comenzó, simple y desaforadamente a chillar, los sobrinos op-

taron por salir del estadio llevándola cargada, a pesar de que el juego estaba en uno de esos trágicos empates de 1 y 1 carrera.

Ya en las afueras del "manicomio" la vieja se recobró un poco y dijo a sus sobrinos:

—Me siento enferma, ¿por qué no me llevan a un hospital?

Los sobrinos se cruzaron una mirada de inteligencia. De seguro que complacerían su deseo. La llevarían a ese famoso hospital donde el que llega sano se enferma irremediablemente.

Los muchachos y mamita sentían hambre. Se fueron a una fonda y comieron abundantemente. Con esto llegó la noche. Irían, enseguida al manicomio. Sabían que en dicho "campo de concentración" admiten reclusos hasta en horas de la madrugada, pues nadie puede escoger, adecuadamente, una hora conveniente para volverse loco.

En la prima noche todos los pacientes están recluídos en sus pabellones, y no se advierte nada extraño en los alrededores del edificio donde están las oficinas. Cuando el grupo llegó, el llavero de servicio tuvo que llamar al practicante que estaba en el segundo piso.

Los tres jóvenes estaban más excitados que la propia mamita discutiendo, aún acaloradamente, sobre el juego de pelota. Dos eran liceístas y uno escogidista.

El practicante llegó algo soñoliento. Observó el grupo de cuatro personas, tres de las cuales casi decían incoherencias en su apasionamiento por el juego. La cuarta persona, estaba sentada plácidamente en una silla y su rostro tenía un aire beatífico. Parecía estar ausente del mundo.

Cuando el practicante llegó, preguntó, desprevenidamente dirigiéndose a los jóvenes:

—¿Cuál de los tres es el loco?

Los jóvenes, en voz baja, tuvieron que explicar al doctor en ciernes, que la vieja era la que estaba loca de remate, que les hacía la vida imposible y que querían recluírla por un tiempo.

Ni la pregunta del practicante, ni el diálogo entre los cuatro fueron percibidas por "mamita". No contestó a las preguntas de aquél y tuvieron que hacerlo por ella, los sobrinos.

Tratándose de una anciana no era posible que la enviaran a una celda y el ayudante del director dispuso que fuera enviada directamente al pabellón de las mujeres.

Cuando la anciana vió que sus sobrinos se iban a despedir, pareció calmada. Aquel era un sitio tranquilo, no tenía comparación con el alboroto y la algarabía del "manicomio" donde se jugaba pelota.

Reaccionando de su marasmo la vieja se despidió de sus familiares. Pero antes de que se fueran quiso hacer una pregunta:

—¿Tienen ustedes la bondad de decirme cómo se llama este hospital?

En vez de decirle: "Manicomio Padre Billini", el practicante dijo, simplemente, "Padre Billini".

La vieja creyó así que estaba en el hospital Padre Billini, y exclamó:

—Me gusta este hospital. He oído decir que es mejor que el Morgan y el Salvador Gautier...

Habían pasado dos semanas y la viejecita aparentemente se sentía a gusto. Esto se debía a que muchos reclusos que tenían recursos, especialmente, los de la clínica privada, viendo su ancianidad y desvalimiento le ofrecían alimentos y meriendas.

Un día, Mamita, pareció estar muy preocupada. Insistía a cada momento en ver al médico-director. Tanto insistió que al fin fué llevada donde éste.

—¿Qué le pasa, Mamita? —le dijo el médico, afectuosamente.

—Quiero hablar con usted a solas —insistió la vieja.

El doctor la llevó a un sitio aparte para oír la terrible confesión de la abuelita:

—Doctor, doctor, usted no se está dando cuenta. Pero en este hospital hay mucha gente que se está volviendo loca!

Se habian necesitado quince días para que la viejecita comenzara a comprender que estaba en un manicomio, y sólo habia necesitado quince minutos, días antes, para saber que estaba en otro manicomio: el Estadio Trujillo, repleto de verdaderos enagenados, fanáticos locos de la enseña azul o dementes fanáticos de la enseña roja.

CAPITULO XIX

Conozco a un joven a quien llamaremos Alfredo Arias que estuvo loco, por espacio de tres meses, sufriendo de un terrible ataque de "delirium tremens".

En esta clase de locura, una vez pasada la crisis, el sujeto recuerda, nitida e implacablemente, todos los actos horribles de su drama, cada escena fantástica sucediéndose a otra más fantástica aún.

La característica más común de este tremendo delirio es que el enfermo día tras día, y a veces, hora tras hora, se ve a sí mismo y al escenario que le rodea, de una manera extraviada y alucinante, a veces presentando bellas características, otras terribles perspectivas.

Esto es lo que se llama en Siquiatría, *alucinaciones*. Se presenta en el día en forma bastante compleja: el sujeto está en la sala de un hospital y vé clara y conscientemente, por ejemplo, que está en un museo o en una estación de policía. En su visión trastornada cada persona que está de pie le parece una estatua o un agente de policía. De repente viene la enfermera con un recipiente de agua en la mano: el enfermo ve un miembro del ejército con un descomunal revólver dispuesto a dispararle.

Durante el sueño estas alucinaciones cobran características verdaderamente tremendas. El alucinado contempla, por ejemplo, mujeres hermosas acostadas en las camas, donde están los pacientes y se dirige a ellas. Ve aquí y allí damas conocidas o desconocidas que le invitan al amor. Más

de una vez los pacientes próximos a la cama de Alfredito Arias llamaban a voces a la enfermera porque el delirante se había subido en una de ellas viendo una voluptuosa mujer donde sólo había un robusto mocetón.

Una noche, durante el delirio, Alfredito recorrió el pasillo de la sala del hospital. Vió claramente, que estaba en una cárcel, pues la puerta de salida tenía gruesos barrotes imaginarios. Incongruentemente, la puerta cedió a la presión de sus manos. En el patio se encontró con un policía que quiso detenerlo. Tuvo palabras injuriosas para el agente y para el cuerpo del cual formaba parte. El agente lo condujo por un brazo, de nuevo a la cárcel.

En realidad, la escena había sucedido del siguiente modo: Alfredito, como un sonámbulo había atravesado la puerta que no tenía, ninguna clase de barrotes, para escaparse. El policía que él vió como tal, era realmente, un policía: el que estaba de servicio en el hospital. Este fué el único momento en que su delirio no falló. El pudo haber visto en el agente, un bombero o un coronel del ejército.

Cuando amaneció Alfredito ya despierto no siguió viendo el salón como una prisión, y en el practicante vió realmente un practicante. El estaba preocupado con el supuesto incidente con el agente de servicio la noche anterior y en su razonamiento extraviado pensó que después de la discusión y haber sido enviado a la cárcel, se había enfermado y lo habían llevado al hospital. El veia claramente que estaba en un hospital, pero no pudo recordar que había estado en él hacía varios dias. Creyó que estaba en él, solamente, desde la noche anterior.

—Como ya estoy bien, de seguro que me llevan más tarde al Juzgado de Paz y quizás el tribunal me condene por rebelión contra la policía, se dijo muy contrariado.

Entonces pidió al practicante varias hojas de papel y se pasó una o dos horas (Alfredito es abogado) haciendo notas

para la defensa que haría si era sometido. Era una defensa perfecta. El delirio había cedido, por el momento. Hacer una defensa era, dentro de la normalidad, lo correcto. Pero su actitud no tenía razón de ser, y él no lo sabía: no era cierto que hubiera tenido ninguna discusión con el policía en la puerta de la cárcel, y por lo tanto, no tenía ningún motivo para hacer defensa alguna.

Mortificado hasta lo indecible con el asunto, se decidió a hacer llamar a un amigo, llamado Juan Rivera para pedirle ayuda. Un enfermo que había sido dado de alta ese día le hizo el servicio de avisarle.

Cuando una persona amiga va a visitar un demente, generalmente asiente a cuanto éste le dice, pues sería altamente inhumano y contraproducente hacerle saber que está diciendo disparates colosales.

Tanto Juan Rivera como Alfredito conocían y eran amigos del Oficial de la Policía que era jefe del Distrito.

Imagínense el asombro de Rivera cuando Alfredito con toda seriedad y muy compungido, le rogó:

—Es necesario que vayas inmediatamente a ver al Coronel. Anoche tuve una discusión con un policía el cual me llevó a la estación. Allí me puse malo y me trajeron a este hospital. Si yo insulté a la Policía lo hice, sin darme cuenta, por estar en estado de embriaguez. Arréglame ese asunto, hermano Juanito, que Dios te lo pagará.

Juan Rivera, compadecido y casi lloroso prometió a Alfredito que enseguida hablaría con el Coronel y le rogó que no se preocupara más, pues podía considerar arreglado, de antemano, el asunto.

El fiel amigo fué a ver al médico-director del hospital.

—No sé cuál será el diagnóstico de ustedes— pero Alfredito Arias está loco de remate. Cree que tuvo un inciden-

te anoche con un policía en una estación y como usted sabe muy bien él tiene más de quince días internado en este hospital.

—"Delirium tremens"— proclamó, solemnemente, el doctor. Como Alfredito es de constitución fuerte, con la suspensión de la bebida, el reposo y las inyecciones que le estamos suministrando irá mejorando paulatinamente.

CAPITULO XX

UNA de las características más notables del *delirium tremens* es que en determinados días y en horas imprecisas, el enfermo puede llegar a una crisis total y espantosa, o puede, por el contrario recobrar, momentáneamente, la normalidad.

Una noche Alfredito vió frente a sí algo así como un mar de una belleza indecible. Percibía claramente las olas azuladas que volcaban su carga de espumas en la ribera. De pronto comenzaron a surcar el maravilloso océano, unas tras otras, naves de fantásticos diseños muchas de las cuales eran una atrabiliaria mezcla de galeras griegas y acorazados modernos.

De las suntuosas naves desembarcaban bellas ninfas que se acercaban a besarle y a acariciarlo.

Cuando despertó, en la mañana, recordaba el sueño, tan nítidamente, que lo creyó una realidad. Cuando miró el sitio donde había visto el portentoso espectáculo, solo vió una pared del hospital, chapoteada de una pintura azul clara.

Otro día amaneció, Alfredito, completamente lúcido, en el sentido de que se daba cuenta del hospital en que estaba, y conocía a los médicos, practicantes y a algunos enfermos. Pero la ofuscación diaria del alucinado consistía casi siempre en el hecho de que no recordaba los muchos días que tenía en el hospital, y creía generalmente que era la policía la que lo había llevado la noche anterior.

Una mañana amaneció Alfredito, con una perspectiva que hubiera cuadrado mejor a su estado: se creyó en un manicomio. En verdad, la sala de un hospital puede parecerse, perfectamente, al pabellón de un sanatorio. Alfredito veía los practicantes uniformados de llaveros y se compungía al ver los gruesos barrotes de hierro, que como mudos y extáticos guardianes, guarnecían las puertas y ventanas. También en este caso el hombre creyó que lo habían internado la noche anterior, olvidándose de todos los días que había estado recluido en el hospital.

En el momento de la visita, Alfredito, vió en el afable director de un hospital público el odioso director de un horrible manicomio.

Tan pronto éste llegó, acompañado de otros médicos y de practicantes, Alfredito con voz suplicante, pero enérgica, le pidió que lo diera de alta, pues él no estaba loco, ni mucho menos.

—Pero Alfredito —le replicó el doctor— tú no estás en un manicomio, tú estás en el hospital tal y tal.

—Si, yo estoy en un hospital—. Eso es lo que ustedes les dicen a los enfermos para engañarlos... A mí tienen que darme de alta porque es una barbaridad tener a un cuerdo encerrado como loco.

El doctor quiso seguir el juego de la locura de Alfredito, y le hizo la siguiente pregunta:

—Si tú no estás loco, ¿por qué te trajeron aquí?

Entonces, Alfredito, con su brillante imaginación contó una historia inventada por él o tal vez leída en algún libro.

—Le voy a contar, doctor. Como usted sabe yo soy médico y tengo una clientela muy distinguida. Anoche nevaba terriblemente. (Se estaba en lo más crudo del verano) pues bien, una distinguida dama me llamó para una consulta. Sufrí un desencanto pues la encontré muy bien de salud. Los enfermos eran unos pececitos dorados que ella

alimentaba y cuidaba con mucho esmero, en una bella pecera de cristal. Tenía alrededor de veinticinco, y ya habían muerto, diez, de una enfermedad desconocida. Yo no soy médico de peces, pero atendiendo a que se trataba de una dama respetable que me pagaba muy bien y compadecida de su estado de ánimo, resolví hacer lo único que podía hacer, y así se lo manifesté: me llevaría dos o tres de los ejemplares fallecidos para hacerle una autopsia y determinar el mal que les aquejaba.

Del grupo salieron risas y exclamaciones. Era verdaderamente una locura quijotesca y fantástica la que sufría el pobre Alfredito!

Este siguió su historia.

—Me metí los tres ejemplares en el bolsillo del abrigo. Tiritaba de frío al atravesar el parque cubierto de nieve. De pronto introduzco la mano en el bolsillo donde los había guardado: habían desaparecido. Enseguida comprendí la razón: el bolsillo tenía un agujero.

—Como solo había caminado un corto trecho en el parque hice lo que lógicamente debía hacer: tratar de buscar los pececillos. Como es natural no encontré ni rastros de ellos. De seguro, se habían hundido, en la nieve. Entonces me agaché y comencé a hacer pequeños hoyos en diversos lugares con el índice de la mano derecha.

Distraído en mi faena no advertí que alguien se acercaba, Cuando me di cuenta advertí un gigante uniformado junto a mí. Era el policía más grande que había visto en mi vida y llevaba su macana en alto.

—¿Qué hace usted? —me preguntó con acritud.

—Yo, exclamé inocentemente— busco unos pececitos dorados en la nieve.

El agente hizo una mueca significativa, se quedó mirándome de hito en hito, mientras yo seguía en mi operación de hurgar en la nieve con el índice de la mano derecha.

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO

—Venga usted conmigo, señor. Le voy a llevar a un lugar en que hay muchos pececitos dorados...

Y me trajo a este manicomio.

La historia de los pececitos dorados fué una de las más fantásticas elucubraciones de Alfredito Arias. Hasta entonces sus alucinaciones provenían de hechos reales, que su imaginación extraviada transformaba en sucesos fantásticos.

Ahora, la alucinación provenía puramente de su imaginación. No se trataba de una realidad transformada. Era el producto alucinado de la mente de un poeta y de la fantasía de un artista.

CAPITULO XXI

UNA noche logró Alfredito su propósito frustrado, varias veces, de huir del hospital. Esa noche, en horas de la madrugada y en pleno delirio se levantó de su cama y se puso a dar paseos en el pasillo de la sala. Todo esto lo hizo, inconscientemente, pues después él no recordaba haberse levantado de la cama.

De repente, despertó. ¿Y qué vió Alfredito Arias? Pues un gran salón, ornamentado con bellas columnas y muebles raros y suntuosos. Las columnas eran, simplemente, los toscos pilares que sostenían las paredes del hospital y los bellos muebles eran las camas y sus pacientes, rendidos de sueño.

—¿Dónde estoy se dijo.

Tenía puesta la bata blanca del hospital y al observarla Alfredito creyó que se encontraba en ropa interior.

—Estoy, seguramente, en una gran residencia... Me he emborrachado, seguramente, y casi desnudo he salido a la calle y me he introducido aquí... Lo que tengo que hacer es lograr escabullirme en alguna forma, pues si me encuentran creerán que soy un ladrón.

Alfredito se dirigió, por una puerta, a lo que le pareció un maravilloso jardín. En realidad era el descuidado jardín del hospital. Ahí estaba el policía de servicio que enseguida se le enfrentó.

Según se supo, después, el agente de la autoridad le había dicho:

—Mire, señor usted molesta mucho todas las noches. Venga, voy a llevarlo a su cama.

Pero Alfredito entendió: "Usted es un ladrón que ha venido aquí a robar. Lo voy a llevar preso".

Al oir esto, el demente reunió todas sus fuerzas y eludiendo al policía con violencia echó a todo correr por los terrenos baldíos anexos al hospital. En las cercanías ladraba un perro mientras el supuestamente perseguido tanteaba en largos trechos la empinada alambrada, procurando un hueco. Al no hallarlo metió su cuerpo por entre dos cuerdas de alambre, que no tenían una separación entre una y otra de más de tres palmos de mano. Al fin logró salir con toda la espalda manando sangre, producida por los pinchazos de las afiladas puntas del alambre.

Había un silencio absoluto en la calle. Sin embargo en la esquina próxima distinguió la silueta de tres hombres. No se movían, ni hablaban. Pero ya él estaba acostumbrado a esas tontas jugarretas de las alucinaciones. Si hubieran sido verdaderas personas, hablarían y se moverían. Aquellos fantasmas zoquetes eran solo espectros de su imaginación enferma.

Sin duda, un delirante poco inteligente, llega más pronto a la locura total por medio del delirium tremens. El ve, hombres inexistentes, cajas de fósforos que se vuelven arañas, ratones imaginarios recorriendo las paredes. Su mente simple le hace creer que son fantasmas verdaderos, de animales reales que vienen a molestarlo. El alucinado, de brillante imaginación, ve con vida real y cierta esos fantasmas; pero enseguida se dice a sí mismo: no puede ser verdad, esos hombres extáticos no existen sino en mi imaginación perturbada. ¡Váyanse al diablo, malditas alucinaciones!

Como Alfredito no se daba cuenta de que estaba en el hospital y que se había fugado del hospital, se preguntó, ansiosamente a dónde iría. Su mente alucinada enseguida

concibió un plan: se dirigiría al cuartel de la Policía y al otro día mandaría a buscar a algún amigo que lo proveyera de ropa.

Esquivando las calles por las cuales podían transitar personas, el joven llegó a una estación de la Policía Nacional, situada frente a una plaza. Allí le recibió un sargento gruñón y semiadormilado, que estaba sentado frente a un escritorio. No pudo reprimir su sorpresa al ver a Alfredito con una simple bata y chorreando sangre.

—¿Qué te ha pasado, hijo de Dios? —preguntó el sargento.

Rápidamente el interrogado concibió una historia.

—Le voy a contar, detalladamente sargento, —dijo—. En las primeras horas de la noche fui a visitar a una mujer conocida mía, que vive en el barrio de Los Pepines. Me tomé con ella unas cuantas cervezas y pasé varias horas en su compañía. Hace alrededor de una hora me retiré. De pronto, por una callejuela extraviada, cuyo nombre no sé, me salieron al paso dos hombres jóvenes, con todo el aspecto de unos verdaderos "tigres". Me golpearon y a la fuerza me quitaron la cartera... me robaron también el traje de casimir que vestía y me dejaron en ropa interior.

El sargento estaba tan adormilado que no se dió cuenta de que Alfredito no tenía tal ropa interior, sino una bata de hospital.

Había tomado nota de lo declarado por la "víctima" y se dispuso a hacer más preguntas.

—¿Qué suma contenía la cartera?

—Más o menos alrededor de RD$20.00.

—¿Y esas heridas, como se las ocasionaron?

Alfredito se decidió a decir la verdad a medias.

—Me las ocasionaron unos alambres de púas —dijo, resueltamente.

—¿Atravesó usted una cerca de alambre de púas?

—No, mis agresores, después de golpearme me lanzaron sobre la cerca de un solar baldío, cercado con alambre.

—Está bien —dijo el agente con suficiencia. Puede quedarse sentado en la habitación próxima.

En la habitación había varias camas, pero estaban ocupadas por agentes de policía. Alfredito logró localizar una silla y en ella tomó asiento. A poco se puso en pie y principió a dar paseos con visible nerviosidad. Le obsesionaba, penosamente, la amnesia que sufría, que no le permitía recordar dónde vivía ni sus actos en los días próximos pasados.

De pronto sus ojos se fijaron en una silla que estaba al lado de una de las camas en que dormían los agentes. No parecía ser un militar el que dormía pues en el mueble estaban colgados unos pantalones, una guayabera, un par de calcetines y unos zapatos.

Sin pensarlo mucho, y después de haber observado que el sargento, en la otra habitación, estaba literalmente roncando, se vistió con las ropas halladas. Casi le venían a la medida. Pensó que pertenecería a un policía "secreto" los cuales visten de civil.

Cuando metió la mano en los bolsillos del pantalón, encontró dos pesos, que no vaciló en apropiarse.

—Pero, ¿qué haría con los dos pesos?

La respuesta a sí mismo, fué concisa e inmediata: "me tomaré unos tragos".

A esa hora era difícil encontrar un cafetín abierto. Sin embargo halló uno en el barrio más apartado de la ciudad. Era un establecimiento mitad colmado, mitad bar. No había ningún cliente y Alfredito se sentó frente a una pequeña mesa. Pidió una "tercia" de ron. La apuró casi en dos tragos, y pidió otra.

En un momento dado se acercó a él el dueño del bar.

—Váyase, inmediatamente, pues si no lo hace, lo voy a matar.

El tabernero, seguramente, había dicho algo así como:
—Haga el favor de terminar, pues tengo que cerrar.

Esas son las jugarretas que hacen a los enfermos las nombradas alucinaciones "auditivas". Alfredito, no obstante la supuesta amenaza del dueño del negocio, seguía, esta vez, apurando su "romo" con lentitud.

De repente, oyó, con toda claridad y precisión, una música alegre que procedía de un radio cercano. El conocía, en esa época, todos los merengues de moda. Aquel era el más precioso que oía, pero no conocía su nombre.

Señalando el aparato que se veía sobre el mostrador, el joven, dijo al tabernero:

—Tan pronto se termine esa pieza me iré. Como se llama ese merengue tan lindo?

El hombre se quedó como alelado ante la pregunta, y exclamó:

—¿Qué merengue?

Alfredito se puso en pie y se dirigió al mostrador que era el lugar de donde procedía la música.

En el lugar en que había visto el aparato de radio había una caja cuadrada llena de cebollas.

En un colérico rapto de rabia cogió el supuesto radio y lo estralló en el suelo mientras la imaginada música daba un siniestro alarido.

Desde ese momento Alfredito no tuvo conciencia alguna de lo que hacía, hasta que despertó, a la mañana siguiente en su misma cama del hospital.

El dueño del bar, en presencia de la actitud violenta del extraño cliente había llamado a la Policía. Esta vez fué el teniente de servicio el que atendió a la comunicación, y en un dos por tres, con el indicio de la bata ensangrentada, se dió cuenta de que se trataba de un fugado del hospital.

En horas de la madrugada una ambulancia recogía a Alfredito, inconsciente, y lo trasladaba a su residencia provisional del hospital de la ciudad.

CAPITULO XXII

UNA NOCHE, completamente dormido, Alfredito se vió en una gran oficina comercial, hablando con su jefe. Había muchos escritorios en los que tecleaban en máquinas de escribir, jóvenes y muchachas.

El joven había conseguido un empleo en esa gran oficina y le habían destinado un lujoso escritorio. El jefe le había aconsejado que no "bebiera" demasiado, defecto principal del joven.

En los sueños alucinados del "delirium tremens", una sola noche puede comprender muchísimos días. Alfredito vió en el sueño transcurrir una semana, en la que fué a la oficina y trabajó asiduamente. Pero llegó el sábado, y el joven no pudo resistir la tentación de ponerse a "beber". Se emborrachó de lo lindo no solo ese día, sino el domingo siguiente, y el siguiente lunes. El martes en la mañana, ya un poco repuesto, el joven comprendió que había perdido el empleo, al faltar un día al trabajo. Al llegar a la oficina encontró su escritorio ocupado. No se atrevió a pedirle excusas a su superior y lo que hizo fué seguir bebiendo.

Todos esos días y todas esas ocurrencias tuvieron efecto durante el sueño de una sola noche. Cuando al otro día despertó Alfredito creyó positivamente que era realidad lo soñado. Le habían dado un empleo, y lo había perdido debido a su afición a la bebida. En una de esas borracheras se había puesto enfermo y le habían llevado al hospital. Volvía a su obsesión de siempre, que no le permitía recordar que ya llevaba más de un mes internado.

Mortificado por haber perdido un buen empleo, Alfredito pensó, que estando ya sobrio, quizás el jefe de la oficina se compadecería de él, y volvería a colocarlo. Debía, por lo tanto, tratar de salir del hospital, cuanto antes.

Cuando el médico-director, en su visita diaria, llegó frente a su cama, se dió cuenta de que era el hijo del anciano señor, dueño del negocio donde había sido empleado. Esto era cierto en parte. El padre del director del hospital tenía un gran negocio en la ciudad pero como se comprenderá era absolutamente incierto que hubiera dado ningún empleo a Alfredito, que habia salido del hospital, solamente en sueños.

Imagínense el asombro del doctor cuando el joven con aire de contrariedad y en tono de súplica, le dijo:

—Doctor la "metida de pata" que he dado no tiene nombre. Todo por causa del maldito alcohol. Usted sabe lo que es haber obtenido de su padre una buena posición y recibido de él atenciones sin límites, para entonces ponerme a beber y abandonar el empleo? Yo me siento ya bien, doctor. Y le juro por la Virgen de la Altagracia (este juramento lo había hecho Alfredito mil veces) que no volveré a tomar un trago en mi vida... Por lo que más quiera, doctor, hable con su padre para que me dé una nueva oportunidad.

El doctor, como en el caso de los pececitos de colores, ocultaba su pena, con una sonrisa simulada y triste.

—Está bien Alfredito haré lo que pueda para conseguirte de nuevo el empleo en el comercio de mi padre.

Al otro día, con nuevas alucinaciones, en puerta, el demente se había olvidado, por completo del asunto.

Una mañana se presentó la enfermera con una gran pastilla y un vaso de agua, ordenando al enfermo que la tomara. Durante tres días más se repitió la escena, pero fué aumentado el número de pastillas, a dos, tres, cuatro cada día.

Cuando se hubo tomado la dosis de las cuatro últimas pastillas sucedió algo que hizo que la parte de la mente de Alfredito que estaba lúcida, le hiciera saber implacablemente, que estaba loco de remate.

El ya estaba acostumbrado a ver sombras imaginarias que simulaban seres humanos, y a oir frases con una significación que no podía ser real. Cuando, por ejemplo, un automóvil en las cercanías del hospital, daba un "bocinazo", el joven oía claramente, una voz metálica y cortante que le decía "loco".

Pero el día en que se tomó las cuatro pastillas fué para él el día de la mayor y más espectacular alucinación. El doctor llegó esa mañana acompañado de dos médicos más y de cuatro practicantes. Se acercó a la cama del joven y le dijo con voz clara y segura:

—Alfredito, ¿quieres tomarte un trago?

El enfermo, espantado hasta lo indecible, no supo qué contestar, y enseguida pensó:

—Sabe Dios lo que me está diciendo el doctor y mi maldita mente alucinada, para burlarse de mí, hace que yo oiga que me están ofreciendo un trago.

Al no oir respuesta el médico, insistió:

—¿Qué marca de ron, te gusta a tí?

No obstante que la pregunta no podía significar lo que él oía, Alfredito contestó con voz gutural:

—Cualquier marca.

—Vaya a la esquina a buscar medio litro de ron 1852, dijo el doctor, brevemente, sacando un billete de a peso y dirigiéndose a un sirviente.

Alfredito comenzó a reir. De seguro el médico le estaba ofreciendo alguna medicina nueva y eso era lo que mandaba a buscar.

Cuando el sirviente llegó y Alfredito vió que el envase de la medicina era exactamente igual a los frascos de ron, consideró llegada al colmo su locura.

El médico, entonces, con toda calma, sirvió en dos vasos dos tragos, fenomenales de licor, y tomando uno, ofreció el otro al enfermo.

—¡A tu salud! —dijo el doctor.

Pensando que era una medicina, Alfredito, apuró su trago. Si era medicina, esa medicina tenía un sabor idéntico a la del ron 1852.

Pasaron unos minutos y un silencio espectacular reinaba en el extraño ambiente. De pronto el joven comenzó a sentir en el estómago un ardor inenarrable, y de golpe sintió una contracción que le hizo vomitar violentamente la bebida.

El inexplicable malestar aumentaba, minuto a minuto, Sudores frios, convulsiones, y alta temperatura, se combinaron para producir en el cuerpo del joven una crisis como nunca habia sentido en su vida.

A los quince minutos, el paciente estaba en estado semiincoonsciente y prorrumpiendo alaridos de dolor. Le dolia todo el cuerpo, y las náuseas se sucedían, segundo por segundo. Había perdido el uso de la voz y los ojos aparecian virados hacia arriba. En el transcurso del extraño fenómeno le habian aplicado cuatro o cinco inyecciones.

No obstante que parecia estar en un estado de coma, Alfredito creyó comprender la verdad de lo sucedido: lo habían envenenado, sin duda.

De pronto se presentó una leve mejoría que a la hora llegó a acentuarse de tal modo que el enfermo pudo sentarse en la cama.

—¡Me dieron esa poción para envenenarme! —masculló Alfredito.

—¡Para salvarte! —replicó el doctor.

Pero ¿que era lo que le habían dado a tomar a Alfredito para sufrir una crisis tan espantosa?

Pues sencillamente había tomado ron. Pero antes había ingerido, por orden del doctor, y día tras día, ocho pastillas de la droga denominada "Antabús", que ha sido inventada con el propósito de corregir el alcoholismo.

El doctor, antes de retirarse, se limitó a decir a Alfredito lo que los médicos dicen a los alcohólicos, después de hecho el tratamiento:

—Durante toda tu vida, cuando tomes un trago se producirá en tu organismo una crisis tan violenta como la que has sufrido hoy...

Las personas tontas y crédulas, generalmente, creen a los doctores cuando le hacen semejante afirmación, y por alcoholizadas que estén no vuelven a beber en su vida.

Pero Alfredito no era tonto, ni crédulo. Transcurridos diez días después del famoso experimento, el joven se hacía, brillantemente el siguiente razonamiento:

—Todo alimento o todo medicamento va a la sangre y al cabo de cierto tiempo sus residuos son expulsados en la espera de otro alimento u otro medicamento... El maldito "antabús" ese que me dieron, no va a tomar residencia definitiva en mis venas, a los diez días ya debe haber sido expulsado.

Y Alfredito Arias, diez días después de salido del hospital se dió una borrachera fenomenal sin que la temida droga hiciera, ni siquiera en un ápice, acto de presencia en su alcoholizado organismo.

CAPITULO XXIII

La última y divertida hazaña del fantástico delirium tremens de Alfredito Arias, la realizó un aparecido que hizo los más espectaculares honores a su condición de personaje de ultratumba.

Hasta ese momento, el joven enagenado había sido víctima de delirios más o menos *correctos*. Todos se adaptaban, fielmente, a la técnica común de forjar cosas irreales, desfigurando a veces, monstruosamente, la verdadera realidad.

Cuando el delirio surgía en estado de vigilia, el cerebro de Alfredito parecía componerse de dos partes: una, que veía e interpretaba los hechos, de una manera irreal, y que en su constitución parecían hechos normales. El veía, por ejemplo, con toda claridad, en un momento dado, tres hombres de pie, recostados en un árbol del jardín del hospital. Los veía tan claramente como si fueran seres verdaderos. Al principio de su enfermedad él intentaba hablar con estos seres, pero éstos nada contestaban. Entonces se dirigía al sitio donde estaban para sorprenderse cuando observaba que se iban esfumando hasta convertirse en nada.

La parte normal del cerebro de Alfredito, recordaba entonces, todo lo que había leído relativo a las alucinaciones, y comprendía perfectamente, que los tres hombres no eran sino fantasmas de su enferma imaginación.

Desde entonces, cada vez que las hojas de un árbol se agrupaban en forma de carátulas horrendas y extáticas, o que veía de reojo, la sombra de un ser humano acostado a su

lado en la cama, él no sentía un gran temor, puesto que la parte normal de su razonamiento, le informaba que eran cosas y seres aparentemente existentes, pero realmente inexistentes.

Pero, de todos modos, no podía evitar la angustiosa molestia que estos seres imaginarios le producían. Generalmente, no hablaban, sólo podía mirárseles de reojo, y tan pronto se les fijaba la vista en ellos, desaparecían, súbitamente.

En una ocasión caminaba por el pasillo de la sala del hospital y percibió, claramente, que una sombra caminaba a su lado derecho. Cuando trató de fijar la vista en la sombra, ésta, como si estuviera burlándose, se puso del lado izquierdo. Y en ese jueguito siguió hasta que Alfredito volvió a la cama.

A éste se le ocurrió entonces decir en alta voz:

—Ustedes se aprovechan, cobardemente, de que son seres inmateriales y no puedo darles un buen pescozón!

En otra ocasión se le aparecieron volando en su torno ocho o diez figuritas rojas y con rostros diabólicos. De pronto notó que una de ellas era el propio retrato de un conocido suyo que siempre vivía molestándole pidiéndole dinero.

Alfredito se dirigió al grupo de diablillos, pero mirando fijamente al que se parecía al susodicho amigo.

—Hasta ahora les he permitido que se presenten a mí, porque en realidad tienen ustedes formas impersonales y no me traen ningún recuerdo ingrato. Pero que tú —dirigiéndose a la carita que se parecía al amigo— vengas ahora a molestarme en la misma forma que lo haces en la vida real, no te lo voy a permitir.

Un día, como he dicho, Alfredito tuvo una alucinación, que entre sus atrabiliarios delirios, se llevaba la palma de triunfo. Este se debió a que por primera vez en su estado de enagenación mental, él no se dió cuenta de que era una alucinación y lo tomó como un hecho real.

Cosas de Locos

Eran como las diez de la mañana y el joven recostado en su cama, trataba de leer una revista. De repente oyó una voz, claramente perceptible, que venía de un lugar cercano:

—¡Alfredito! ¡Alfredito!

Este miró hacia las camas más próximas y vió que estaban vacías. En realidad los otros pacientes estaban en el jardín y la sala estaba desierta. Miró debajo de la cama, pensando que algún chiquillo se había metido allí, pero nada vió.

—¡Alfredito! ¡Alfredito! —volvió a decir la voz.

—¿Qué pasa? —dijo éste con contrariado acento.

—¿No te recuerdas de mí?

—Que diablos voy a recordarme...

—Pues yo te conocí en esta misma ciudad en casa de la familia Bácz... Tú estabas enamorado de una de las muchachas e ibas allí con frecuencia.

—Pero tú, ahora, ¿dónde estás?

—Yo estoy muerto desde hace un año.

Alfredito dió un salto en la cama, y, pensó que después de todo pudiera estar realizándose el milagro de que un "muerto" se le apareciera. Se sentó en la cama con la espalda a la pared.

Al parecerle que la misteriosa voz provenía de esa pared, ladeó la cara, un poco hacia atrás y vió una sombra, estrecha y alargada, que se retiraba hacia un lado, pero que él podía ver de reojo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el joven.

—Alejo.

—Si tu estás muerto, hazme el favor de decirme el resides en el cielo o en el infierno.

—En ninguna de las dos partes. Estoy en el llamado "plano inferior" que es el primer lugar donde van los espíritus.

—Bueno, quiero saber qué ventaja voy a sacar yo con su amistad, señor muerto. Antes de que te vayas a desaparecer, definitivamente, quiero preguntarte si has visto a Dios.

—No lo he visto, ni se dónde está.

—¿No podrías darme el número del premio mayor del domingo?

—Tampoco lo sé.

Alfredito no pudo contener un gesto de rabia. ¿De qué le valía tener amistad con un difunto, si éste no podía ayudarlo en forma alguna?

—Veo —expresó el joven con voz solemnizada de ironía y rencor, que usted es un muerto insignificante, y que es como cualquier mortal sólo que carece de cuerpo. ¿De qué le vale ser muerto?

El difunto nada contestó. Alfredito siguió hablándole, pero el "muerto" parecía haber muerto de verdad.

Pasada alrededor de una hora volvió a la carga, llamándole de nuevo, cuando el joven estaba en el cuarto de baño. Le acompañaba su inseparable sombra que fugazmente se deslizaba hacia un lado y solo podía ser vista de reojo. Alfredito dió un brinco de espanto. Al fin se repuso un poco, y no pudiendo aguantar más la "lata" del habitante del otro mundo, le espetó con toda rudeza:

—¡Hazme el favor de largarte y dejarme tranquilo! ¿Es que no tiene vergüenza?

El difunto comenzó a reir estrepitosamente y al terminar lanzó a Alfredito tres sonoras "trompetillas".

Enseguida pasaron diez o quince minutos sin que nada turbara la aparente tranquilidad del joven. De repente oyó de nuevo la voz:

—¡Alfredito! ¡Alfredito! —mientras la sombra alargada volvía ominosamente a aparecer en la pared.

El joven se quedó mudo como una estatua, mientras el fantasma proseguía en su coloquio unilateral y mortificante. Relató al enfermo varios pasajes de su vida de muchos de cuyos detalles ni siquiera Alfredito recordaba.

Este razonó del siguiente modo:

—En este caso no debe tratarse de una alucinación, sino de un verdadero "muerto" que conoce detalles de mi vida, que yo mismo ignoraba.

El joven se decidió a poner a prueba la autenticidad del presuntuoso difunto.

—Oyeme, le dijo con voz suavizada por la cordialidad, yo quiero que tú me des una verdadera prueba de que tú eres un espíritu que está en el otro mundo, y no eres un producto de mi enferma imaginación. No puedes, por ejemplo, darme a conocer algún suceso que deba producirse mañana, que tu conozcas y que yo no pueda ni presumir siquiera?

El espíritu pareció reflexionar.

—Te voy a dar la prueba que quieres —dijo con aire convincente. ¿Tú conoces a Manuel Félix, el librero?

—Sí, lo conozco.

—Pues el señor Rafael Félix está hoy bueno y sano, pero pasado mañana domingo morirá, repentinamente, de un ataque al corazón. Compra "El Caribe" del lunes y ahí verás la noticia.

—¿Y cómo sabes que Antonio Félix morirá pasado mañana?

—No sé por qué lo sé. Pero de todos modos eso me servirá para demostrarte que soy el espíritu de un joven muerto llamado Alejo Cabral. Me voy. Hasta luego.

—Good-bye —dijo Alfredito verdaderamente encantado de salir del molestoso difunto.

El lunes, en la mañana, Alfredito habló con la enfermera de servicio para que de cualquier modo le consiguiera un diario. Creía una patraña la historia del muerto sobre la

muerte de Antonio Félix. Pero, poco después, sufría una aguda crisis nerviosa cuando vió en las necrológicas del periódico, un aviso que decía:

"Antonio Félix, ha fallecido. Repentinamente dejó de existir este estimable ciudadano en su residencia tal. El sepelio tendrá lugar etc.".

Ya no le quedó dudas a Alfredito sobre la autenticidad del personaje de ultratumba que le hizo el luctuoso honor de considerarlo su amigo. Deseaba que volviera para pedirle excusas. Pero el enigmático y etereo Alejo no apareció ni en sombra.

Alfredito se buscó un lápiz rojo y con él hizo un círculo alrededor de la noticia sobre la muerte del librero, para que ésta se destacara bien.

Diez días después el joven fué dado de alta. No quiso irse sin antes dar las gracias al médico director. Una vez en presencia de éste no pudo resistir la tentación de referirle todo lo relativo a la aparición de Alejo y a su sorprendente revelación.

Cuando terminaba su relato y para dar más fuerza de veracidad a su extraña historia sacó de un bolsillo el periódico donde se anunciaba la muerte de Antonio Félix. Dirigió su dedo hacia el círculo rojo, y todo su cuerpo se echó a temblar.

En lugar de la nota necrológica sobre la muerte del librero Antonio Félix, había una larga noticia cablegráfica a una columna cuyo título en resaltantes letras negras decía "TRUMAN DESTITUYE A MAC ARTHUR".

CAPITULO XXIV

CUANDO Alfredito salió del hospital, estuvo varios días internado en el Manicomio Padre Billini, por un acto de su propia voluntad.

El mismo fué donde el médico director del establecimiento y gestionó su ingreso en la Clínica Siquiátrica. Cuando el doctor lo interrogó sobre cuáles eran los síntomas que sentía, Alfredito se negó rotundamente a decirlos y se limitó a expresar que debía bastar el hecho, por él admitido, plenamente, de que estaba loco de remate.

El doctor comenzó por dudar de la locura de aquel demente que reconocía, franca y decididamente su quebranto, ya que como he expresado en otra parte, una de las más notables y principales síntomas de la locura, es la firme creencia, que en su cordura, tiene el paciente.

Pero el doctor llegó a creer en la locura de Alfredito por el detalle muy significativo de que él no solo admitía buenamente su estado de locura, contrariamente a lo que hacen todos los locos, sino que, también contrariamente a la actitud corriente entre esos mismos locos, deseaba ingresar en el manicomio.

El médico-director llegó a pensar que era un caso muy excepcional y digno de tomarse en cuenta, aquel que se manifestara con el síntoma evidente de querer ser recluido en un recinto, que es insoportablemente inhabitable para los cuerdos y para los locos.

Además, la familia de Alfredito estaba dispuesta a pagar la Clínica, honorarios solamente, de no haber tomado en-

tes esa disposición de internarlo, ya que siempre lo habían considerado *en el fondo*, como un verdadero loco.

La creencia de Alfredito sobre su propia locura, estaba basada, firmemente, en un hecho equivocado o errado que, traidoramente le había hecho creer que estaba rematadamente insano.

El hecho, aparentemente real fué como una traviesa humorada del destino para escarnio de quien siempre se había burlado de la vida y de su propio destino.

El hecho que originó la falsa locura de Alfredito Arias, se originó, del siguiente modo:

El joven, el mismo día que salió del hospital, fué a casa de su hermano donde se bañó y cambió de ropa. Como no tenía nada qué hacer, se dirigió al Parque Colón. Se sentía *casi bien*, no completamente bien, pues encontraba, a veces, poca ilación en sus ideas, y las bocinas de los carros seguían llamándole imperativa y escandalosamente.

Al acercarse al Parque Colón, notó allí algo inusitado. Había en él varios grupos de personas que hablaban y manoteaban sin cesar. Alfredito, al ver la imprevista muchedumbre se dijo así mismo, sin mucho espanto:

"¿Serán alucinaciones?". Podrían serlo, se agregó a sí mismo, porque ni es noche de concierto, ni parece que se trate de una manifestación política.

Se mezcló entre los grupos y ya iba a dirigirse a un limpiabotas para preguntarle lo que pasaba, cuando, con gran sorpresa oyó que éste decía a otro joven que estaba en un lugar cercano a él:

—Te cambio la araña peluda por el hipopótamo.

El aludido contestó con presteza:

—Podemos hacer ese negocio.

—¿Y dónde tienes tú el hipopótamo?

—Allí, en el cajón de limpiar los zapatos.

Alfredito no quiso oir más y se hizo el siguiente razonamiento, lleno de irrazonable lógica:

No es posible que esos jóvenes tengan aquí, no solo un hipopótamo sino ni siquiera una araña peluda. Y si las tuvieran, el dueño del hipopótamo no iba a ser tan imbécil para cambiar un animal tan raro y corpulento por un simple y venenosa araña.

—Soy víctima de la más catastrófica alucinación auditiva. Sabe Dios lo que estaban hablando esos muchachos tan distinto de lo que mi oído tan claramente percibió, se dijo presa el alma de la más pavorosa angustia.

Convencido de que aún necesitaba un tratamiento, que fuera más enérgico que el que había recibido en el hospital, decidió internarse en la clínica siquiátrica del sanatorio "Padre Billini".

Tres meses después cuando el joven salió del sanatorio, por una conversación con un amigo, pudo enterarse de la verdad que había en la imposible transacción de los dos muchachos. En esa época hacía furor entre la gente menuda un concurso realizado por una casa comercial, que consistía en llenar íntegramente un álbum que proporcionaba la misma compañía, con estampitas o postalitas, sacados de los envoltorios de los productos, y que ostentaban las pinturas de la totalidad de los animales del globo.

Se trataba de simples cambios de trocitos de cartón, policromatizados de artística trivialidad, con las figuras, imponentemente quietas y extáticamente mudas, de un monumental y majestuoso hipopótamo y de una rutilante y versátil araña peluda.

Alfredito Arias hace tiempo que no sufre de verdaderas alucinaciones. Ha dejado la bebida. Pero cuando se encuentra en algún lugar raro y entre personas que actúan extrañamente, no puede menos que decirse: ¿Serán alucinaciones?

Y al fin se convenció, Alfredito, que muchas de sus más irritantes alucinaciones tenían las mismas características de los frágiles razonamientos, envalentonados de aparente verdad y atosigados de banal cursilería, de muchos engreídos personajes que por obra y gracia de su buena suerte, habían sido dejados en el *manicomio de "afuera"*.

TERCERA PARTE

La Viñeta de Ramsés

CAPITULO XXV

MI AMIGO Ramsés es, sin duda, una de las personas más vernáculas que he conocido. Es el villano idóneo de una historia en la cual yo soy el sufrido héroe. Si mis lectores, como espero, son entendidos en menesteres retóricos y literarios, pronto se darán cuenta de que la tal historia es más bien una tragicomedia. Pero cuando una tragicomedia es vernácula por el lugar en que sucede y por estar uno, precisamente, en el sitio exacto en que sucede, entonces, no percibimos su parte cómica y así cobra su inexorable plenitud de perfecta tragedia.

Mi amigo Ramsés, es pintor. Yo ni siquiera entiendo de litografías, relucientes de nítida procacidad, de mujeres desnudas. Pero no obstante eso, he admitido, como todo el mundo admite, que Ramsés es pintor. Después de todo, sus cuadros tienen una cualidad admirable y poco común: pueden ser colocados, poniendo cualquiera de sus lados, hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda, ladeados, esquinados y siempre resulta un cuadro genial de Ramsés.

Como compensación a mi idolátrica y ciega fe en Ramsés como pintor, éste, según pude apreciar, me considera, en artística y fehaciente reciprocidad, un gran poeta.

Francamente, yo siempre he tenido muy equívocas dudas sobre aquello de si yo soy o no realmente poeta. El asunto de ser poeta tiene hoy más complicaciones que cualquier incidente en una sesión de las Naciones Unidas. Pero, a la verdad, yo firmé un armisticio con mis belicosas dudas, una

noche en que estando en "El Ariete" se acerca Ramsés y tras sentarse frente a mí, y con tono envanecido de vibrante y conmovedora emoción, me dice, afinando la dicción cada vez más, hasta llegar a un "pianisimo" de quejumbroso y exigente súplica:

—Quiero pedirte un favor.

¿Cómo iba yo a negarle a Ramsés no un favor, ni diez favores, siempre que estuvieren a una altura completamente ideal y artística y no en prosaica cercanía de mis bolsillos o de mi biblioteca?

—¡Lo que tú quieras, Ramsés! —afirmé en tono de amistoso reproche. ¿De qué se trata?

El artista sufrió entonces una transformación, estilo retrato de Dorian Gray, al revés, y con paletadas y brochazos alucinados de un impresionismo surrealista, pintó, en el mudo pentagrama de mi conciencia árida, un cuadro perfecto y majestuoso, en un óleo madurado de amistad perfecta y de admiración sin límites, que retrataban mi auténtica personalidad como poeta.

Como no podía percatarme por dónde brotaría el cauce tibio y peligroso de la petición del favor y simulando una petulante e irritada molestia corté la grávida inspiración de mi amigo con decisivo gesto:

—Pero, por lo que más quieras Ramsés, ¿cuál es el favor?

—¿Pero me lo concederás? ¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Ramsés propulsó su musculosa espiritualidad hacia la calle del Conde, y en un fantasmal vuelo entre la tierra y las nubes, se situó, imaginariamente, en la redacción del diario de la mañana.

—Estuve en la Redacción —aseguró— y ví, entre el material de la página literaria del domingo, un poema tuyo... ¡pero que poema!... Bárbaramente estupendo, ¡chico! ¿Cómo se llama?

—"Al fin te devolviste" —sollocé yo, con lamentable acento del que está atosigado por un íntimo y torturante drama.

—¡Algo genial —vociferó de nuevo Ramsés, reeditando su apocalipsis de regocijo explosivo. Y después dirán que tú no eres poeta!

Yo, en verdad, estaba más interesado en conocer las generales de ley del favor que Ramsés quería pedirme, que en el preclaro favor que le he hecho a la humanidad siendo un poeta inmortal.

—Ramsés, ¡carijo! —borboté con gesto de simulada indignación—. O me dices lo que quieras o me largo de aquí inmediatamente!

Ramsés, se decidió, definitiva y majestuosamentee, a hacerme el favor de decirme el favor que quería de mí.

Me miró fijamente como para hipnotizarme y levantando los ojos al cielo expresó, solemne y pausadamente:

—Quiero que me hagas, el honor —el inmerecido honor!— de permitirme hacer una viñeta para ilustrar tu poema del domingo en el periódico.

Dí un resoplido mental de angustiosa liberación y con enfático y agobiado acento, expresé:

—¿Y eso era? Pues claro, Ramsés, amigo mío, puedes hacerme todas las viñetas que quieras...

Mi amigo se levantó y me dió un fuerte abrazo.

—¡Por Dios, Ramsés!— no pude menos que exclamar, sintiéndome estrangulado por cálida y maravillosa emoción.

Al terminar el aluvión atenaceante y efusivo del abrazo, Ramsés hizo una pausa, deliberada y capciosa, de dos o tres minutos,

Secó la atormentada frente con un pañuelo, descomunal y empalidecido de seda vieja, y pidió dos wiskeys.

Entre su wisky y mi deseo, lánguidamente anonadante, de terminar cuanto antes la furibunda y romántica escena, se tendió, inesperadamente, algo así como un puente de desolada y necesaria comprensión.

Mi amigo se decidió a adelantarme un "croquis", un bosquejo pictórico y oral", desteñido de palabras pero ardiente de fuego espiritual, de lo que sería su "modesta viñeta" para mi "inconmesurablemente poema".

Lo que el pintor esbozó, en frases iridiscentes de incoherencia, fué para mi algo así como una mixtura de la batalla de Trafalgar, una asamblea de una sociedad femenina después de terminada la sesión y un cuerpo de bomberos pretendiendo subir al techo de la casa incendiada, por la premisa liquida y zigzagueante de un chorro de agua.

Cuando Ramsés terminó, estaba, en verdad, agotado. Pidió otros kiskys y tras apurarlos, se puso en pie, aparentando una preocupada displicencia. De repente sus ojos se iluminaron.

—¡Por tu poema! —dijo, levantando la copa hasta la estrella rutilante y rascacielos de un abanico eléctrico.

Yo permanecí sentado y exclamé:

—¡Por tu viñeta, Ramsés, por tu viñeta!

No obstante que Ramsés no estaba ebrio, comenzó entonces a hacer cosas a través de los minutos atosigados de espera, que comúnmente sólo hacen los borrachos. Mi amigo no encontraba otro tema que aquel que estaba formado por la prodigiosa mutual de mi poema y su viñeta.

Cuando comenzaba la trigésima versión de la viñeta y estaba en turno la décimonona fantasía de mi poema, me levanté de mi asiento, y a pesar de que Ramsés se aferró a mi para impedir que me fuera, me dirigí a la calle.

Entonces me dí cuenta de que era miércoles y de que la composición de la página literaria del periódico, generalmente comenzaba a prepararse los jueves o viernes. Grité a mi amigo, desde la puerta:

—Oye, Ramsés. —Ya sabes... sin falta, la viñeta mañana, o a más tardar pasado mañana...

Ramsés se echó a reír con un gozo de histérica confianza.

—No quería decirte nada. ¡Pero si la tengo ya hecha! Tan pronto leí tu poema corrí a mi estudio y lleno de repentina y avasalladora emoción, ¡ras! ¡ras! la hice en un dos por tres!

—Menos mal, asentí.— Así la tendré mañana.— Para un maestro como tú, que haces maravillas con los pinceles, esa cuestión de la viñeta debe ser un juego de niños.

—¡Qué pinceles ni ocho cuartos! —bramó mi amigo lleno de fraternal indignación.— ¡Tu poema! ¡Tu poema! ¡Tu poema!

Dos días después, el viernes por la mañana, en la indolencia pecaminosa de un día claro como todos los días en que no llueve, me dirigí a los talleres del diario.

Busqué al encargado o jefe de dichos talleres y sufrí la mirada de un reojo, plácidamente asesino, de un linotipista que encontraba mis poemas demasiado largos.

—Oígame —dije al jefe de talleres. ¿Ya compusieron el poema que envié hace unos días?

—¡Seguro! —contestó el interpelado.— Si ya la página literaria está casi lista.

—Oígame, señor, yo quiero acompañar los versos con una viñeta.

—No hay tiempo —se me contestó, rápidamente.

Yo hubiera podido en ese momento decidir publicar los versos sin la viñeta, pero a mi mente acudió de inmediato el

recuerdo pavoroso de la solemne promesa que había hecho a Ramsés.

—Prefiero no publicar los versos si no es con la viñeta —aseguré con acento de trágica resolución.

El jefe de talleres pareció, al fin compadecerse de mí y de Ramsés, y accedió a quitar de la página otro poema, de menos importancia, para dejar un hueco encima del mío, en el que se colocaría la flamante viñeta de Ramsés.

Cuando salía pensé que lo único que tenía que hacer era buscar a Ramsés y pedirle la viñeta, que, según él me había manifestado, la tenía lista desde el mismo día en que vió mi poema en la redacción del diario.

Cuando llegó el sábado me ví en el caso de ponerme a buscar a Ramsés por todos los ámbitos del planeta. Este no aparecía en parte alguna. Había ido al estudio de Ramsés y Ramsés no había ido ese día al estudio. Fuí a la residencia de Ramsés pero Ramsés se había mudado de habitación el día anterior sin dejar su nueva dirección. Fuí donde la novia de Ramsés, pero Ramsés había peleado con la novia. Fuí donde el chino donde Ramsés cogía los cigarrillos fiados, pero el asiático me manifestó que Ramsés le debía diez y nueve paquetes de cigarrillos y que ni siquiera había tenido la elegancia de esperar al vigésimo —un número redondo y artístico— para desaparecer de la faz de la calle.

Entonces yo comencé a saber lo que son alucinaciones. El noventa por ciento, por lo menos de las personas que veía en la calle comenzaban a parecérseme a Ramsés. Estaba en camino de sufrir una "ramsésmanía", que me llevaría sin duda al manicomio. Y lo peor de todo era que entre la muchedumbre de los Ramsés, había muchos parecidos a Ramsés, pero algunos eran tan idénticos que yo creía que efectivamente estaba en presencia de mi amigo.

—¡Ramsés! —le grité a un hombretón larguirucho y fornido que debió ser Ramsés II—. ¡Por Dios, Ramsés, párate ahí!

Cuando agarré al hombre por el brazo éste me miró con un aire de rabia y de sorpresa.

—Dígame, señor —dijo con melancólica agresividad— ¿es que usted se ha vuelto loco?

Yo me quedé mirándolo, alelado, anonadado, sin fuerzas ni para indignarme, ni para entristecerme, ni para llorar, ni para reír.

Me senté en un banco del Parque Colón. Para mi momentánea buena fortuna entablé conversación con una chica, agraciada de pícaros gestos. Una vez tomado nota de mis tribulaciones, rindió sentencia con femenil gracejo:

—Mire, señor, el mejor medio para encontrar una cosa que uno busca es no buscarla.

La verdad es que esta manera de buscar a Ramsés era la única que me quedaba.

Comencé entonces, a fondo, la búsqueda sin búsqueda, de personas finas, amables, generosas, que no se parecieran a Ramsés.

Este nuevo sistema comenzó a darme resultado a medias. Principié a encontrarme con Ramsés periódicamente, pero siempre los metros, las circunstancias y otras cosas imprevistas me impedían acercarme a él.

Ramsés era como un fantasma que se esfumaba prodigiosamente con la sola intuición de mi presencia. La última vez que distinguí a Ramsés fué encaramado en lo más alto de un autobús, en compañía de una chica, a la que llevaba abrazada.

—¡Ramsés! —grité en el colmo de la desesperación. —Ramsés, soy yo, Ramsés!

El hombre me distinguió y se puso en pie, haciendo divertidas cabriolas con el movimiento del tranvía. Extendien-

do su mano izquierda hacia el oeste comenzó a hacer afirmaciones con la cabeza. Entonces oí claramente que dijo:

—¡Con Mercedes!

Al oír esto creí comprender la causa de todo. Ramsés había dejado la viñeta con la cajera del restaurante Ariete, llamada Mercedes, y hasta me pareció que algo me había dicho él de dejarla en dicho restaurante.

Volé más que caminé en dirección al café. Mercedes, la cajera estaba nítida de coqueta discreción. Me abalancé sobre ella con la mano alargada y la voz en tumultuosos y ahogados sonidos:

—¡La viñeta!

—¿Qué viñeta?

—No me vas a decir que Ramsés no me ha dejado aquí una viñeta.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —No solamente viñeta sino que ese loco hace mucho tiempo que no aparece por aquí.

Por primera vez en mi vida comprendí, cabalmente, el significado de los conceptos: "premeditación", "asechanza", "alevosía", "ensañamiento".

Fuí a la Redacción. Era sábado por la noche y la página literaria que debió haberse terminado y 'matrizado" el jueves, estaba virgen de inmovilidad, en el extremo de una de las mesas del taller.

Me acerqué. Como la más siniestra afrenta, como el símbolo mismo vivo de la incorrección, de la imprevisión, de la fantochería, de la inconsistencia, de la indecisión, de la superchería, de la charlatanería, allí estaba, en medio de la plana, solitario y solemne, el hueco para la viñeta de Ramsés.

El jefe de talleres pareció intuir mi tragedia, pequeña, simple, honda. A poco se puso a revolver una gaveta de su escritorio. Se me presentó, a poco, con un vidrio cuadradito y lleno de claridades y opacidades que no revelaban nada.

—¿Ud. cree que esto servirá? —preguntó.

—¿Serviría para qué?

—Para cliché de su poema.

Jamás en vida pude distinguir, con precisión, lo que muestra un cliché, pero llegué en seguida a la conclusión de que como quiera que fuera aquel cliché, por feo, odioso, borroso, chillón que fuera, era un cliché que tenía la dignidad de, valiendo poco, estar en un momento dado en el preciso lugar en que se le necesitaba.

¡Cuán distinto del genial cliché de Ramsés, con la batalla de Trafalgar, con los claro-oscuros crepusculares, las juveniles pasiones, los rugidos de la mar encrespada, el olor de violetas y la caricia de una mano suave!

El domingo en la noche, en los momentos en que los pregoneros voceaban el periódico, y yo, llamaba a uno, presiento a mis espaldas a Ramsés que viene dando grandes zancadas.

Instintivamente busco la página literaria y veo sobre mi poema el más impreciso de los paisajes de viñeta alguna, el más impersonal de los dibujos y al mismo tiempo la más enrevesada policromia de colores opacos sobre mi poema.

Me vuelvo, al ver que Ramsés se acerca, definitivamente. Cuando estaba frente a mí, levanta, con mucho bracco, las aspas al aire, y me dice con acento de honda duda y de ominosa perplejidad:

—¿Salió?

—¡Sí, salió! —contesté rabiosamente.

Ramsés, entonces, en maniobras efusivas y preparatorias acercó sus brazos a mí, a los que venía unido su cuerpo. Cuando su rostro estaba a una cuarta del mío, sollozó con aire contrito y envalentonado:

—¡Y tú, mi amigo, habías dudado de mí!

Y Ramsés y yo nos abrazamos en el más largo abrazo que se haya escuchado jamás sobre la espalda de la Tierra.

El Diccionario Loco

TANTO los animales como las cosas aparentemente inanimadas son susceptibles de volverse locas y nos hacen jugarretas a veces con más demente ingeniosidad que la que podrían emplear los seres humanos anormales.

¿Cuántas veces estamos en la seguridad de haber puesto el lápiz encima del escritorio para después encontrarlo muy acurrucadito metido en un montón de papeles? ¿Cuántas veces rayamos un fósforo para verlo enseguida apagarse no obstante que hemos hecho todas las maniobras manuales posibles para mantenerlo encendido y cuántas veces no vemos un fósforo idéntico no solo darnos toda su precaria luz durante un instante sino mantenerse encendido aún en el suelo donde lo hemos lanzado despreocupadamente?

En cuanto a mi la mayor tomadura de pelo me la dió un diccionario que, sin duda, padecía de una aguda equizofrenia de buen humor, y el que todavía conservo como una reliquia que algún dia figurará en el manicomio, que sin duda, ha de crearse, de las cosas inanimadas.

El diccionario de mi historia fué una herencia de mi abuelo que lo tenía en gran estimación. Constaba de catorce tomos y estaba lujosamente empastado en piel de no se qué. Yo lo conservaba en una pequeña biblioteca que tenía en mi casa de familia.

Pero la desgracia amenazaba la pobre cosa inanimada. Vino el ciclón del 3 de septiembre de 1930 el que se llevó no solo mi casi sino hasta el propio solar en que estaba, pues

los escombros impidieron que pudiera localizarlo durante mucho tiempo.

Tanto mi esposa como yo y nuestro hijito nos habíamos refugiado en la casa de una tía cuyo techo era de concreto y pudimos pasar casi indemnes las furias del tremendo vendabal.

Entre las ruinas del hogar mi mujer y yo nos dimos a la tarea de ver si había quedado algo en relativo buen estado entre la baranunda de paredes destruidas y muebles destrozados. Nada encontramos que no tuviera hueso roto. La mujer se había metido a duras penas en el saloncito que fué mi biblioteca y de pronto comenzó a llamar dándome grandes voces.

—¡Julio! ¡Julio! ¡Ven a ver quién está aquí!

Pensé que se trataría de alguna persona que habría entrado a las ruinas por la parte de atrás. Al no ver a nadie exclamé:

—¿Qué te pasa? ¿Es que te estás poniendo loca?

Mi amada consorte, sin hacer caso, a mi pregunta señaló con el índice en alto un rincón del que fué pequeño santuario del amor conyugal y de la vocación literaria, y prorrumpió con acento lleno de expresiva consternación:

—¡Míralo el pobrecito! ¡Está muy mal herido pero creo que podré salvarlo!

¿Pero de qué se trataba? Miré inquieto hacia el rincón y allí distinguí una batahola incongruente y abigarrada de páginas desperdigadas unas, otras unidas todavía y una porción de carátulas y lomos de libro.

Era el que después había de ser un célebre diccionario: el diccionario de mi abuelo. Mi esposa acariciando afanosamente una de las carátulas exclamó:

—¡Suerte que cayó debajo del estante y casi no se ha mojado!

Entonces, con esa minuciosidad que sólo poseen algunas mujeres comenzó a llevar las partes del libro a la parte de atrás del solar haciendo diversos montoncitos. Después que hubo recogido hasta la última hilacha, se dirigió con toda presteza a una casa vecina para aparecerse después con una pila de periódicos cargados en la cabeza.

Si yo para ese tiempo no hubiera tenido el más amplio y decidido convencimiento de que mi mujer estaba perfectamente loca, no la hubiera dejado actuar. Pero llevándome del aforismo psiquiátrico que establece que a los dementes hay que dejarles realizar su locura hasta donde esto sea posible, para darles un poco de felicidad, me limité a contemplar los actos de mi esposa con un desaprensivo mutismo de dientes apretados y brazos cruzados.

La mujer fué desenvolviendo los periódicos uno por uno para colocar en ellos los diversos montoncitos de diccionario. Después de amarrarlo cada uno con un pedazo de soga que previsoramente había traído de la casa vecina, cojió uno de los montoncitos se lo llevó a la boca y pergueñando una caricia musitó arrulladoramente:

—¡Pobrecito mío, suerte que me tienes a mí que te he de salvar!

Yo no dudo que este insólito y desmedido afán de mi esposa de personalizar al inaudito personaje de papel, descalabrado y maltrecho, tuvo mucho que ver en la importancia que éste adquirió a sus propios ojos y en su humorística locura.

Hubo que pagar doble la carrera que llevó el semi-cadáver bibliográfico a la casa de la tía. La mujer localizó en la parte de atrás de la vivienda una habitación vacía y allí, cuidadosamente, sobre una cama colocó, compasivamente al doliente.

Al otro día me preparaba yo a contemplar el segundo acto de la funambulesca cirugía plástica.

La mujer se había levantado muy temprano y me encontré cuando llegué hasta ella con que había trazado en el piso de la habitación, un poco separadas unas de otras, todas las letras del alfabeto. Cuidadosamente había desenvuelto sobre la cama uno de los montoncitos, e iba sacando las páginas del semi-destruído diccionario para irlas colocando, de acuerdo con la letra, en la letra correspondiente trazada en el piso.

Cuando llegué ya había un regular número de páginas en las letras *i*, *b*, *n*, *l* y *p*. En un momento dado una ráfaga de brisa entró en la habitación y daba gusto oir a la mujer, vociferando descontenta:

—¡Ay que se me vuela la *i*!

Entonces optó por buscar un montón de piedras del patio y colocarlas encima de las letras en que iba poniendo las páginas.

Yo no recuerdo bien si fué una semana o tres meses que tardó mi esposa en colocar las trescientas mil páginas del diccionario en su letra correspondiente. Sólo sé que un día vino a mí con aire de regocijado triunfo.

—¡Ya terminé! —expresó ufanamente. ¡Pero tengo una pena!

—¿Qué te pasa mujer?

—Resulta —dijo ella muy contrita— que casi todas las letras del diccionario están completas. Pero hay algunas que no lo están. Es decir que a la *e*, por ejemplo, le faltan 3 páginas de *ees* y a la *l*, cinco.

—¡Pues déjalo así! Unas hojas más o unas hojas menos, no importan. Acto seguido la dinámica cónyuge se fué donde un encuadernador y a los cinco días el flamante diccionario lucía muy orondo su nuevo vestuario color rosado en un estante que, además, había hecho construir.

Yo llegué a estar celoso del bendito diccionario porque hasta llegó a parecerme que mi mujer, de haber salido yo herido en el ciclón, no me hubiera cuidado con la solicitud y mimo que empleó en la curación y restablecimiento del desmadejado libraco.

Lo que menos me imaginaba era que el muy bandido habría de pagar las atenciones de mi esposa con una verdadera traición.

En esos días escribía yo una obra jurídica y la mujer, quien con ingenua asiduidad esquivaba compartir con la tía los quehaceres de la casa, se dispuso a ayudarme.

Para hacer la obra me era imprescindible consultar el diccionario a cada momento, y el diccionario resucitado me vendría al pelo.

—Oye, mujer —le dije un día a mi costilla.— Me vas a ayudar buscando en el diccionario cada palabra que te vaya diciendo. Búscame ahí, ahora "ortodoxia", ¿qué quiere decir?

Con mesurada lentitud se levantó la mujer de los cojines en donde estaba leyendo un libro. Pasó el dedo por la alineada fila de volúmenes y sacó el correspondiente a la o. A poco rato exclamó:

—¡Ay que cosa! Ortodoxia es una palabra que está en las páginas que faltan de la *o!*

—¡Qué vamos a hacer!

Seguí en mi trabajo. Al poco rato se me presentó una duda con la palabra "anatema". Se repitió la escena anterior para concluir con la graciosa afirmación de mi esposa quien con cierto acento de complicidad me manifestó:

—¡Qué cosa! También "anatema" está en las hojas que faltan de la "a".

No quiero cansar a mis lectores con la relación de las veces que las anteriores escenas se repitieron: cada vez que

yo indicaba a la mujer que buscara una palabra, y lo hice decenas de veces, la dichosa palabra estaba precisamente en una de las hojas que faltaban.

No dudé, ni por un momento, que el diccionario o mi esposa me estaba tomando el pelo. Pensé quemarlo pero la mujer me hizo desistir de mi empeño haciéndome saber que cometería un crimen si mataba a aquel ser que inanimado y todo, tenía una recia, aunque humorística personalidad humana.

Lo perdoné, pero comprendí que necesitaba adquirir un nuevo diccionario que me sirviera en mi labor. Compré un pequeño Larousse que coloqué en mi escritorio lejos del lugar donde estaba el ominoso traidor no se fuera a contagiar.

Pronto me ví en la necesidad de usarlo, pues quería conocer la etimología exacta de la palabra "saya". A mi indicación la mujer fué a tomar el pequeño Larousse para buscar la palabra. Pero de pronto se me ocurrió una idea:

—¡No! —le dije— ¡búscale en el diccionario grande, primero!

La mujer sacó del estante el tomo correspondiente a la *s*, y después de hojearlo, brevemente, y de leer parte de ella, se acercó a mí lanzando una resonante carcajada.

Me enseñó, dramáticamente, el lugar correspondiente a la palabra "saya" y ví que tenía, por lo menos dos páginas y media, de las diferentes acepciones de esa palabra. "Saya" —árbol cucurbitáceo que crece en la India, "Saya", reina de Egipto, 1292 antes de Jesucristo.— Saya, hoja del árbol de los ceremitas, planta solanácea.— "Saya", pequeño molusco de los mares del océano Indico.— "Saya", reina mora que murió al término de la rendición de Granada; "Saya", insecto que produce una picadura venenosa, oriundo del Nepal.— etc., etc., etc.

Y había, mis queridos lectores, no menos de doscientas significaciones de la polifacética palabra.

Al poco rato salí de la biblioteca y cuando llegué no encontró en el escritorio el pequeño Larousse. Pregunté a la mujer quien con un conspicuo mohín, me espetó:

—Ya que el diccionario grande se está portando bien, venderemos el pequeño Laurosse que para nada nos servirá!

—¡Zoqueta! —le espeté yo a mi vez con irritado acento.— Desde que el diccionario grande se dé cuenta de que hemos vendido el diccionario pequeño volverá a las andadas! Estoy convencido de que quiere tomarme el pelo, y tan pronto comprenda que está solo de nuevo volverán a aparecer palabras sin las páginas correspondientes!

La esposa devolvió el diccionario pequeño al escritorio. Pero no hubo necesidad de usarlo. Cada vez que yo necesitaba saber el significado de una palabra esta aparecía conspicua y oportunamente en el sitio correspondiente del diccionario grande. Este de todos modos se habia salido con la suya: se había reído descaradamente de mi y me hacia tener en uso obligatorio un diccionario —el diccionario pequeño que necesitaba estar presente para no servir para nada.—

El Reloj que se Volvió Loco

I

UN RELOJ público, —"gigantesco y ornamental" como decía el honorable Presidente del Consejo Edilicio— era una de las más caras aspiraciones de la ciudad colonial, allá por los años de 18...

Por resolución del Consejo fué pedido el reloj a Alemania. Costaba una buena suma de dinero y su arribo al puerto fué tan imponente o acaso más imponente que la llegada de cualquier prominente personaje.

Don Servando, Presidente del Ayuntamiento, sus compañeros, y un grupo numeroso de personas, excitadas y ansiosas, veían cómo era bajada, por un grupo de obreros, del vapor alemán, una caja cuadrangular de gran tamaño.

Nadie en realidad había visto un reloj público en el pueblo y aún los relojes privados, de bolsillo o de mesa, se podían contar con los dedos de una mano. Relojes de muñeca ni soñaban con existir.

Cuando la caja fué depositada en el muelle todos parecían desencantados de no ver más que una caja. Pero don Servando no pudo contener un arrebato cívico y emocionado, y exclamó en alta voz:

—Demos alborozados la bienvenida a nuestro primer reloj público y municipal!

Todos aplaudieron y a poco don Servando daba disposiciones para que la caja fuera trasladada al Ayuntamiento.

II

El día en que debía ser colocado el reloj en el redondo hueco que expresamente había sido dejado en la torre del Palacio Municipal, se fué convirtiendo desde temprano en algo así como la anticipación de una apoteosis. El público se fué reuniendo en la plaza cercana, mientras un grupo de obreros trasladaba el artefacto al pie de la torre. Era un reloj de regulares dimensiones y de su maquinaria colgaba una larga y pesada cadena. Una hora se necesitó para colocar la máquina en su sitio y aparentemente se habían cumplido todos los requisitos. Se le había dado cuerda y puesto las agujas en la hora exacta: un cuarto para las once. Pero el instrumento, extático y huraño, no daba señales de vida. Dos obreros subieron de nuevo a la torre y lo mencaron, lo remenearon y hasta llegaron a darle golpes con un palo para ver si lograban desentumecer el alma soñoliente y metálica del aparato. Pero, en vano.

El honorable Presidente del Consejo Edilicio y su cohorte de regidores y síndico, se reunieron en sesión de campaña en plena plaza para discutir la insólita y casi desesperante situación.

¡Un reloj público, comprado y pagado con todas las reglas, portándose poco cumplidor como cualquier ser humano, dándose el ostén de no caminar! ¡Era una especie de burla al propio honorable Consejo Edilicio y al pueblo todo —parecía decir la expresión, cumpungida y soberbia de don Servando.

Alguien notó que la cadena que colgaba de la máquina parecía ser demasiado larga pues su parte final, en una extensión como de dos o tres metros, quedaba enrollada en el piso. Se suponía que el mecanismo de la cuerda era controlado por la cadena. Un curioso, con aire de incivil suficiencia, que molestó sobremanera al Presidente del Consejo Edilicio, dijo en voz alta:

—La cadena es muy larga para este edificio... o si se quiere... el edificio es muy corto para esta cadena...

Don Servando se reprochó, íntimamente, que no se le hubiera ocurrido a él, lo que a un simple munícipe se le ocurría. Sin deshonorabilizar su actitud y su gesto, dijo mirando de reojo al oportuno intruso.

—Y usted, mi señor, ¿qué cree que debe hacerse?

—Pues, sencillamente, —contestó el adorable intruso— cortar la cuerda y dejarla al ras del suelo...

Buscar una segueta gigante, para cortar un nudo de hierro ensortijado y macizo y contener a un público en que unos aprobaban la maniobra y otros no, costó más sudores al Consejo Edilicio que todas las diligencias anteriores en relación con el reloj.

Cuando, al fin, la larga y majadera tira metálica fué cercenada y dejada libre, a ras del suelo, con una rapidez, vertiginosa y fugaz, se fué hacia arriba, haciendo un ruido atronador, y enrollándose en la maquinaria del reloj.

—¡Ahora si que es verdad!— masculló una anciana señora.

Todo el público se había reunido en la parte baja del Edificio Municipal. De pronto un chiquillo que estaba en la plaza llegó corriendo y gritando: —Está caminando! ¡Está caminando!

Don Servando dió un grito de aliento y dijo al secretario que portaba un reloj de bolsillo:

—Corre, sube a la torre y pon el reloj en la hora...

A poco, la redonda esfera, marcaba el tiempo exacto: las doce del día menos diez minutos.

Todos se habían restituido a la plaza, y ya don Servando tenía en mente las palabras que habría de decir cuando sonaron las doce:

"—Esta hora, meridiana y solemne, ha sido escogida por la Providencia para que nuestro primer reloj, público y municipal..."

III

El minutero recorría la ruta, desde el número 10 hasta el número 12, con una languidez siniestra y tendenciosa. Pero, muy graciosamente, los segundos que, sin duda, perdía, los recobraba cada ocho o diez segundos dando una especie de brinquito para empatar la pérdida.

—Es un reloj mañoso! —chilló un muchacho.

Cuando el indeciso minutero llegaba al ras de las doce todavía aquella muchedumbre se sentía electrizada de espectacular y callada emoción. En el momento en que sonó la primera campanada, seca y trepidante, todos casi suspendieron la respiración.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan! ¡tan! ¡tan¡ !tan¡ ¡tan¡ ¡tan¡ ¡tan¡

Pero, el reloj público y municipal, se quedó taimadamente extático cuando llegó al noveno *¡tan!* y no hizo sonar el décimo *¡tan!* ni los otros *tan*.

El alboroto que aquello produjo hubiera ocasionado una catástrofe si no hubiera existido la ecuánime prestancia del honorable Presidente del Consejo Edilicio. Subiéndose en una silla, en plena plaza, don Servando, con los brazos en alto, exclamaba:

—¡Calma, mis amigos, calma!

Una señora mascullaba:

—¡Imagínense, que ni siquiera lo han bautizado... Debe tener el diablo metido en el cuerpo!

Cuando la muchedumbre, regocijadamente pesarosa, se reunió alrededor de don Servando, éste comprendió que tenía que dar una explicación. Como Presidente de la suprema autoridad comunal, se sentía como un malhechor, como un cómplice del desconsiderado artefacto, respecto del cual no sabía con precisión qué pensar. ¿Era un equivocado o simplemente un sinvergüenza?

—Mis amigos— exclamó, al fin, con declamatoria convicción—. Repito, que tengamos calma. ¿No comprenden, por Dios, que es muy posible que nuestro primer munícipe, metálico y ornamental, se encuentra enfermo o perturbado, con las conmociones del viaje, con las emociones de la llegada...? ¿Es que no tiene, por ventura, espíritu, el metal? Es posible que el sistema nervioso del querido instrumento se haya alterado... Nos pasa a los seres humanos, cómo no va a pasarle a un reloj por muy público y municipal que sea! Esperemos que den la *una*, en la seguridad de que nuestro amado munícipe cumplirá con su deber, dando la *una*, y todos olvidaremos el desgraciado incidente de su primera mala hora.

—Dios quiera, —comentó un mozalbete— que cuando llegue a la una, no se le ocurra dar la una y largar también los tres campanazos que se le olvidaron a las doce...

—Más respeto! Mas respeto! vociferó don Servando— para nuestro primer reloj público, municipal... y desdichado!

Pero cuando el reloj, público y municipal, llegó a la una, dió, simple y majestuosamente, las siete y cuando llegó a las dos dió las cuatro y cuando llegó a las tres dió las once....

—¡Ese reloj está loco! —gritó un muchacho.

Con toda cordura el Consejo Edilicio habia evaporado su presencia de los lugares públicos y municipales para resguardar su avergonzado resentimiento, en el calor cósmico de los senos maternales y filiales.

IV

Don Servando habria disgregado su gregaria y tenaz civismo de munícipe, si se hubiera dado por vencido.

—El artefacto del ornamento alemán —se decia— ha costado un dineral a mi pueblo, y ahora me está costando a mí, el propio prestigio. ¡He de hacer algo!

Cuando tras una noche en vela dió con el *algo* hizo reunir de urgencia al Ayuntamiento y pronto estaba en un inusitado uso de la palabra, puesto que hablaba con sencillez y sin circunloquios mediocremente académicos y dejando a un lado su desmedrada altaneria.

"He observado mis queridos hermanos, lo que ninguno de ustedes, y es que, por suerte, nuestro desdichado reloj público y municipal sufre de una locura mansa y lo que es más notable, discreta: notaréis que siempre se equivoca de la misma manera. O sea que cuando son las tres él siempre da las nueve y cuando son las cuatro siempre da las siete... Es algo, amigos, inauditamente conveniente, algo así como la cordura en la locura... Y y yo he hallado la manera de, jugando el mismo juego del reloj, sacarle provecho.

Mis amigos, lo único que hay que hacer es que todos aprendan de memoria, como la tabla de multiplicación, la manera equivocada que tiene nuestro reloj de dar la hora. Se harán cartillas para las escuelas y la materia "horologia vernácula", será considerada entre las básicas en los cursos primarios. En fin, que todos hemos de aprender, cívicamente, qué hora precisa da nuestro reloj, cuando dá determinada hora equivocada.

El pueblo quedó asombrado de la cronométrica sabiduría de don Servando y daba gusto oir a los chiquillos días después:

—¿Qué son cuando son las once?

—Las cuatro.

—¡Te equivocaste, las siete! ¡Perdiste! Busca la cartilla.

Y la novia al novio: ayer a las dos, al anochecer, te vi pasar con Susanita...

El pueblo se creyó en el deber de hacerse solidario de una manera absoluta con el compañero "metálico y municipal". Y así como una persona tiene a honra hablar su idioma nativo la gente de la vetusta ciudad colonial tuvo a orgullo

expresarse, sin equívocos, ni reticencias, en lo referente al tiempo, con el lenguaje precisamente equivocado del reloj público.

Se consideraba de mal tono que una persona, por ejemplo, le dijera a otra: "te veo mañana a las doce" cuando tenía que verla a las doce, y no le dijera "te veo mañana a las nueve" cuando hasta los gatos sabían que las nueve eran las doce.

En una oficina de abogados se leía en la pared el siguiente aviso:

"Se advierte a los empleados que la hora de entrada al trabajo en la mañana es a las 11 y de salida a las 8. En la tarde la hora de entrada es a las 10 y la de la salida a las 9".

Y un orador a quien le tocó hablar en un acto público al aire libre a las doce del día:

"A las 9 del día, hora cálida del mediodía, meridiano que marca el momento en que el sol cae verticalmente sobre nuestras cabezas, desde el mismo cénit... A las 9 del día cuando salimos de nuestro trabajo para ir a tomar nuestro frugal almuerzo en compañía de nuestras esposas y nuestros hijos. A las 9, cuando ya hemos laborado mediodía, desde el momento en que junto con la aurora, a las 2 en punto dejamos nuestro lecho".

En un restaurant: "Cerramos indefectiblemente a las 11 de la madrugada".

En una iglesia: "La novena comienza a las 3 en punto en la primanoche".

Los casos de locura "relojística" eran frecuentes. Uno hubo de ser recluído, porque no hacía otra cosa que repetir, incesantemente: "A la una, a las dos, el reloj, el reloj". "A la una a las dos, el reloj, el reloj".

Don Servando decidió especular, hábilmente, con la desgracia pública del reloj municipal. Habían llegado unos extranjeros al pueblo, eran días de fiesta, y se le ocurrió poner

como uno de los actos del programa, una disertación en la plaza pública, un domingo en la mañana, con el tema: "Grandezas y miserias de un reloj público y municipal".

A las diez de la mañana de ese domingo, la plaza estaba tan repleta como iglesia en Viernes Santo. Los extranjeros habían sido colocados en sillones especiales bajo la sombra protectora de árboles frondosos.

Cuando don Servando subió a la improvisada tribuna, faltaban diez minutos para las doce. Había escogido ese momento para hacer algo espectacular y cívicamente beneficioso para la comunidad.

—Mis amigos —comenzó, señalando con el brazo extendido, el reloj público. Mis amigos —repitió—. Que un ser humano realice una proeza y hasta un milagro, es algo que a veces nos asombra... No obstante el ser humano tiene nervios, posee un alma sensible, es consciente, y a pesar de eso comete errores.

—Mirad, ahora, ese adminículo prodigioso de férrea personalidad. Por desgracia hay que convenir en que nació loco, pero ha administrado de un modo tan mecánicamente racional su locura, que la ha convertido en cordura, equivocándose siempre de la misma manera al dar la hora y prestando así, un servicio eminente a esta comunidad. Siempre, siempre, cuando da las tres son las once y cuando da las cuatro son las dos...

—Y mirad ahora al minutero que solemnemente llega a las doce... que nuestro insigne equivocado consigna sonoramente con nueve campanadas, las nueve!...

¡TAN! ¡TAN!

Cuando en vez de harer sonar nueve *tan*! el siniestro artefacto dió solamente un par de *tan!* el insigne don Servando comprendió por primera vez lo que siente un hombre que mata con premeditación, asechanza, alevosía y ensañamiento.

Habría querido que el reloj fuera de carne y hueso, para ponerlo en el suelo y pisotearlo hasta volverlo una babilla sanguinolenta.

Los extranjeros comenzaron a reir desaforadamente y los chiquillos a lanzar pitidos. Un murmullo ominoso emergía de los cientos de espectadores y el preclaro presidente del Consejo Edilicio se sentía próximo a una apoplejía fulminante. Los ediles y el síndico tomaban el término medio entre la risa desbordada y la cómica seriedad: se sonreían, unos con cinismo, otros con piedad.

—El reloj se ha puesto loco de remate! —gritá un muchacho.

Un descarado, seguramente con la intención de que don Servando lo oyera dijo en voz alta y sarcástica:

—¿No será que se ha puesto cuerdo y se ha querido burlar del presidente del Consejo Edilicio?

VI

Desde el infausto día en que el reloj público dió las dos en vez de dar las nueve porque eran las doce, el artefacto se convirtió en una verdadera pesadilla pública y municipal.

Sin embargo, don Servando no se desalentaba. Sería una verdadera calamidad tener que dar nuevas disposiciones para el nuevo aprendizaje de la distinta manera equivocada de dar la hora que había adoptado el reloj!

¡Qué duro y difícil iba a ser el que la gente olvidara lo que ya se sabía de requetememoria, que cuando son las tres son las once y cuando son las ocho son las cinco!

En medio de su pavòrosa desolación, don Servando se dió a la tarea de ver cómo regularizaba la situación.

No había más remedio que tomar notas para hacer una nueva cartilla!

Cuando se fué de la plaza, después de la mala pasada de la una, don Servando esperó pacientemente a las dos. El

reloj debió dar las cinco, pero dió las cuatro. Cuando llegó a las 3 debió dar las 12, pero dió las seis.

Fatigado decidió esperar al otro día en la confianza de poder comprobar que el reloj tenía une nueva manera de equivocarse, pero que sería como la primera manera, siempre del mismo modo. Quería creer, simplemente que el artefacto habia cambiado una reglamentación por otra. Sólo así quedaría salvada la situación.

Cuando, al otro dia, don Servando, lápiz en mano, esperaba que dieran las doce todo su cuerpo estaba preso de un ligero temblor. Cuando faltaba un minuto para esa hora, el anciano miraba con ojos desorbitados la esfera extática con su minutero lento y capcioso.

Se sabía ya de memoria que en el nuevo sistema, cuando diera las doce, el reloj, en vez de dar las nueve como antes debería dar las dos.

¡Pero horror!, el artefacto dió las cinco. A las dos en vez de dar las cinco como el día anterior, dió las siete. Y horror de los horrores! cuando llegó a las tres y debió dar las doce dió las once.

Cuando con los ojos en vago, el anciano dirigente se encaminaba a su hogar, sólo dos ideas válidas cruzaban por su mente: asesinato y suicidio.

*

La "pandilla" de los muchachos del pueblo, decidió tomar en serio el jueguito que se traía el reloj.

Esa noche se reunieron en una plazoleta cercana a una iglesia y decidieron secuestrar el artefacto y... fusilarlo! con todos los honores.

Serían las once, y frente a la plaza desierta la turba juvenil forzó la puerta del palacio municipal y se apersonó en la torre. Con instrumentos que llevaban y después de media

hora de forcejeos, lograron zafar el armastote, llevarlo a la plaza y colocarlo en el centro de ella.

Allí había una gran cantidad de paja acumulada por ellos. Y en un rincón una gran cantidad de piedras. Uno de los pilluelos roció la paja que rodeaba el reloj con el gas de una botella.

El artefacto, convicto y municipal, marcaba cinco minutos para la una.

—¡Atención! —dijo el que parecía ser el jefe de la pandilla.

Todos se cuadraron frente al reloj.

—¡Maldito aparato, óyelo bien... te vamos a fusilar y a quemar... por sinvergüenza!

La turba aplaudió. Uno pegó fuego a la yerba seca.

¡Atención!

El horario estaba ya a ras con el número 1 y el minutero estaba a unos segundos del número 12.

—¡Fuego!

Una andanada rució el cuerpo del aparato rompiéndole los vidrios. Las llamaradas dejaban ver su faz oblicua y chamuscada.

Y al llegar el minutero a la una, se oyó seco y trepidante, un —¡TAN!—